



Antonio, Rodriguez

Ala Pasadilla

333



D G  
A

A  
L.

C 1111420



R. 71399

# Cuadros de Familia.

CUENTOS,

ESCENAS Y NARRACIONES MORALES

PROPIOS PARA

LECTURA DE JÓVENES DE 15 Á 20 AÑOS,

REDACTADAS POR

DOMINGO ALCALDE PRIETO.

NUEVA EDICIÓN AUMENTADA.

*Pilar Rodríguez*

VALLADOLID.

Imp, Librería Nacional y Extranjera de H. de Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1890.



Debo

este

Respeto con mucho a mi  
querida hermana

Señorita D<sup>ña</sup> Felisa Roda  
A. U.

Antonio Rodriguez



## A MIS HIJAS.

---

**E**s el cuento la forma mas antigua, venerable y fecunda de la palabra que si en el lenguaje vulgar es casi sinónima de engaño ó mentira, en el literario es espresión de una idea verdadera bajo la forma de un hecho; es manifestación de una verdad agradable al hombre, siempre niño y siempre ávido de emociones, manifestación que oye sin prevención y acoge bondadosamente.

Dice un escritor notable que en el cuento lo exterior, la relación, es creación del escritor, y que lo interior, la idea, el fondó, es patrimonio de la humanidad; razón suficiente para comprender no solo la

afición de nuestra época á este género de literatura sino la justa fama de escritores como Trueba, Selgas, Campillo, Pedroso y otros muchos; motivo bastante para que siguiendo sus huellas, é imitando á unos y parodiando á otros, tomando de estos y reproduciendo de aquellos lo que parezca mas oportuno al fin que me propongo, os ofrezca lo que hijo de mi cariño, de mi esperiencia y observación, pueda seros útil á la vez que agradable, atendida la hermosa edad que alcanzais, que si es la mas envidiable es también la más difícil y peligrosa de la vida.

Las máximas y consejos del moralista mas elocuente rara vez producen saludable efecto en el alma de una jóven cuando aparecen en sentencias ó dichos sérios, pero cuando constituyen el fondo de una anécdota ó cuento se graban profundamente en ella, porque la curiosidad escita su atención, despierta su interés y á veces la coloca en el lugar de los personajes de la fábula.

La lección que encierra el cuento es mas provechosa, y sobre todo modera ó corrige el amor propio que es el pecado capital de las jóvenes. La adulación, la admiración y galantería, la belleza y la finura, el afan de agradar y la indulgencia, hasta el silencio que la jóven impone en sus primaverales años, son otros tantos hechos que contribuyen á persuadirla ser lo que no es, y que producen esa ciega presunción que conduce al ridículo, esa funesta coquetería que destruye ó mata los frutos de la mas tierna educación, esos tristes efectos cuya fatal influencia se prolongan con la vida, esos males que á veces ni aun llorarse pueden, y en los que la crítica y la envidia se ceban cruelmente.

Tal es el origen y causa de los siguientes cuadros é historietas, por desgracia verdaderas y positivas, que en horas perdidas os he contado y que os suplico leais y releais alguna vez, pues así vereis con mas claridad la verdad que fácilmente suele ol-

---

vidarse á los diez y ocho años. No es mi objeto enseñaros nada nuevo sino el entretenerme familiar y agradablemente con vosotros sobre varios extremos y cualidades de decisiva influencia en vuestra edad y en vuestro porvenir; mas si en mis *Cuadros* encontrais útiles consejos, ideas aceptables, buenos pensamientos, no los rechaceis, adoptadles y seguidles, que están escritos con el deseo de que os sean provechosos y en la esperanza de que conformes con ellos vuestras voluntades sean benditas por Dios.

La flor espuesta constantemente á los rayos del sol pierde su perfume, se marchita y perece, pero la que se desarrolla lenta y paulatinamente al abrigo de *modesto* follaje conserva por largo tiempo su frescura y encanto y resiste hasta los bruscos cambios del tiempo.





## ENTRADA DE LA JÓVEN EN EL MUNDO.

---

**U**na buena y completa educación es el capital mas preciado á cuya obtención se dirigen los esfuerzos de los sábios é ilustres maestros de todas clases; esfuerzos que serian vanos tratándose de dotar á la sociedad y á la familia de jóvenes ilustradas y modestas, amables y laboriosas, si los padres no se hallaren á la altura de su sagrada misión; si les adornan vicios, pasiones ó cualidades cuyos sensibles efectos pueden comunicarse ó reproducirse en sus hijas; si siendo padres carecen de la educación necesaria para dirigirlas y ofrecerse como modelo, si madres les falta la preparación indispensable para hacer una razo-

---

nada elección de los medios oportunos en ese decisivo momento de la aparición de las jóvenes en el gran mundo.

No basta que unos ú otras sean ricos, muy ricos, la riqueza podría ser un motivo mas ó al menos un medio para la futura y eterna desgracia de aquellas siempre que las pasiones, vicios ó condiciones de estos imperen, ahoguen ó maten los esfuerzos de los maestros, y lo que es peor las naturales y bondadosas cualidades de las jóvenes; pretender que la educación de los padres sea siempre y en todas partes superior á la que indudablemente desean para sus hijas, es un absurdo, porque á parte de la que en su época recibieron, la experiencia, los años y las mayores facilidades que para educarlas adquieren, les obliga é impone imperiosamente; pretender que la madre sea una diplomática consumada sería una verdadera locura, basta con que sepa ser madre y de seguro lo sabrá si en su natural cariño llega á comprender la inmensa y tras-

cidental responsabilidad que contrae cerca de Dios, de la sociedad y de la familia, basta que sepa apreciar y distinguir esos mismos é innumerables detalles que facilitan y forman el don precioso, el envidiable golpe de vista que lee repentinamente el pensamiento, esas facultades adivinatorias que todo lo preveen, y que sin pronunciar una palabra, ni siquiera exhalar una queja, todo lo dirigen.

No negaremos que á veces, muchas veces, el corazón solo realiza instintivamente este prodigio, pero cuando la madre es *realmente* madre, cuando llena de ternura y abnegación desea y trabaja con afán para que su lija sea tan perfecta como es posible la perfección en este desgraciado mundo, entonces no solo vela sobre esta sino que interroga, atiende, observa y obra cerca de ella y de cuantos sérés la rodean... y el menor indicio, el hecho mas insignificante es para su corazón un dato, una revelación.

Pero se necesita mas tratándose de ese bello ideal, de esa educación perfecta tras de la que todo buen padre corre cuando se ocupa de su hija; se necesita que ésta al llegar á esa edad en que deja de ser niña para convertirse en mujer, á esa edad cuyo momento anhela llegue con ánsia con tanto afan como inocencia, á esa edad en que la sociedad empieza á sonreirla y atenderla, sepa guardarse de ella, tratarla con dulzura pero con prudencia y conocerla lo suficiente, al menos para que en el camino que por ella ha de hacer evite los abrojos y áspices en que puede tropezar, abrojos que muchos son mortíferos, áspices que á veces son venenosos, requisitos ó condiciones necesariamente imprescindibles si no recibe ó no la comunican constante y sucesivamente ideas sanas y prácticas sobre la generación que la saluda, sobre los hombres y las cosas que la rodean.

Es indispensable que al aparecer por primera vez en la sociedad, que al dar los

primeros pasos en la vida su moral sea fuerte y respetada, debido principalmente á esa instrucción relativa que ilustra sin deslumbrar, que enseña las resoluciones con la paciencia, que forma el raciocinio y la elevación de concepto sin la ilusión que trastorna; más indispensable aún si tiene la horrible desgracia de que sus educadores y los que deben amarla contribuyen, sea la que quiera la causa, á exaltar su infantil imaginación, su espíritu sencillo, su cándida conciencia.

Intento, hijas mías, demostraros cuanto acabo de deciros con un cuento cuyo argumento es histórico, de cuyo contenido he sido testigo mudo, en la confianza de que si reflexionais sobre él y le recordais en las múltiples contrariedades y disgustos que esa sociedad os ha de proporcionar ó dar en el curso de vuestra vida, procuraréis no salir jamás del justo medio en que la divina Providencia os ha colocado, rechazando con valentía las nuevas necesidades que nuevas circunstancias é inesperadas exigencias so-

---

ciales ó el afan de figurar, defecto tan común en las jóvenes, traten de arrastraros, combatiendo con firme resolución y fino criterio los vicios ó la insuficiencia de nuevas ideas ó las exageradas tendencias de la época.

Hasta la edad que alcanzais habeis seguido con ceguedad los consejos de vuestros padres y maestros, de hoy en adelante es vuestro deber, y está en vuestro interés, unir á ellos vuestra observación y estudio de cosas y personas, hasta de las mismas que os dirigen y os aman; así completareis vuestra educación, así lograreis prácticamente que vuestra comprensión sea más clara y vuestras facultades se perfeccionen, así disipareis las nubes que el más azulado cielo suele contener, así evitareis los funestos ejemplos que se os ofrezcan aun dentro de la propia familia, el defecto de orden y regularidad en vuestra conducta por falta de sano criterio, y en una palabra, los mil y un inconvenientes que proporciona la triste realidad de la vida.

Al entrar en el mundo, cuyas puertas encontrareis abiertas de par en par, sois una flor hermosa cuyos pétalos y corola despiden fragante olor que el viento se llevará.

¡Ay de vosotras si á todo trance no procurais evitar ser por este arrebatadas!

\*  
\*\*

Alfredo de Sandoval era uno de los abogados más notables de la antigua coronilla de Aragón, y aunque en realidad no era una eminencia, ni mucho menos, gozaba de la estimación general y ganaba en su bufete cuanto quería. La mujer era una señora de pocos alcances y por lo mismo impertinente y orgullosa que hizo germinar en el alma de su hija Ana la vanidad más nécia y estúpida, un orgullo repugnante y casi insufrible, pues cuando se presentaba en una visita, iba á misa ó al teatro y aparecía en paseo, su afectado andar y sus amanerados modales, revelaban que se creía

---

superior á cuantas personas lo eran por su nacimiento ó cualidades; en una palabra, la señora de Sandoval tenía en su hija Ana una fiel imitadora de sus necedades; la hija era imágen viva, copia exactísima de la madre.

Aunque en general una ciudad de provincia todo se mide, cuenta y aprecia segun la posición y fortuna de cada cual, y por consiguiente sería una insigne torpeza ofender en lo más mínimo á los que la opinión pública prefiere ó distingue, torpeza cuyas desagradables consecuencias se experimentan más tarde ó más temprano, esa misma opinión sostiene casi siempre en su justo medio el equilibrio social.

Entregado por completo el Sr. Sandoval á su bufete, confiaba la dirección y educación de su hija á su esposa, pero conociendo desgraciadamente el carácter altivo y exigente de esta y aconsejado por algunos de sus buenos amigos, se decidió, con la pena propia de un padre, á llevar á su hija á

uno de los más importantes colegios de la corte.

La mamá se consoló á seguida bajo la idea de que su hija adquiriría en aquella célebre casa la educación necesaria al alto destino á que era llamada por su fortuna y el renombre de su padre. Este la dejó en ella muy confiado en la corrección de la colegiala, la que sufrió en los primeros dias inesperadas contrariedades; su altanería y orgullo fué saludado con las risas más picantes. Era el colegio una de esas pocas casas en que solo se tributaba honores al talento, en el que solo reinaba la modestia, la franca y desinteresada amistad y la inapreciable costumbre de distinguir á la que valía, jamás á la que mas tenía.

Dichosas y benditas casas que con gran solicitud deben buscar aquellos á quienes la necesidad obliga á confiar las jóvenes, y solo la necesidad puesto que nada hay en el mundo que pueda reemplazar á la esmerada educación y solícita dirección paternal,

y más en esa dulce y envidiable época de la vida en que la ambición se reduce á amar y ser amadas.

En efecto cuando la necesidad obliga la elección de colegio es uno de los asuntos más árduos y complejos que pueden ofrecerse á la solución de un padre, pues si aun siendo buenos ó muy acreditados á veces no obtiene lo que se propone ó desea ¿qué no sucederá cuando carecen de las condiciones morales y materiales necesarias? Solo cuando en ellos se respira una atmósfera pura, las inteligencias son hermanas y rivales á la vez, el pudor y la alegría marchan de consuno y la naciente belleza encuentra la verdadera dicha en los infantiles juegos, y es cuando esos sagrados templos de la juventud prestan inmensos é incalculables beneficios á la sociedad y á la familia, inspiran tierno y respetuoso interés, y los que en ellos se educan conservan durante toda su vida un recuerdo agradable y religioso.

Nuestra heroina no se acostumbró fá-

cilmente á su nueva existencia; no es muy natural pasar de la presunción á la realidad de lo poco ó nada que se vale, del placer de ser adulada al disgusto de tener que obedecer, del derecho de mandar á la más humilde sumisión, pero convencida, al cabo de algun tiempo, de lo inútil que sería su resistencia, fué poco á poco amoldándose, y despues no pasó mucho sin que su escrupulosa exactitud en el cumplimiento de su deber dejara de llamar la atención de todos sus maestros.

Una dificultad existia, y es que á los diez y ocho años los defectos, y sobre todo el orgullo, suelen arraigarse más de lo que convienen; por eso Ana conservó siempre bajo la capa de dulce humildad cierto aire de superioridad respecto á la mayor parte de sus compañeras; solo se inclinaba ante las que se distinguian en primer término, predilección, que con la buena inteligencia que Dios la había dado, la puso en camino de progresar rápidamente; y tales fueron

---

sus progresos en la instrucción que en todos los cursos ganó los primeros premios, motivo más que suficiente para que su natural altivez, encubierta por aparente modestia, se sostuviese y aun arraigara mas en su enfermizo espíritu.

Al cabo de tres años la madre exigió á su esposo fuera á buscar á su Ana, dado que ya no podia aprender mas; y en efecto el señor Sandoval, deseando darla gusto, dársele á sí mismo y al mismo tiempo convencerse del progreso y del cambio moral de su única hija, emprendió el viaje.

Cuando visitó el colegio tuvo el inefable placer de oír de los labios de todos los más calurosos elogios del talento y conducta de Ana; no tuvo por lo tanto inconveniente en volverla á casa, cosa que Ana le pedía y suplicaba por su adorada madre, á la que tuvo el placer de abrazar pocos días después.

Ana apareció en su casa y pueblo rica de talento, de gracia y atractivos, cualida-

des que madre é hija daseaban lucir. No tardó en presentarse la ocasión; un acontecimiento extraordinario hacía tiempo que preocupaba á la ciudad; se trataba de celebrar suntuosas fiestas por la traida é inauguración de las aguas potables con que se iba á dotar á aquella atrasada población. En el programa oficial se anunciaba un baile que debía darse la misma noche de la inauguración y al que indudablemente asistiría lo más notable de la ciudad.

Las damas más bellas y distinguidas deseaban llegara aquella noche así para brillar y gozar en él como para ver si Ana era digna de la gran reputación que había precedido á su llegada. La mamá, cuyo amor á su hija trastornaba su cabeza, hizo extraordinarios gastos y preparativos á que se opuso el papá resueltamente, exigiendo que su hija se presentara elegante pero sencilla, y con el único adorno propio de una jóven bien educada, amable y modesta á la vez.

Al efecto, el mismo día del baile Sandoval llamó á su hija, y después de decirle que era toda su esperanza y que confiaba fuese en su próxima vejez su único consuelo, la recordó que tres años antes fué objeto de burlas y chanzonetas por su ridícula presunción; que ésta fué la causa de verse privado del placer de tenerla á su lado durante ese tiempo, y pues el cielo le pagaba tan grande sacrificio devolviéndosela precedida de envidiable reputación, en su mano estaba recompensarle aquella noche con usura de lo que había sufrido hasta entonces.

—Si, hija mia, añadió conmovido, si mi ternura y mis solícitos cuidados merecen algun premio, preséntate en el baile con la urbanidad y modestia inseparables del verdadero mérito; ten presente que vas á hacer tu *debut* en el mundo, que en el baile te esperan para aplaudirte ó criticarte; proporcioname el inmenso placer de oír en él: si un día fué tonta y ridícula hoy es sensata y afable.

Ana se afectó algo, y sin darse cuenta de lo que prometía, ofreció á su padre darle gusto; llegada la hora prescindió del magnífico vestido y elegantes adornos que su madre la había comprado, y vistióse con cierta simulada sencillez al través de la que cualquiera, por poco avisado que fuera, hubiese percibido una estudiada y ridícula elegancia.

\*  
\* \*

Al aparecer Ana en él baile, la primera impresión fué de verdadera simpatía; fiel á su palabra permaneci6 humilde, con los ojos bajos, al hablar parecía que temblaba, á cada cumplido que la hacían se ruborizaba; la sorpresa fué general y agradable, el papá no cabía en sí de gozo; á no haber estado en el baile hubiese abrazado á la hija.

Al empezarse este, el candor y la modestia de Ana realzaban su belleza y la proporcionaban el primer lugar; todos los jóvenes se disputaron el honor de bailar

con ella, pero la niña no solo eligió para el primero sino que para todos los sucesivos elegía á aquellos que por su aspecto exterior revelaban mayor fortuna y más distinguido porvenir; escusado es añadir que en tan fatal tarea la ayudaba su altanera y desdeñosa madre, cuyos tristes efectos ni la una ni la otra podían imaginar, ni podían dejar de producirse.

Y así fué: para uno de los bailes anunciados se presentó un modesto y no muy agraciado jóven, cuyo aspecto y tímida emoción ocultaba á sus ojos su mérito personal y la brillante posición que ocupaba en la buena sociedad, invitándola repetidamente para el citado baile, pero Ana se resistió cuanto pudo contestándole por último que estaba cansada y no quería bailar; mas al empezar el wals y mientras el jóven desconocido sufría en silencio la negativa de la niña, jurando no volverla á invitar, se apercibe que se disponía á bailar con un elegante teniente de marina; sorprendido é

indignado se dirige á la pareja y con aire resuelto dice á la niña:

—Señorita, no podeis bailar.

—¿Cómo es eso? preguntó vivamente impresionado el oficial.

—Porque esta señorita me ha asegurado que no quería bailar; al hacerlo me infiere un desprecio que no estoy dispuesto á tolerar.

—Caballero, os espresais de una manera...

—Me espreso como se espresa todo hombre de honor que no permite se le falte.

—Juzgad como os parezca, pero esta señorita bailará.

—No me opongo á ello, pero antes bailará conmigo.

—No, conmigo ó sinó nos entenderemos.

—Jamás he rehusado invitaciones de esa especie; bailad, que despues me encontrareis á vuestra disposición.

—Es un mentecato, dijo por lo bajo el oficial á Ana: pero conociendo esta, aunque tarde, toda la extensión de su falta, se detuvo y le suplicó la condujese á su asiento. El insistió, pero en vano. Ana echó á andar, pálida y trastornada, en busca de su padre.

El oficial buscó al momento al jóven desconocido y ambos desaparecieron á seguida. Ana tardó en encontrar á su padre, pero al fin le halló y le dijo con el peso del sufrimiento.

—Venid, padre mio.

Y llevándole áparte le contó todo lo que acababa de suceder.

El Sr. Sandoval salió precipitadamente, preguntando antes por aquellos jóvenes; mas como nadie le daba noticias, se lanzó á la calle acompañado de algunos agentes de policía, y al pasar por un sitio retirado, aunque próximo á la casa, oyó el ruido de espadas que se cruzaban, y ¡oh, desgracia! al llegar al sitio del combate se tropezó con

el jóven desconocido que yacía en tierra mortalmente herido.

Los agentes le levantaron, y colocado de la manera mejor posible, le llevaron á una de las casas inmediatas á fin de prestarle los auxilios que reclamaba tan triste y desesperado caso; mas el dolor del señor Sandoval subió de punto al reconocer á la luz de una lámpara el casi cadáver del jóven.

—¡Dios mío! exclamó, si es el hijo del presidente A... si es Pepe la Rosa... ¡oh! Ana, Ana, cuán enorme es tu falta y cuán cara va á costar tu aparición en el mundo á tu desgraciado padre.

Bien pronto el suceso se hizo público; suspendido el baile la consternación y los murmullos sucedieron á la alegría. La familia del Sr. La Rosa, llena de dolor y anegada en lágrimas, se dirigió, seguida de varios amigos, á la casa en que se hallaba el herido.

Los demás empezaron á hacer el vacío al rededor de la mamá y de la hija, y á señalar á aquella con el dedo.

—Su nécia vanidad, decía uuo, ha corrompido el bondadoso carácter de la hija.

—Ella es la causa de tan fatal desgracia, añadía el otro.

—Desgraciada si perdemos á ese jóven esperanza de su patria y de su familia, murmuraba un tercero.

—Que se marchen, que se marchen, exclamaban otros, su presencia en esta casa es un insulto.

Así lo comprendió la señora de Sandoval, que salió con su hija precipitadamente bajo el peso del desprecio general y de los murmullos que á sus oídos llegaban

La noche que pasó el herido fué terrible; trasladado á su casa en un momento de tranquilidad, la ciudad entera se interesó en aquella inmensa desgracia. La casa del presidente fué visitada por todas las clases sociales, por hombres y mujeres que acudían presurosos á ofrecerle sus respetos y á interesarse por la salud del enfermo.

El Sr. Sandoval tuvo el valor, que va-

lor se necesitaba, de presentarse en aquella casa, y con la simpatía y respeto que inspira una gran desgracia no disculpar á su hija sino procurar persuadir á aquel noble y desgraciado anciano de la enormidad de su pena y sufrimiento, de su deseo de asistir por sí mismo al enfermo, para lavar, decía, con sus lágrimas la inocente sangre que la necesidad de su hija había hecho derramar, gracia que le fué concedida para su mayor tormento, pues al aparecer en la alcoba del herido, este exclamaba fatigado y con voz apagada:

—Funesto orgullo... ¡oh! padres míos, perdonadla.

—¡Funesto orgullo! repetía también el desgraciado Sandoval; mas aquella escena no podía continuar mucho tiempo, y en efecto, Sandoval abandonó la alcoba, y como Dios le dió á entender, si bien acompañado de un criado de la casa, se dirigió á la suya.

Ni fuerzas ni talento suficiente tenemos

para describir la honda y desgarradora impresión que aquella escena produjo en el alma de Sandoval, ni menos el efecto que debió producir el conocimiento pleno del estado del enfermo en aquellas dos desgraciadas mujeres que si nécias y orgullosas poseían un fondo de bondad reconocida, eran sensibles y honradas á la vez.

No es estraño, pues, que en su desesperación oyeran los gritos vengadores de aquellos cariñosos padres, de aquella familia modelo, de los amigos de aquella casa, y aun de la ciudad entera; no es estraño, pues, suplicasen al marido y al padre y aun le exigieran las trasladara de población puesto que en esta no podían ya vivir tranquilas, como no es estraño que á tanto pedir y suplicar accediera Sandoval resolviéndose á establecerse en la corte, á donde por fin fueron á devorar en silencio sus penas y desgracias.

Afortunadamente el jóven La Rosa experimentó una reacción favorable, y gracias á los esquisitos cuidados de la familia, á los solícitos cuidados del arte y mas que todo al auxilio y favor de la divina Providencia, pudo restablecerse poco á poco; mas para Sandoval y su familia lo sucedido no tenía enmienda.

Este no solo perdió la estimación pública, sinó que perdió, efecto de su traslación, casi toda su fortuna; su señora reconoció, aunque tarde, el precipicio á donde con su satánico orgullo había caído. La desgraciada Ana renunció á la idea de realizar un brillante porvenir, limitándose á lo único que podía otrecerle el mundo, al cuidado de la vejez de sus padres.

Tan dura lección no era para olvidada; así que, aunque triste y humilde, manifestaba á cuantas jóvenes querían oirla su íntimo convencimiento de que lo que mas contribuye á la felicidad ó á la desgracia de una jóven en la vida son sus primeros pasos, su aparición en el mundo.

---

Y así es en verdad, pues si dadas ciertas posiciones sociales es punto menos que imposible tener constantemente apartada ó aislada á una jóven, es grandemente peligroso dejarla lanzarse al mundo sin la necesaria preparación; y supuestas ciertas organizaciones no hay medio que no deba intentarse para que dicha aparición ó *debut* sea el preludio de un porvenir halagüeño y dichoso.

Ese período de la vida de las jóvenes, ese momento precioso y envidiable, en el que empieza á dibujarse su carácter, es peligroso; cuantos cuidados se empleen serán seguramente pocos: que comprenda la madre lo delicado de sus deberes en el particular y es seguro que sus afanes y cuidados darán por resultado el combatir, cuando sea necesario, la peligrosa exaltación, la nociva ligereza, la fogosa imaginación de la jóven; con la conciencia de esos deberes y el entrañable amor que debemos suponerla suplirá la parte de educación de que carezca,

y contribuirá á formar el buen sentido y recto juicio, elemento necesario de esa igualdad de caractéres, sin la que no hay dicha posible para las personas, y para cuanto las rodea.

Obrando así y con la ayuda de la experiencia que también debemos suponer posee, obtendrá el equilibrio en todo, haciendo que en su hija brille la modestia, finura, gracia, orden y cuantas cualidades forman el precioso tesoro de la mujer bien nacida y mejor educada.

Es el mas sagrado é interesante de sus deberes.







## LA ELECCIÓN DE AMIGA.

---

**M**e pedis otro cuento, hijas mías, y voy á daros gusto á fin de probaros cuán difícil es hallar ese don del cielo, la *amistad*, que es amor sin egoismo, la afec-  
ción mas grata y pura que se conoce, la necesidad mas grande que experimenta una jóven bien nacida. Una historieta fácil y sencilla os demostrará que como *virtud de hecho* necesita tiempo, mucho tiempo para fijarla, y pruebas, acertadas pruebas para acreditarla; y que antes ó durante ellas las almas que buscan otras á quienes comuni-  
car sus ideas ó pensamientos, sus penas ó placeres, cuyos sentimientos necesitan consejos ó dirección y cuyos pequeños é

insignificantes secretos una eterna é inquebrantable fé, suelen sufrir sensibles desengaños, tristes amarguras, crueles decepciones; ¡cuesta tanto ese inesplicable deseo de amar y ser amado, ese incomprendible encanto de las confidencias, esas duras, pero espontáneas concesiones y sacrificios que procura y exige la verdadera amistad!

El Sr. Carranza era un viudo tan rico como honrado, con una hija que se hallaba en esa crítica época en la que las mujeres fijan sus gustos y determinan para siempre sus tendencias é inclinaciones, época que ya permite á los padres conocer y aun confiar en la tranquilidad y apoyo que buscan y necesitan para su vejez.

Carolina, que así se llamaba esta hermosa jóven, comprendió, como todas comprenden al presentarse en la escena de la vida, que el amor de la familia no era suficiente para una alma sensible y bien templada; una secreta voz la decía que solo con las personas de su edad podría

expansiarse, que únicamente á ellas podría confiarlas una falta ó repararla sin avergonzarse, que solo con ellas podría formar un lazo de unión que derramase sobre la vida duradero y embriagador encanto; así que impelida por aquella voz se lanzó en busca de su objetivo creyendo encontrarle en cuantas jóvenes iba sucesivamente conociendo, pero á poco de tratarlas se convencía de lo contrario, pues la que la parecía franca y sencilla la encontraba aturdida é indiscreta; la que creía seria y reservada la veía exigente ó incapaz de nobles sentimientos; la que juzgaba modesta y dulce en sus palabras la notaba coqueta ó cuando menos que ocultaba, bajo tan envidiable capa, una esquisita susceptibilidad.

Veía que unas al verse privadas de gracia y belleza la mostraban un carácter ágrío y enjuto, otras que por el contrario eran lindas y graciosas dejaban percibir al través de su encantadora sonrisa un movimiento

de envidia ó celos, que las hacía repugnantas; la Antonia poseía un mediano talento y se creía un génio; la Elisa era hija de un improvisado banquero y reventaba de orgullo; Ana, que era casi pobre, una *cursi* en el nécio idioma del buen tono, solo encontraba virtud ó talento en el dinero; Consuelo, cuya gracia en el decir era inimitable, murmuraba amargamente de todo... en fin, por do quiera que Carolina dirigía la vista solo encontraba egoismo, miseria, falsedad, coquetería... la inocente perdía la esperanza de hallar un día la amiga que necesitaba para que su dicha fuese entera y completa.

\*  
\*\*

Creendo el padre que la melancolía de Carolina era hija de la necesidad de ese amor que funde dos almas en una, de ese tesoro que duplica nuestros placeres y en la adversidad es nuestro consuelo, se dedicó con afán á buscar no una simple relación

ó conocimiento sino una verdadera amiga para su hija, sin decirle una palabra, pues profesaba la máxima de que un padre, en vez de forzar las inclinaciones y gustos de sus hijas, debe dirigir las é ilustrarlas; mas la casualidad realizó lo que su esquisita diligencia no pudo alcanzar.

Una noche se encontraron en el teatro con otro padre y su hija, que ocupaban las butacas inmediatas. El Sr. Carranza, ante la descripción de la mas sensible amistad que se hace en uno de los cantos de la ópera *Yfigenia*, oyó á aquella jóven hablar con entusiasmo de ella, sintiendo no gozar de lo que la parecía el bello ideal de una alma sensible.

Carranza debió decirse á sí mismo *eureka*, puesto que de repente concibió el pensamiento de proporcionar á Carolina la ocasión de tratar á tan amable jóven en cuya fisonomía se retrataba su inocencia y candor. Provocada la conversación supo que se llamaba Teresa, y que el papá era un comer-

---

ciente tan recomendable por su crédito, como por sus cualidades personales.

La casualidad, que á veces se encarga de remover los obstáculos por grandes que sean, realizó, como hemos dicho, lo demás; esta hizo que se retirasen con precipitación dejando en una butaca unos gemelos de gran precio, que Carranza recogió, aprovechando el motivo para hacer una visita á la encantadora Teresa, que ofreció devolvérsela acompañada de sus papás muy en breve.

Preparada Carolina por el suyo, la recibió con la galantería y curiosidad que es de suponer; y de tal manera se fijó y tan excelente fué la impresión que la produjo su fisonomía y conversación, que creyó descubrir en ella la *amiga* que á toda costa buscaba.

Teresa simpatizó también con Carolina; ambas se hicieron mil preguntas, ofreciéndose al despedirse visitarse con frecuencia: los papás confirmaron sus mútuas ofertas,

llevados del buen deseo de fomentar una amistad que empezaba también.

Desde aquel feliz momento era para Carolina y Teresa un singular placer el reunirse; no pasaba día sin hacerlo comunicándose sus gustos y cuidados, sus deseos y temores. El cariño y la simpatía iban creciendo, si crecer era posible; su igual afición á la música contribuía mucho á ello; juntas tocaban escogidos trozos, juntas resolvían las dificultades que se las presentaban; en una palabra, cuanto más se trataban más satisfechas quedaban de su respectiva y acertadísima elección.

Sin embargo, una noche que tocaban una sinfonía á cuatro manos delante de algunos amigos, Carolina notó que Teresa hacía grandes esfuerzos por superarla; comprendió que bajo los pliegues más seductores del alma ocultaba un escesivo amor propio, que sufría cuando tocaban por igual, y que el sufrimiento se convertía en suplido cuando esta afinaba ó lo hacía mejor.

Carolina disimuló, dudó, y aunque con mucha pena se resolvió á someterla á prueba, encargando á uno de los amigos de más confianza de su padre el que la visitara, y en la visita la criticase con objeto de ver como salía á su defensa; así lo hizo este, y el resultado fué el que Teresa se condoliera de que las apariencias la hubiesen inducido á error.

Pobre Carolina, ¡no era así como entendía ella la verdadera amistad! juzgaba que la injuria hecha á una amiga ausente, es una injuria que se hace á la presente, y que debe rechazarse con el valor y la dignidad que inspiran á la vez el honor y la confianza ya que no el más acendrado cariño;—al menos yo no hubiese soportado con calma y resignación la menor cosa contra ella.

—¡Dios eterno! esclama la inocente jóven, ¿será verdad que ese sentimiento, precioso don del cielo, sea una quimera?

—No, hija mia, la contestó su padre al entrar y oír aquella exclamación; no, es que

deseas el tesoro máspreciado del mundo y eso es muy difícil de encontrar.

—Ya lo veo... más en tanto, replicó Carolina triste y apesadumbrada, Teresa descende para mi á la categoría de *simple conocida*; conocimiento que cultivaré como otros muchos, pero la herida que abre en mi pecho es de imposible cicatrización.

Carolina y Teresa dejaron de verse tan amenudo como hasta entonces; y á pesar de que aquella se esforzaba por parecer la misma, ya ni mediaba la confianza anterior, ni sus bocas usaban el mismo lenguaje, ni existía aquel hermoso lazo sin el que la amistad es un nombre vano, una mentida ilusión.

Invitadas una noche á tocar en una elegantísima *soirée* la célebre *marcha de las antorchas*, ambas hicieron cuanto pudieron por recoger la mayor suma de aplausos posibles; despues tocó Teresa sola, esforzándose por lucir sus hermosas facultades.

Por la primera vez de su vida notó Carolina cierta envidia y turbación ante el reto de su amiga, quiso vencerla y á su vez tocó con tal aplomo, salvó con tal energía y gusto las dificultades que la ofrecía la cavatina, se mostró tan superior á sí misma, que cuando todos la aplaudían con mas delirio, un pequeño golpe cayó el papel del pupitre; Carolina iba á perder la victoria, y perpleja, atónita, se dispuso á seguir de memoria, pero una jóven que se hallaba á su lado, de mirada arrebatadora y gracia singular, una de esas jóvenes que sin deslumbrar encantan por su interesante conjunto, mil veces preferible á la misma belleza, se levantó con la rapidez del rayo y aprovechando una cadencia sostenida colocó el papel en su sitio, indicándola la nota desde donde debía seguir. Carolina terminó su cavatina entre los bravos de los asistentes que la proclamaron una notabilidad artística.

Antes de retirarse á su asiento se acercó

á aquella señorita, llena del mas vivo interés y reconocimiento, y la dijo:

—Os doy un millon de gracias por vuestra bondad y servicio.

—El verdadero talento merece eso y mucho mas, contestó Cesárea, que así se llamaba la citada jóven.

—Si me tratarais particularmente, no tendriais tan alta idea de mis pobres facultades, y sin embargo no sé qué instinto me hace desearlo.

—Coincidencia singular, pues os aseguro que yo deseo lo mismo.

—Yo deseo una sincera y verdadera amistad.

—De ella tengo también necesidad, pero es tan difícil hallarla...

—¡Ah! teneis razón, contestó por último Carolina conmovida y apretándola la mano con un movimiento involuntario.

Y se separaron; un difícil y brillante nocturno puso fin al concierto, Carolina, acompañada de su padre, se despidió de

Cesárea, y después de los ofrecimientos y cumplidos de ordenanza salió del salón llena de ilusión y de esperanzas.

Ya en casa, contó al papá la escena y las impresiones que la había producido.

—Mucho me engañaría, le dijo, si esa bondadosa jóven no reuniera las cualidades que exige una sincera y leal amistad.

—Así decias de Teresa, y lo peor es que así lo creí yo, y ya ves como nos engañamos.

—Es cierto, pero quiero hacer el último ensayo. Supongo que me ayudarás con tu cariño y tu ternura de siempre.

\*  
\*\*

Ambas jóvenes empezaron á visitarse con frecuencia; cada visita aumentaba las esperanzas de Carolina. También Cesárea había sido víctima de su buena fé: ¡feliz analogía que las llenó de alegría y las aseguró el éxito mas completo en sus deseos

y aspiraciones! Carolina consagró á su amiga, después de algúñ tiempo y á cambio de la suya, la fé mas ciega, la mas constante amistad.

Pero su padre, á pesar de que todas las apariencias revelaban que Cesárea era digna de estimación por sus cualidades y talento, temía que su querida hija fuese víctima de nuevo de su pueril confianza, ó sufriera un mayor desengaño, por lo que recordando la prueba á que esta sometió á Teresa, buscó al mismo amigo, espíritu observador y experimentado, en quien tenía onnímoda confianza, y le dió igual encargo cerca de Cesárea.

El amigo aceptó, aunque con repugnancia; mas no bien comenzó á realizarle, no bien empezó á hablar en términos ambiguos de la legítima y reconocida reputación de Carolina, que Cesárea le interrumpió con entereza y dignidad:

—Por lo visto ignorais, caballero, que Carolina es amiga mía, y por consiguiente

que en mi presencia no puedo tolerar se la falte en lo mas mínimo. O sufris una equivocación imperdonable, ó teneis motivos ciertos para espesaros así: hablad, os lo suplico y exijo.

—Señorita, contestó el amigo, digo lo que he oido repetidas veces.

—Si supierais, caballero, cuán poco dista el que se hace eco de malvados de los mismos malvados...

—La defendeis con calor...

—No hago mas que cumplir con un deber. Defender á Carolina de los ataques de la calumnia ó de la indiscreción es defenderme á mi misma; nuestras reputaciones forman una sola...

—Me condenais al silencio.

—Mejor sería condenaros á la pena ó al arrepentimiento. Solo os diré que quisiera ser tan perfecta como ella.

El amigo se apresuró á contar á Carranza la poco agradable escena en que había sido actor; en cambio este tuvo un singular

placer al convencerse de la acertada elección de su hija, á la que comunicó lo sucedido para que apreciara en su exacto valor el mérito de su amiga.

A su vez Cesárea creyó un deber sagrado no decirle una palabra, contentándose alguna que otra vez con preguntarla por su indiscreto y peligroso amigo.

Dos meses después, Carranza celebraba los días de su hija con un concierto, al que se hallaban invitadas muchas celebridades artísticas. Carolina recibió flores de toda especie y entre ellas un ramo artísticamente confeccionado con una hermosa y rarísima rosa que sobresalía por encima y al pié otra flor blanca rodeada de multitud de violetas y musgo que casi la envolvían.

La procedencia y confección del ramo era fácil de adivinar; Carolina arrancó la flor blanca y se la colocó en el pecho disponiéndose á lucirla durante el concierto.

Al llegar Cesárea con su padre anticipadamente, pues se hallaban invitados á

comer, reconoció la flor y abrazó á su amiga, cariñosa expansión de dos almas que se confunden: al sentarse á la mesa apareció el amigo de las pruebas con otro hermoso ramo que ofreció á Carolina, dirigiéndola los cumplidos más finos y galantes.

—¿Cómo, preguntó sorprendida y por lo bajo Cesárea, tu recibes flores de semejante hombre?...

—Pues si es uno de los más íntimos y mejores amigos de papá, la contestó esta.

—¡El! no podía imaginarme tanta perfidia y maldad.

En este momento el amigo se dirige á Cesárea, la ofrece sus respetos empleando al efecto las frases más atentas y corteses. Cesárea calla, no sabe que contestar, pero Carranza, que comprendió lo que pasaba, salva tan difícil situación tomando de la mano al amigo, explicando el misterio, reivindicando para sí todas las culpas, y pidiendo perdón á Cesárea, la que por única contestación volvió á abrazar á su amiga.

La comida fué espléndida y alegre; á los postres empezaron á presentarse los convidados que poco á poco llenaron el salón; entre ellos se hallaba Teresa, que ejecutó al piano una bella sonata de Bethoven; en fin, tocó el turno á las dos amigas, que empezaron á preludiar un soberbio concertante; no bien habian entrado ya cuando Carolina notó que Cesárea economizaba sus facultades, que la animaba y escitaba con entusiasmo, por lo que alegre y contenta tocó un *solo* que exigía gran conocimiento con desenvoltura y perfección, solo que repitió Cesárea con tal tino y prudencia á fin de igualarla, que en el *andante* es imposible saber cual de las dos dice con más espresión, y en el *presto* qué mano es la más brillante y ligera; en una palabra, se identifican de tal modo, miden con tal compás sus respectivas fuerzas, confunden sus almas de tal manera que se las aplaude por igual... pero la condescendencia de Cesárea, verdadera notabilidad en el divino

arte de la música, obligó á Carolina, al terminar, en medio de los más estrepitosos aplausos, á abrazarla y esclamar con los ojos bañados en lágrimas y bajo el delirio de la más inocente alegría:

—Por fin encontré lo que deseaba, eres una verdadera amiga.

\*  
\*\*

Severa lección que debió aprovechar Teresa y yo deseo no olvideis jamás.

Entusiasmado el Sr. Carranza tomó de las manos á las dos amigas, y estrechándolas entre las suyas las dijo:

—Gozad hasta el fin de vuestra existencia del sagrado nudo que os une; si tan encantador os parece en la primavera de la vida mucho mayor os parecerá en su ocaso. Todos los sentimientos se debilitan con la edad, solo la pura amistad permanece y se fortifica envejeciendo.

\*  
\*\*

Sí, hijas mías, las apariencias engañan;

---

antes de confiaros á los dulces encantos de la amistad estudiad el alma de la que merezca vuestras simpatías, y si tropezais con otra Cesárea, lo cual es algo difícil aunque no imposible, si teneis la dicha de encontrar otro ángel tutelar de vuestra reputación, otro ser que sacrifique su amor propio para colocarse á vuestra *inferior* altura, podéis creer y aceptar esa necesidad sentida, tan raras veces satisfecha, ese cariño verdadero que despues del de la madre es el más desinteresado; amistad ó cariño que ni pide ni desea y que si hecha raices, aunque sea lentamente, ni se evapora al menor soplo, ni sucumbe á los más crueles desengaños.

Es verdad que carece de las ilusiones del *amor ciego*, pero hermana el juicio y el sentimiento, es más duradero y satisface y llena más. Aprended á *distinguir*, dice un modesto escritor á sus lectores, y si lo lograis y lo realizais despues con acierto llegará día en que no cambiareis por el *amor* más grande la *verdadera* amistad.





## LA LECTURA DE NOVELAS.

---

**E**s tendencia natural de todos y especialmente de las jóvenes á aprovechar los medios conocidos de adormecer dulcemente el espíritu con fáciles y agradables lecturas que poco á poco engendran la afición y aun la pasión á las novelas, género que por sano y puro que sea no puede menos de confesarse, como decia la célebre escritora madame Stael, que hacen mal, mucho mal, dado que sin sentir aprenden las jóvenes lo que existe de mas recóndito y secreto en el corazón humano, y si á esto se une el ridículo tan fácil de adoptar, imitar ó seguir, como fácil en propagarse, los padres y maestros que toleran ó fomen-

---

tan dicha lectura con su propio ejemplo, destruyen y matan los sentimientos mas dulces y hermosos del alma: acostumbrada la jóven á imitarles ó seguirles hasta en sus mínimos detalles adoptan ciegamente el sendero que aquellos siguen, y si como es consiguiente ese sendero se separa del camino recto, del único camino que lleva á la dicha ó cuando menos produce la tranquilidad de conciencia, tan necesaria para las buenas obras, se hace difícil, por no decir imposible, que la jóven sea feliz en la tierra. Su desgracia será no solo positiva sino eterna.

Era Alfredo García uno de los mas ricos y estimados comerciantes de la ciudad de Valladolid, cuya ciudad le debía muchas de sus mejoras y embellecimiento; de crédito reconocido y envidiable y de carácter franco y sério era á la vez que modelo de padres protector de los desgraciados. Tenía dos hijos varones que le secundaban en sus trabajos aspirando á imitarle y hacerse

tan dignos de la pública estimacion como él, y dos hijas; la mayor, previsora y bondadosa, desempeñaba las funciones de madre de cuyo querido ser solo tenían tristes recuerdos), á las mil maravillas; insipida y sin talento la menor, se dejaba servir por sus hermanos, que como el padre, lo hacían muy á gusto por lo mismo que era la mas pequeña de todos.

A veces suele haber en las familias numerosos séres privilegiados que gozan del cariño de los demás; verdaderos Benjamines que se creen con mas derechos que los otros, y que en ocasiones suelen pagar con culpable ó glacial indiferencia las atenciones y afecto de que han sido objeto durante su vida toda; esto ocurría con Adela, que era la menor; pues mientras su hermana Ana y su padre y hermanos se excedían á sí mismos desempeñando sus respectivos destinos, ella no hacía nada, ó á lo mas alguna de esas chucherías propias de niñas, como hacer una flor, bordar un pañuelo, etc.

Si sus manos eran muy delicadas, su imaginación demasiado levantada para entregarse á trabajos enteramente mecánicos; Adela creía que su figura y su talento se balanceaba sobre cuanto la rodeaba como el cedro balancea su cima sobre los insectos que cobijan bajo su sombra.

Preocupaba únicamente á su carácter frívolo, espiritual é inocente, las obras propias del génio, llegando de este modo á un sentimentalismo tan exagerado que rayaba en lo increíble, al que y para desgracia suya habia de dar la última mano la llegada de una tia, cuya visita esperaba la familia hacia algún tiempo.

Esta señora era viuda de un personaje importante de su época, y aunque no vieja, sus cualidades formaban un conjunto de sério y bufo, de grave y ridículo: su apariencia era de una mujer robusta, y sin embargo se quejaba continuamente de los nervios; gozaba de un apetito devorador y afectaba comer poco ó nada; dormía diez horas

seguidas y se quejaba de insomnios; era aficionadísima á adornos y modas y criticaba sus caprichos; su conducta era intachable, pero falta de condiciones para brillar vivía retirada del mundo, y su ocupación favorita era la lectura de novelas; no existía una, á pesar de no haber sido jamás escaso el género desde el Teagenes y Clarisea hasta las más modernas de la flamante escuela realista, que no conociera casi de memoria.

Esta dominante pasión que por un lado habia producido en dicha señora el afan de ser citada y distinguida por todos, y por otro era causa de que su imaginación, literalmente cuajada de argumentos, incidentes, episodios y descripciones, se alimentara de quimeras, era motivo mas que suficiente para que su presencia en la casa de su hermano, produjese profunda sensación en Adela, que á poco de tratarla llegó á figurarse que apiadado el cielo de su desgraciada situación se la mandaba á fin de sa-

carla de aquella oscura existencia que arras- traba, é iniciarla en los misterios y en los mas dulces sentimientos de las grandes almas.

Preocupada, mejor dicho, dominada por estas ideas, la pobre niña trataba á su tía con sin igual cariño, en todo procuraba imitarla; su conducta llegó á interesar de tal modo á la tía, que pasado algún tiempo un dia esta dijo á su padre:

—Las brillantes cualidades de Adela me permiten suponer con fundamento que en la córte y á mi lado se perfeccionará por completo; si me permites llevármela yo te ofrezco devolvértela convertida en una encantadora persona de hermosas y envidiables cualidades.

No pareció mal al bueno de García la oportuna proposición de su hermana; Adela necesitaba ilustrarse algo, conocer algo el mundo, olvidar algo el excesivo cariño y distinción de sus hermanos que mas que favorecerla la perjudicaban bastante; por

otro lado las hermosas cualidades de la tía, que si un tanto exagerada no podía ser mas bondadosa, y que si no necesitaba trabajar era muy mujer de su casa, la pureza de sus principios y sobre todo el ardiente deseo de Adela de educarse á su lado, le decidieron á aceptar la generosa oferta de su hermana Pepita.

Llegado el dia de la marcha la despedida fué, como puede figurarse el lector, muy sentida y muy llorada; hasta Pepita, á pesar de sus años (era mas vieja que su hermano), lloró, pues la pareció reproducirse la conmovedora escena de la partida de Penelope ó de Virginia.

\*  
\* \*

No bien llegaron á Madrid, Pepita instaló á su sobrina en un elegante gabinete por cuyas mesas solo se veian novelas; presentóla á algunas amigas íntimas y la dijo que aunque su nombre no era feo debía

---

reemplazarle por otro mas análogo á su futura existencia, á la gloriosa senda que debía recorrer.

—Hay entre nosotras, añadió, conveniencias que por insignificantes que parezcan influyen soberanamente en el porvenir. Adela es un nombre algo común, si le remplazamos por el de Adelina llamarás mucho mas la atención en mis románticas reuniones y en ese gran mundo en que has de aparecer dentro de pocos días cual refulgente astro en medio de un cielo sereno y azulado.

Adelina es el nombre de una celebridad europea por su garganta y aventuras. Escusado es decir que á la niña le pareció tan interesante como poética aquella sustitución.

—Hay más, continuó Pepita, para alcanzar la fama que tus cualidades deben proporcionarte has de procurar que tu voz tenga ese timbre sonoro, esa gracia expansiva, ese tierno abandono que revela los más nobles sentimientos, es preciso que de vez en

cuando levantes la vista al cielo, exhales un suspiro misterioso, aparezcas como dominada por melancólico éxtasis y salgas de él como si te arrancaran de tus más queridos y ocultos pensamientos.

Tu aspecto debe afectar cierto desorden, la cabeza desnuda, el cabello adornado con una simple flor, nada de color, á ser posible cierta palidez, hermoso anuncio de exceso de trabajo y de temperamento nervioso; un pañuelo blanco y elegante siempre en la mano como para secar las lágrimas que producen las más sencillas emociones en las almas bien templadas; debes saber cantar algo y acompañarte al piano; en fin, mi querida Adelina, ten presente que para iniciarse en los sublimes misterios del sentimentalismo y de la esquisita delicadeza de las ideas puras debe poseerse lo que los sabios llaman el género Osiánico.

—¿Y en qué consiste, tia, ese género?

—Es una viva y brillante inspiración que inclinando el alma hácia la bóveda celeste

nos eleva por el pensamiento sobre los simples mortales.

—¡Oh! pues yo os prometo ser una excelente osiánica, pues ya en mi pueblo me consideraba muy superior á todas las personas que conocía.

—Perfectamente, desde mañana comenzarás tus estudios y ensayos; en cuanto á la lectura empezarás por leer con reflexión y cuidado las obras de Lamartine, Victor Hugo, Jorge Sand, Richarsón, Didier, Paul Féval y otras que yo te indicaré, de cuyas obras me harás pequeños extractos, después pasarás á la lectura de otras, por ej., las de Dumas, Fernández y Gonzalez, Emilio Zoa, Daudet, Berther, Carlier, Gouvet, Bourget, etc.; en fin, las de todos los novelistas que continuamente ilustran al siglo con sus portentosas producciones.

Con la lectura de todas esas obras en que la exageración reemplaza á lo natural, aun en aquellas al presente de moda llamadas por mal mote naturalistas, la inocente Ade-

lina empezó á exaltarse formando en su mente un mundo ideal, fantástico y abigarrado; la faltaba tiempo para devorarlas en vez de leerlas, y más aún para tomar las notas ó hacer los extractos que su tía la había encargado; su delirante entusiasmo ahogaba su memoria con facilidad, y muy frecuentemente confundía los numerosos pasajes ó las muchas citas que evacuaba ó repetía á cada paso.

¡Pobre jóven! por nuestra parte renunciamos á describir las celebradas *soirées* que su tía daba cada semana, y á las que asistía numeroso y originalísimo conjunto de jóvenes de ambos sexos, cuyas tendencias é inclinaciones más ó menos pronunciadas, les acercaba á la heroína de la casa. Las mamás acompañantas se parecían mucho á la tía; crea el lector que en aquellas reuniones semi-serias, semi-bufas, se realizaba el dicho vulgar de dime con quien andas y te diré quien eres.

A su vez así debió creerlo García, pues al

cabo de dos años de tal educación y tales ensayos, su hija le escribía cartas tan rimbombantes, tan llenas de neologismos, tan pretenciosas y ridículas, que á pesar de las buenas cualidades que reconocía en su hermana se resolvió á separarla de su lado comprendiendo que esta era un obstáculo ó una inconveniencia para la mejor y más perfecta educación de Adela.

Aprovechó, pues, la ocasión del próximo enlace de su hija mayor con un coronel jóven y se fué á Madrid en busca de aquella á fin de que asistiera á la boda. La tía no podía dejar su casa porque se hallaba trabajando en una novela en la que fundaba grandes esperanzas; por lo tanto tía y sobrina hubieron de separarse con harto sentimiento, y mas Adelina que tanto honor hacía á los iniciados osiánicos que concurrían á las románticas *soirées* de la tía; ambas, antes de darse el último adios, invocaron muchas veces al cielo para que volviese á reunir las lo más pronto posible.

Terminado el viaje, Adelina apareció entre su familia cubierta con un velo negro que ocultaba el desorden de sus cabellos y pendiente del cuello una sencilla cadena de acero bruñido, emblema de duelo y tristeza, de la que pendían unos cuantos anillos de oro con el nombre de los héroes cantados por Osian y entre los que se distinguía por su mérito uno que la tía la había regalado por tener la específica virtud de inspirar al alma los más tiernos afectos; ¡cómo que le había llevado nada menos que el gran Fingar!

La familia la recibió de la manera más cariñosa, cariño á que correspondió con ese aire de superioridad y esa afectada actitud que teme el comprometerse; el nombre de Adela que repetían al felicitarla y abrazarla la molestaba y la parecía una especie de profanación; así que manifestó su deseo de que siguieran llamándola Adelina, pero no pudiendo conseguirlo se resignó á llevar su verdadero nombre.

Los dependientes y criados se presentaron á darla la bienvenida y les recibió con su primitiva bondad; lo mismo á su futuro cuñado, que al saludarla con la galantería propia de una persona bien nacida y mejor educada, le pareció á esta descubrir en su voz y en su fisonomía algo de aquel espíritu y carácter osiánico que podría hacer de su hermana la más feliz de las mujeres; así es que á su vez se apresuró á felicitar á Ana calurosamente por su elección; agradable espectáculo para el papá que concibió la esperanza de la radical y pronta curación en su hija de aquella enfermedad novelesca que dominaba y atormentaba su alma.

\*  
\* \*

A los quince días de su llegada se firmaron los contratos de boda de su hermana, que al verla tan animosa y decidida, exclamó por lo bajo:

—¡Pobre víctima!

---

A los tres días siguientes se celebró el casamiento, á cuya ceremonia fueron invitados, no solo los amigos íntimos de la casa, sino muchos otros que puede decirse formaban la gente *d'elite* de la ciudad, y todos se sorprendieron al contemplar el lujoso y extraño traje de la jóven; vestido de fondo verde sembrado de estrellas de oro sujeto por un cinto escocés, la cabeza desnuda, los cabellos divididos en dos partes que caían sobre los hombros; adornado el pecho y cuello con los raros talismanes que había traído de Madrid, su aspecto como su conversación parecían los de una verdadera sacerdotisa que lee en los astros los destinos de la humanidad.

Así vestida se hallaba al lado de su hermana en el momento mismo que esta pronunciaba el solemne *sí*, cuyo sonido sacó á su alma del estupor ó arrobamiento en que se hallaba, pues cual si fuese movida por un resorte la agarró de un brazo y volvió á repetir aquella exclamación de «¡pobre

víctima!» Ana la miró y se sonrió con esa confianza y tranquilidad que dá la certidumbre del bien; su cuñado el coronel oyó el apóstrofe, pero el papá, alegre y satisfecho, pronunció algunas palabras á su oído y la risa se dibujó en los labios de ambos.

Aquella jóven, en realidad pobre víctima de sí misma y del mal ejemplo de su tía, no cesó de esclamar durante la fiesta «¡pobre víctima, pobre víctima!» exclamación que repetía sin cesar y muy especialmente cuando su hermana se felicitaba por su casamiento con tan distinguido y cumplido caballero.

El coronel, que poseía á corta distancia de la capital y en uno de los valles mas pintorescos que la circundan una casa antigua que aunque bastante deteriorada estimaba en mucho por ser la casa de sus antepasados, invitó á la familia á pasar en ella unos días y celebrar á solas el feliz suceso que tan á gusto de todos se habia realizado... Adela se extasió ante aquel vetusto

edificio, verídico testimonio de tiempos que fueron para no volver jamás; en sus fantásticas elucubraciones se figuró ocupar la vivienda de uno de aquellos señores feudales de la Edad media, hermano de armas de los héroes mas célebres de la caballería andante.

Daba la casualidad que su cuarto se hallaba en una especie de torreón desvencijado, cuyos piés bañaba un riachuelo sobre el que existía un puente no menos vetusto y desvencijado que conducía á un grande y hermoso pinar en cuyo extremo opuesto existía una humilde y modesta ermita, y esto fué mas que suficiente para que en sus novelescas visiones Adela convirtiera la ermita en asilo de algún desgraciado alejado del mundo por la ingratitud y la perfidia.

Al efecto preguntó á su cuñado, con la sencilla curiosidad de una criatura inocente, sobre lo que algún día pudo ser aquella casa y aquella ermita, y este, que comprendía los pensamientos que la dominaban,

la confirmó en su creencia asegurándola que allí existía un desgraciado que consumía la vida entre oraciones y lágrimas á causa de un contrariado y fatal amor.

Tal noticia afectó estremadamente á la jóven que se retiró á su cuarto pensando indudablemente en dulcificar y aliviar á aquél eremita víctima de trastornadora pasión.

A su vez el coronel llamó á la familia y les comunicó el pensamiento que acababa de concebir, y que consistía en destruir por completo la ridícula manía de aquella niña, de modo que volviese á la sociedad tal como era, no como aparecía.

—Tengo un asistente, les dijo, muy tuno y muy listo que hará un ermitaño maravilloso; canta con mucha gracia, sabe tocar la guitarra con perfección, es un gran elemento al objeto que me propongo; y como Adela no le conoce y él ha de llegar esta tarde, yo le prepararé y convertiré en uno de esos héroes de novela, ó en uno de esos

jóvenes lánguidos y escuetos contertulios de la casa de su tía, que no pudiendo vivir sin ella la ha seguido hasta aquí.

—Mucho trabajo me cuesta, exclamó el padre atormentarla de ese modo, pero si es verdad que á grandes males remedios heroicos...

—Sí, si, dijo el coronel, dejadme obrar y estad seguros que procederé de modo que ni aun el mismo asistente se aperciba de quien es la jóven á quien ha de dirigir sus atrevidos pensamientos.

Así se convino, y después de preparar un traje de ermitaño salió en busca del criado, al que encontró en el pueblo inmediato y al que enteró á seguida del papel que iba á desempeñar; dióle las instrucciones necesarias, juntos reconocieron los caminos que conducian á la casa, y por fin, después de convenir en que al anochecer de aquella misma tarde emprendería su delicada campaña, se fué á su casa á esperar el resultado.

Juan, que así se llamaba el asistente, se fué á comer y descansar hasta la hora en que la luna empezase á aparecer en el horizonte; entonces emprendió el camino de la casa, trasformado en ermitaño, con el capuchón caído, á fin de que la jóven se apercibiera de que no era tan viejo como el traje revelaba, pero si en actitud triste y meditabunda. Adela que se hallaba en aquella hora contemplando el delicioso paisaje de aquel valle le descubrió al momento, y examinándole con detención vió que su fisonomía era dulce y simpática, y comprendió que su actitud y movimientos revelaban una dignidad propia de ilustre prosapia.

Bien hubiese querido hablarle, pero no siendo posible se fué al piano que habia en el cuarto y tarareó una linda romanza que la hacía feliz cuantas veces la cantaba; de repente el tuno del asistente empezó á tocar en su guitarra una ária muy bonita y muy melancólica. Adela suspendió el canto y

escuchó absorta y entusiasmada; convirtió sus sospechas en realidad, ya no abrigó la menor duda de que aquél hombre era uno de esos seres privilegiados á quienes el nacimiento y la educación separa de los demás seres para sufrir en secreto y en la soledad: uno de esos hombres á quienes no puede apreciárseles ni menos comprendérseles.

Al día siguiente la pobre Adela se hallaba enteramente preocupada; así que en el almuerzo como en la comida todo fueron preguntas sobre el ermitaño, por quien tan viva é inocentemente se interesaba.

Muy pocas noches después, y cuando se hallaba contemplando desde una de las ventanas de su cuarto el encantador paisaje que rodeaba la casa, y como Osian, figurándose ver sombras dichosas en las nubes que aparecían en lontananza, sonó de repente la guitarra del ya afortunado criado. Adela se sentó al piano y contestó.

Una vez conocidos los sonidos el lenguaje es claro y sencillo, á veces extrema

damente espresivo; la lucha fué un tanto porfiada, pero feliz. Juan cantó un bellissimo romance, compuesto por el coronel, en el que la revelaba sus penas y proyectos, la pedía permiso para contemplarla y escuchar su dulce acento, y por último la suplicaba guiara sus pasos al través de aquel frondoso pinar, y cual la estrella del pastor fuese su estrella matutina.

Adela se estremeció; ya no podía dudar que aquella figura era la de alguno de los iniciados en casa de la tía, pero niuguno de los asistentes á aquellas espirituales reuniones había sido preferido; alguna vez Lotario, el melancólico y fecundo traductor de muchas novelas realistas la había mirado con cierto interés; ¿sería posible que no pudiendo sufrir su ausencia la hubiese seguido y se valiera de semejantes medios para llegar hasta ella? Si así fuese bien merecía que un corazón como el suyo le correspondiera con fervor y entusiasmo.

Y mientras así pensaba, el tuno de Juan,

que seguía con rigurosa exactitud las instrucciones de su amo, se había acercado poco á poco al riachuelo y gesticulando desde el puente la manifestaba el inmenso dolor de su alma por no poder espresarla de cerca sus mas recónditos pensamientos. Encaramóse á un árbol y desde él cantó unas trovas tiernas y apasionadas suplicándola se compadeciese de sus penas, y pues un muro infranqueable les separaba quizá para siempre, le arrojara un talisman, una flor, cualquier cosa que calmara su ansiedad.

Aturdida y ciega Adela, no pudo resistir, y en su éxtasis le arrojó una sortija envuelta en las hojas que arrancó del primer libro que á las manos hubo. El ermitaño se apoderó rápidamente del objeto, le besó muchas veces, y despues de colocarle sobre su pecho se alejó repitiendo el romance que le acababa de proporcionar un triunfo tan completo como inesperado.

Aquella noche la pasó Adela presa de una grande agitación; jamás su ridícula y fatal pasión la había hecho faltar á sus deberes; era la primera vez que se olvidaba de sí misma, ¿pero cómo resistir tanto heroísmo y galantería? ¿cómo despreciar á un doncel que cifraba su gloria en servir, honrar y defender al prójimo? Por otra parte, su ermitaño era un emisario de la tertulia de su tía, iududablemente para ella era Lotario, aquel jóven y espiritual traductor de novelas, aquel apuesto y galantuomo caballero... no podía ser otro.

A la mañana siguiente al terminar su *toilette*, se dirigió presurosa á la ventana de su cuarto, y desde allí contemplaba la lejana ermita, y vivamente preocupada discurria sobre el uso que aquel hombre haría de su sortija, y gozaba pensando en el orgullo y lealtad con que la poseería, en su galantería y caballerosidad, en las impresiones que la aguardaban, y en su delirio soñaba con las delicias del empireo; llegó un

momento en que no existía el mundo para ella, pero la realidad se encargó de despertarla.

Una criada de la casa apareció en su cuarto para decirle que su papá la esperaba en el gabinete; allí se encontró con toda la familia, cosa que la sorprendió algo, pero su sorpresa subió de punto cuando supo que el objeto de la reunión era el comunicarle la noticia de que un amigo de su cuñado, persona dignísima por sus prendas morales y social posición, pedía su mano; noticia que cayó como una losa de plomo sobre su alma y que la obligó á contestar con una sonrisa desdeñosa y despreciativa, que en resúmen quería decir: que solo se pertenecía al hombre cuya sublimidad de pensamientos, sensibilidad exquisita y caballeresco carácter habían conquistado su corazón.

A las múltiples y sanas reflexiones del papá, de los hermanos y del cuñado, Adela contestaba de una manera incoherente y

ridícula, mejor dicho, no sabía lo que contestaba; su resolución era irrevocable y no sabía, ni podía articularla; el coronel, afectando gravísimo disgusto, llamó á su asistente y le previno que dispusiese el viaje de vuelta á la ciudad inmediatamente, pero Juan le contestó que cumpliría sus órdenes, aunque tenía el sentimiento de anunciarle que le era imposible seguirle.

—¿Por qué? le preguntó vivamente aquél.

—Porque rondando por las afueras de esta casa he hecho una conquista amorosa.

—¡Será verdad, bribón! exclamó el amo, ¿quién ha podido enamorarse de tí?

—¡Oh, señor! si no os burlarais, diría que una distinguida señorita.

—¡Hola! ¡hola! espícate, tunante, que en vez de incomodarme me va interesando tu aventura.

—Cuenta, Juan, cuéntalo, decía cándidamente Adela.

—Pues ustedes lo desean y la señorita lo manda allá vá... es el caso que rondando

la otra tarde acerté á pasar por el próximo pinar y oí una voz encantadora que me pareció debía acompañar con la guitarra á pesar de que la toco muy mal.

—¿Qué?...

—Un piano se encargó de darme gracias y alentarme; insistí, y nuestra musical conversación quedó entablada. Al siguiente día me resolví sitiar á la bella desconocida.

—Pero hombre, ¿cómo?

—Entonando canciones alusivas que dieron un resultado maravilloso, pues á la última copla la jóven capituló concediéndome una prenda que demuestra su amor y me revela que ya soy su caballero preferido.

—¡Su caballero! esa mujer está completamente loca, dijo el coronel.

A todo esto la infeliz Adela, con los ojos bajos, se palpaba como dudando de si realmente estaría ó no loca.

—¿Y qué prenda te ha regalado? le preguntó el papá.

—Una sortija escocesa, color osiánico.

— Mentecato, venga esa sortija, exclamó furioso el coronel.

— Imposible, señor, primero daría la vida.

Por toda contestación el coronel iba á tirarle el tintero que estaba sobre la mesa, pero el criado echó á correr, el amo detrás y el papá y los hermanos llamando á aquellos. Adela se quedó sola llena de confusión y espanto.

La escena, aunque cómica, fué representada á la perfección. La pena de Adela consistía en haberse comprometido tan ridículamente: avergonzada y humillada se retiró á su cuarto, y so pretesto de salud se encerró durante algunos días; más los cuidados de la familia, el cariño del papá y la cordura y discreción del coronel la devolvieron su perdida tranquilidad.

Este la entregó la sortija; la probó que el falso ermitaño no la conocía; por último la dijo que todo había sido un plan de familia con objeto de arrancarla una manía que tanto había de perjudicarla en lo porvenir.

Adela le dió las gracias, y apretándole la mano le confesó que reconocía su error; que sólo un padre y unos hermanos tan cariñosos podían hacer lo que habian hecho descubriendo á su vista el horrible abismo á donde la conducían sus necias pretensiones.

—En adelante, yo te aseguro, le dijo, que mis héroes serán mi papá y cuantos á él se le parezcan.

Y así sucedió con verdadera y sorprendente alegría de todos; sus hechos, su conducta, hasta su mismo lenguaje confirmaron, andando el tiempo, tan cándida confesión de sus culpas.

Modesta en el vestir, natural en el decir, afable y cariñosa en su trato, Adela llegó á ser la más tierna de las hijas, la amiga más fiel y más constante, y lo que parecerá increíble la primera en ridiculizar y en reirse de su conducta anterior.

Y siguiendo en esta senda, única que la mujer debe adoptar, la sola que la con-

viene, no pasó un año sin que se convirtiera en realidad la falsa proposición, principio de la burlesca escena que acabamos de referir y que su familia representó. Un magistrado jóven, de igual reputación pero de mas talento que su cuñado, la pidió en matrimonio.... el cual se realizó poco tiempo después.

Y añade la crónica que en el momento de pronunciar Adela el solemne *si*, su hermana la agarró dulcemente por el brazo, y sonriéndose exclamó á media voz: «¡pobre víctima, pobre víctima!»

Adela había recibido una buena educación, tenía talento y el ejemplo de su casa y de su familia, pudo más en ella que las ridículas tonterías de su tía; más para evitar no solo los efectos de la lectura constante de esas insípidas novelas que se deslizan ó introducen en las casas muchas veces sin saber como, sínó la eficacia del remedio en el desgraciado caso de tener que apelar á él, pues no todas las jóvenes po-

drian encontrarse en las favorables condiciones de nuestra heroína, solo hay un camino, el de que los padres prohiban en absoluto á sus hijas la lectura de esas mal llamadas novelas, idealistas ó realistas que para el caso es lo mismo, porque nada más á propósito para trastornar ó exaltar su imaginación ni medio más fácil para que vean y juzguen á la sociedad al revés de lo que en realidad es.

Y si en absoluto esto no es posible entre otras razones porque la novela en una ú otra forma aparece con facilidad y suavemente convida á su lectura, al menos deber es de los padres educar y preparar su inteligencia, con esa voluntad que exige la realización de las cosas necesarias ó imprescindibles, á fin de poder hacer una acertada elección, desechando lo nocivo y perjudicial y aceptando y ofreciendo á sus hijas aquellas obras que realicen el precepto del poeta *utiliter delectando, pariter que monendo*.

Mas aún, esa afición á la lectura que es

natural en las jóvenes puede satisfacerse ofreciéndolas además de los libros religiosos otros cuyo interés sea tan palpitante y creciente como el de las mas celebradas novelas que se publican por suscripción; libros que si no conocemos por faltarnos la preparación indicada, pueden informarnos y aun proporcionarles personas ilustradas y de confianza, libros por último que sea cualquiera la materia que traten contengan la moral mas pura.

Es necesario, de toda necesidad, que al lado del *mal*, si por desgracia hay que describirle, como por desgracia debe conocer la mujer para poder apreciarle, haya la seguridad de que el *bien* incline siempre la balanza en su favor. La virtud es la que debe ocupar el puesto que de derecho la corresponde, y que ocupará ineludiblemente sean los que quieran los esfuerzos que se hagan para vencerla.





## DICHA Y DESDICHA.

---

(HISTORIA SENCILLA.)



Al pié del monte de San Antonio, y en la encrucijada que divide los caminos de Oñate y Vergara, hay una pequeña ermita, cerca de ella un hermoso vallecillo al que dá acceso un rústico puente, y en el centro de aquél una abundante y hermosa fuente de agua ferruginosa, á cuyo lado se habían reunido dos familias con objeto de pasar un día de campo; al parecer se divertían; los niños jugaban al trompo; una banda de jóvenes risueñas, y ligeras cual gacelas, corrían y saltaban; pero como siempre ha de faltar algo ó notarse algún vacío, por aquello de que no

hay dicha completa, podía asegurarse que una de las amigas que allí se hallaban reunidas no asistía á la fiesta.

Presente y ausente á la vez estaba Emilia, sentada al lado de su anciana madre, no para acompañarla, sino para atormentarla con su proverbial tristeza; su fisonomía era la de una jóven víctima de cruel abatimiento; su aspecto en general era el de un cadáver; sus amigas se afanaban por ofrecerle flores, por provocar su risa y distraerla; pero en vano, porque si alguna vez se dibujaba aquella en sus labios, era forzada, pura cortesanía. Las risas de las jóvenes no impresionaban su abatida alma.

La pobre y desolada madre miraba de soslayo á su hija; y aprovechando un momento de distracción general, se separó de ella para preguntar á su amiga Ruperta si era capaz de comprender lo que tendría su hija.

—Quizá no lo sepa ella misma, contestó ésta.

---

—Dios eterno, ¡qué tormento! ¿Si querrá algo que no tenga ó no se atreva á pedir?

—Varis (así llamaban á la madre), ya sabes que Pepe la ha pedido en matrimonio; si fuese eso...

—No, no puede ser eso, porque yo la he oído muchas veces hablar hasta con entusiasmo de las recomendables cualidades de ese jóven, y por mi parte, añadió con una sonrisa llena de gracia y ternura, ese matrimonio satisface mis deseos, me hará completamente dichosa.

Al anochecer todos los amigos del valle se veían reunidos en casa de la señora viuda de Arricolea, de la Sra. Varis, que con su hija la entristecida Emilia, vivía en una *villa* elegante á la entrada del bonito pueblo de Vergara, y en la más feliz y envidiable de las posiciones sociales, en esa posición que sin tener los cuidados de la riqueza se vive honrada y desahogadamente, y la suya era muy desahogada dadas las modestas fortunas de aquel privilegiado país.

El mobiliario de la casa era sencillo pero elegante; el jardín, cuyos miradores daban á la carretera y al bonito paseo que tiene el pueblo, precioso; la familia, que era numerosa, se amaba y era amada de todo el mundo. Emilia iba á contraer matrimonio con un jóven de bellas y distinguidas prendas; la virtuosa madre y laboriosa viuda, tan laboriosa como son las mujeres en Guipúzcoa, no solo se creía feliz y honrada, sino que procuraba demostrárselo á su hija, y aun pedía el apoyo de su amiguita María para que se lo demostrase por su parte é infundiese y llevara el convencimiento y la más completa certidumbre á su abatido espíritu.

Esta jóven, la pobre María, que había visto morir á su adorada madre de pena al verse reducidas á la miseria; que había conocido á su padre, convertido de gran propietario é influyente personaje en mayoral de diligencias, en cuyo desdichado oficio pereció por no ser esperto ni estar

habituado ni poderse habituar á sus fatigas; que si quería comer tenía [que trabajar por lo que quisieran pagarla; María, que demandaba lecciones de piano y no encontraba quien quisiera aprender con ella; que había solicitado más de una vez la protección de los amigos de su padre y especialmente de los que habían recibido favores de este y ni siquiera aparentaban recordarlos; María que muchas veces había vuelto á su pobre y desamueblada vivienda sin haber ganado lo suficiente para el sustento diario, era íntima y cariñosa amiga de Emilia, ya porque su madre, llena de admiración y de respeto ante aquella terrible y elocuente desgracia, lo había procurado á todo trance, ya porque aquellas dos almas juveniles, si no podían compenetrarse se entendían; que en la materia de amistad no es la cualidad que menos contribuye á formarla, sostenerla y asegurarla en lo porvenir; así es que ante la súplica de aquella virtuosa viuda, ante el ruego de una madre desconsolada,

ante el recuerdo de sus queridos padres, y sobre todo ante la idea de poder prestar todavía algún servicio en un mundo que parecía rechazarla, María corrió al lado de su buena amiga Emilia y gozosa y satisfecha la hizo una encantadora descripción de la dicha que la esperaba, con la sencillez propia de la más pura inocencia la describió el amor de su prometido Pepe, la bondad de su madre, la belleza de la naturaleza, lo risueño de su porvenir; pero Emilia, que ni sentía ni comprendía lo que oía, le contestó:

— ¡Oh! si yo fuera dichosa sería amable y buena, gozaría del sol y de las flores, de tu amistad y de esta casa, pero si el sol me irrita á veces y á veces me rechaza, si tu amistad me causa pena por no poder apreciarla, si Pepe me recuerda con su presencia que la dicha no se ha hecho para mí, si las flores... María, no me hables jamás de las flores.

— Entonces, ¿qué es lo que tienes? ¿qué es lo que deseas? Habla, habla, y al ins-

tante lo tendrás, la interrogaba con verdadera ansiedad María. . No sabes, añadía esta, que todos te quieren, que tu madre y Pepe adoran en tí, que yo...

—¡Ay, María, contestaba aquella, como no conoces la desgracia no puedes comprender lo desgraciada que soy!... Dios me perdone, pero quisiera morir.

Y esta escena se repetía con frecuencia; María insistía cada vez con más vehemencia, Emilia resistía, su madre y Pepe habían perdido toda esperanza de descubrir aquel cruel misterio. Emilia entristecía á pasos agigantados; cada mes que pasaba su fisonomía aparecía más decaída.

Un día la acongojada madre se decidió á anunciarla que su matrimonio se celebraría pronto: Emilia se encogió de hombros y al siguiente apareció peor. Tal situación era insostenible; la virtuosa Varis empezó á sospechar, su hija devoraba en silencio algo oculto y desconocido que era imprescindible descubrir, é inquirió, preguntó,

púsose en acecho, y más desde que en una ocasión vió por la cerradura del cuarto de Emilia que esta leía con gran afán varias cartas que yacían sobre un velador.

Era, pues, preciso tomar una resolución extrema y al efecto nada mejor ni mas oportuno que asociar á sí á su futuro yerno. Comunicóle su pensamiento, sin temores ni vacilaciones:

—Lo que pasa, le dijo, es extraordinario. Emilia está enferma pero antes de ponerla en cura es preciso conocer la clase de enfermedad que padece; yo sospecho que hay alguien que se burla de ella, que es victima de alguna pasión; interesa á todos descubrir lo que de cierto haya antes de vuestro casamiento, yo no puedo permitir ni autorizar un misterio que pudiera comprometer la tranquilidad y el honor de dos familias honradas.

—Teneis razón, señora, contestó Pepe un tanto afectado, y os agradezco en el alma esa prueba de afecto y confianza; contad

---

incondicionalmente conmigo en la seguridad de que haré lo posible para encontrar la verdadera esposa y si no lo lograra para daros el consuelo de devolveros la hija.

Desde este momento Pepe se entregó de lleno á cumplir y realizar su difícilísima misión; difícil, por no decir imposible, dado que el teatro de sus observaciones y diligencias era tan reducido, dado que creia, y con razón, que si al celo de una madre se escapaba ó resistía la solución de aquel enigma, con mucho mas motivo á él que ni la edad ni la esperiencia le acompañaban; pero una mañana notó que el cartero, muchacho de agradable presencia, entregó á Emilia varias cartas y que esta, con la rapidez del rayo, se guardó una y las demás se las llevó á su madre, y vió por último, que después se encerró en su cuarto y al cabo de un rato volvió al salón en donde se hallaba otra señora.

Escusado es decir lo que pasaría por su mente, un sudor frio é imperceptible se apo-

deró de su cuerpo; más una vez repuesto se dirigió al salón en donde encontró á la madre y á la hija tristes, mudas y silenciosas. Emilia devanaba una madeja de hilo, saludó con frialdad á Pepe y un momento después sacó de su bolsillo un papel, que este adivinó era la carta que poco antes había recibido, y se la entregó rogándole hiciese el ovillo, á cuyo efecto colocó entre sus manos la madeja.

—¡Dios eterno, si parece mentira! se decía Pepe á si mismo; ¡es cuanto se puede disimular! ¡el medio más seguro de ocultar una carta es enseñarla, y Emilia me la entrega para ocultarla debajo del hilo! ¡No, no es posible tanta falsía en una niña inocente y candorosa!... ¡y sin embargo este papel (que estrujaba entre sus manos), es la carta que acaba de recibir!... yo debo leerla... su madre me ha dado la comisión de descubrir ese inesplicable misterio y su clave la tengo entre mis dedos... pero... mi cabeza se vá... ¡Ah!

La escena que pasó á seguida fué terrible para Pepe, la habló de las jóvenes en general, de su ligereza y vanidad, de sus correspondencias y secretos, sin arrancarla más que alguna que otra pálida sonrisa, la hizo reflexiones morales sobre los deberes de las jóvenes bien nacidas y educadas, pero Emilia se burló hasta con crueldad. Trató de disertar sobre su cariño, más cuando hizo transparentes alusiones á su amor, aquella soltó una histórica y prolongada carcajada; así es que furioso y semitrastornado se marchó... pero llevaba el ovillo en la mano y en el ovillo la carta.

Ya en su casa y más tranquilo, empezó á deshacer el fatal ovillo deteniéndose á cada paso, así, para enjugar alguna lágrima que sin sentir salía de sus ojos como para contener los latidos de su corazón, ya para meditar sobre el acto infame que realizaba, ó bien para pensar en la dicha de ignorar lo que quería saber, pero terminada la operación cerró los ojos y llamando al valor

---

en su ayuda, desdobló el papel y lo leyó:

«Señorita, no me ha sido posible encontrar los lirios rosas (1) que tanto deseais, lo siento mucho, pero os aseguro que no olvidaré vuestro encargo. — Juan el jardinero».

Pepe se quedó como petrificado; su sorpresa fué tal que sería punto menos que imposible describir; durante largo rato aquél jóven no pudo darse cuenta de sí mismo, mas la reacción fué tan grande y tan rápida como la acción, y por consiguiente su resolución decisiva é inmediata: encargar á su criado le preparase el caballo, vestirse en tanto y lanzarse al campo en busca de los lirios-rosas, fué obra de un solo momento.

Aquella misma tarde y en el instante mismo en que Emilia exclamaba delante de María, «¡qué tristeza la mía! yo sucumbo,»

---

(1) En el lenguaje de las flores el lirio significa narciso galanteador.

sintióse el galopar de un caballo que á todo escape entraba en el patio de la casa: llevadas de la curiosidad asomáronse las dos amigas á la ventana y vieron que un caballero cubierto de polvo llegaba, se apeaba y á toda prisa echaba por las escaleras arriba.

—Toma, Emilia, toma, exclamó entrando de repente, es tu Pepe quien te lo ofrece, y rebotando alegría la entregó un bonito ramillete de lirios-rosas. Pero Emilia... ¡cuán misterioso es el corazón humano!... le rechazó diciendo:

—¡Ya es tarde! ¡no me es posible ser feliz; desgraciado! ¡por qué has prolongado tanto mi agonía! si hace un año me hubieses ofrecido esa prueba de tu cariño aun entonces le hubiera querido *matizado*.

El asombro de Pepe fué aun mayor que el que le produjo la lectura de la carta; atónito, mudo por el pronto, empezó á comprender; María en tanto había recogido el ramo para devolvérselo á Pepe, pero

este la rogó que lo aceptase en su nombre.

Algunos meses después Emilia murió de esa enfermedad que los médicos llaman anemia, y murió en los mismos días que María recibía la siguiente carta:

«Posees, María, el secreto de la vida,  
»ese secreto que yo desconocía hasta ahora  
»y que he descubierto pensando en ti; has  
»soportado con cristiana resignación las  
»desgracias con que la Providencia te ha  
»querido probar, al paso que tu amiga, á  
»pesar de la dicha que gozaba, ha muerto  
»de pena y tristeza.

«Creyó la pobre que el lirio-rosa llegaba  
»tarde y aunque no hubiera sido así le que-  
»ría *matizado*. La locura humana, sin variar  
»en el fondo, ha revestido para ilustrarme  
»una forma triste y agradable á la vez.

»Los hombres como el niño enfermo  
»que desea cambiar de lecho, deseamos  
»esto ó aquello... empiezo á comprender;  
»la enfermedad no está en el lecho sino en  
»los mismos que ya se prometen satisfacer

»sus aspiraciones por la posesión de todos  
»los mundos como Alejandro, ó ya por la  
»de un ramo de lirios..... la tontería que  
»cometen es igual.

»Hastío y enojo es el término fatal de  
»todo sino media ó preside la divina Pro-  
»videncia; tú, María eres mas ambiciosa  
»aun que Alejandro; te propusiste que lo  
»Infinito descendiera hasta tí aceptando la  
»vida por severa y dara que fuese y el In-  
»finito ha descendido á tí.

»La vida es un sacrificio, el tuyo ha  
»sido horrible, el de Emilia dulce y agra-  
»dable y sin embargo no ha podido resis-  
»tirle, porque ignoraba el significado de la  
»frase *buena voluntad*, sinónima de *dicha*.

»Y pues tus hechos y los de aquella  
»me han revelado esta gran verdad, yo te  
»pido ante Dios, que me dispenses el sin-  
»gularísimo favor de compartir y gozar  
»conmigo de la *dicha* que conoces.—PEPE.»

El matrimonio se celebró *pocos días*  
después.

---

Si la verdadera felicidad es patrimonio de la otra vida, y nunca desciende de su altura para ser feliz en esta del modo y en la forma que le es posible al hombre serlo, se hace preciso empezar *por querer*, y después seguir haciéndose esta ilusión, puesto que vemos á los que padecen de la manía de la desgracia y se empeñan en ser desgraciados, que lo son, aunque la dicha les alegre y les siga á todas partes.

La *dicha*, como hija de la tierra, es una manía, á veces una locura cual la *desdicha*: para alcanzarla y conservarla es preciso ser primero inocentes, porque la inocencia es atmósfera de ventura: segundo, sencillos porque cuanto mas sencillos menos pensadores y mas largo ese hermoso sueño, imágen de venturas; y tercero, pobres, porque los pobres siendo menos ambiciosos, son menos desgraciados ó mas felices.

Ajustad, pues, vuestro carácter á esas ideas; identificaros con su espíritu y es se-

---

guro que no ireis tras locas ambiciones ni batireis palmas creyendo encontrar ó poseer la *verdadera felicidad*, esclusivo patrimonio del cielo.

Una ley de la naturaleza impide que llegue á nosotros, átomos infinitamente pequeños de este pequeño mundo. Nuestro deber consiste en *creer* en ella, y *obrar* de conformidad con lo que la Religión y las leyes de todo género nos enseñan, para llegar á vislumbrarla; á cuyo efecto, así como para atravesar esta árida y trabajosa vida, necesitamos de la *esperanza*, ramo de olivo que desde su trono nos ofrece el Señor; «lazo invisible que une el sentimiento de »la materia al del espíritu, lo infinito á lo »finito, la pobre aspiración de lo humano á la aspiración sublime de la Divinidad» (1).

---

(1) Llanos Alcaraz. La mujer en el siglo XIX.





## IMPRUDENCIA Y CEGUEDAD.

---

**L**a prudencia y docilidad, la abnegación y modestia, la sencillez y cuanto revela la dulzura de carácter despiertan las simpatías de las personas bien educadas y son un presagio de ventura en las jóvenes que poseen estas cualidades, al paso que su presunción y la mala dirección de sus educadores dan lugar á voluntades vírgenes y enteras, á caractéres altaneros y repulsivos que convierten á las jóvenes, y es lo menos que puede sucederlas, en seres antipáticos y desgraciados.

Es verdad que en los pasados tiempos la educación é instrucción de la mujer se miraba con bastante frialdad é indiferencia, mas en la actualidad la sociedad es tan

exigente en estos extremos que no disculpa ni perdona; su necesidad es imperiosa si no se quiere, (y nadie tiene semejante pretensión), hacer triste y despreciable papel; de ordinario reduciase en lo antiguo la instrucción á saber bailar un minuet, colocarse un lunarcito en la cara y hacer saludos ó reverencias especiales y ridiculas; las jóvenes que sobresalian en algo corrian el grave peligro de convertirse en *marisabidillas*, de incurrir en el mal gusto de la pedantería, debilidad natural y casi impuesta por la fuerza de las circunstancias; hoy es otra cosa, la ignorancia es ó debe ser excepcional, el epíteto de *marisabidillas*, con que se designaba á las que entregándose de lleno á los trabajos intelectuales descuidaban los cuidados de la casa y aun de su propia persona, se reserva y aplica únicamente á las pretensiones exageradas, á la vanidad y pedantismo que si es intolerable en el hombre es mas repugnante y repulsivo en la mujer, cuya prudencia y sencillez consti-

tuyen su mejor mérito y son los mayores atractivos que pueden adornarla.

Estas y las demás cualidades morales que cimentan los mas sólidos afectos y conquistan las simpatias y el cariño de propios y estraños, son las que deben resaltar siempre en ella, y sobre todo en la época mas peligrosa de su vida, en esa época en que la situación de los padres tan delicada es, en que sus deberes tan difíciles son de llenar; en esa edad, tránsito de la niña á la mujer, en que el sublime papel de los padres es el de un angel pacificador que se olvida de sí para sacrificarse por el sér que adora, por lo que es sangre de su sangre, hueso de sus huesos, papel difícil en verdad para los que carecen de las condiciones precisas en su elevado cargo, condiciones que se aprenden y enseñan en esa hermosa y peligrosa edad á que aludimos, pero envidiable, grato y facilísimo para los que saben y se esfuerzan en cumplir su divina mision sobre la tierra.

¡Oh! ¡que inmensa y trascendental responsabilidad la de los unos! ¡qué satisfacciones, ante las luchas, contratiempos y penalidades, que han tenido que vencer las de los otros! ¿no habeis visto alguna vez como una madre procura suavizar el carácter áspero y duro de su hija, cómo la aparta de los peligros si se presentan; con qué suavidad disipa las nubes que se forman á su alrededor y de que el cielo mas sereno y puro no siempre se vé exento? ¿no habeis notado en otras con qué inocencia y candidez proporcionan á sus hijas el trato que las conviene ó las apartan y preservan del comercio de las que aturcidas ó ligeras pudieran contribuir á deshacer la obra que tanto las ha costado? y en todas las que saben ser madres, ¿no habeis observado cómo velan siempre, aunque sea á gran distancia, y cómo trabajan por consolidar esa obra, último y el mas importante de sus deberes?

¡Divina, si, es la misión de la madre

cerca de su hija! misión que por desgracia no siempre acierta á llenar el padre aun con la mas sana intención, con el mismo cariño y la misma voluntad que aquella. ¡Cuán digna de lastima y compasión es la jóven que por una ú otra causa se vé privada de sus auxilios y dirección! Acaso un nuevo cuento os lo demuestre mejor que yo pudiera hacerlo disertando.

\*  
\* \*

Al cumplir Adelina los seis años se vió privada del ser que mas se adora y respeta en la vida; la muerte la arrebató á su *madre* que á la vez hubiera sido su mejor amiga, su guia mas verdadera y cariñosa, la *institutriz* mas conocedora de sus necesidades y mas interesada en su porvenir; verdad es que le quedaba su padre, distinguido brigadier de ingenieros, hombre honrado y cariñoso, gran cazador, alegre y decidor, cuyas opiniones y criterio de las cosas del mundo eran un tanto originales como lo prueba la

que profesaba respecto á la educacion de los jóvenes, pues se le oia con frecuencia decir que era altamente conveniente dejar á la edad el desarrollo de sí misma, prometiéndose y confiándolo todo á la naturaleza.

Niña aun Adelina empezó á llamar la atención por sus oportunos dichos, por sus agudas frases, por su brillante volubilidad y su jovial buen humor, lo cual trastornaba al padre que no encontraba niña comparable á aquella, ni mas capaz de razonar, discutir y criticar con tanta finura y gracia que la suya; y sorprendia á la sociedad en que Adelina lucia sus habilidades hablando indistintamente de todo y con todos, imitando á unos, burlándose de otros, adornando caprichosamente las anécdotas que este contaba, repitiendo las palabras fuertes que oia á aquel; era Adelina á los diez años un prodigio de finura y habilidad, de saber y oportunidad.

Los amigos de su padre la admiraban

y ensalzaban, lo cual se explica facilmente, pues aparte de que todos eran hombres hay una época en que el pudor no sufre ataque ni perjuicio alguno por las palabras mas ó menos feas ó estrambóticas que pronuncie una niña candorosa, por el contrario causan risa y agrado aunque se censure ó desprecie la peligrosa fuente de donde emanen.

Acompañada y seguida siempre nuestra jóven heroina de hombres, su misión y poco envidiables propósitos consistia al parecer en burlarse de todo, valiendose de giros forzados ó de retruécanos de mal gusto para relatar las mil y una necedades de que unicamente podia ocuparse su feliz ingenio, y alentada por las felicitaciones de que era objeto su boca reproducia cuanto oia, bueno ó malo, bien ó mal dicho; sin darse cuenta de ello era la crónica viva y mordaz de los salones que frecuentaba.

Tendria catorce años cuando su padre recibió el nombramiento de Inspector general del arma, cuyo importante ascenso fue

por el pronto un suceso que les aterró, pues tenían que separarse y ni el uno ni la otra podían vivir así. Determinaron, pues, viajar juntos sin advertir que su cariñosa resolución aumentaría la desgracia de Adelina, pues el continuo trato de oficiales y empleados había de aumentar su afición á los chistes y agudezas; que en aquellos bulliciosos centros había de aprender las canciones que mas la chocaran, reir con los juramentos y chanzonetas que oyese, en fin que había de familiarizarse tanto con aquellas maneras, costumbres y lenguaje, con aquellas formas y dichos estraños y ridículos para una mujer, con aquellos hábitos tan incompatibles con el pudor y reserva propios de una jóven, que había de hacerse célebre si bien á costa de su risueño porvenir.

Y en efecto, los hombres cuya amistad cultivaba, y no eran pocos, aplaudían sus dichos y palabras, sus burlas y necedades, y las citaban ó reproducían como prodigios de su ingenio, como fruto de distinguida

educación; suficiente causa para que á su vez el padre, mas ciego cada dia, redoblase su ternura y en su admiracion repitiese sin cesar: «la infancia debe ser libre porque la naturaleza se encarga de lo demas,» é indudablemente en parte tenia razón porque la felicidad que rodeaba á la niña, sus continuos viajes y el mucho ejercicio la habian convertido en una jóven de alta estatura, de fisonomia fresca y sana, de formas proporcionadas y regulares, de penetrante y escudriñadora mirada, pero en parte no; y lo peor que era la parte mas interesante, porque aquella mirada la faltaba cierta dulzura y encanto, á su conversaci6n cierta gracia y reserva, y á su fisonomía ese tinte pudoroso que hace de las jóvenes seres celestiales cuyo aliento embalsama el aire que respiran.

Por eso al cumplir Adelina sus diez y ocho años, que fué cuando el padre dió por terminada su inspección, podia decirse de ella que siempre se la miraba con sor-

presa, que siempre se la oía con estrañeza, á veces con sentimiento ó compasión.

De regreso en la córte despues de tan larga ausencia todo el afan del padre consistia en llevarla á todas partes, seguro del triunfo de su querida hija; y en efecto, cuando la presentaba en algun centro ó reunión despertaba por el pronto el mas vivo interés, debido á su agradable figura, á la agudeza y facilidad de su palabra, á la espresión de su mirada y á la finura de sus movimientos; pero pasados los primeros momentos las simpatias, y aun el entusiasmo, desaparecian cual ligeras y fantásticas sombras, lo que procuraba intuitivamente evitar nuestra heroina redoblando su celo ó contando picantes anécdotas que hacian reir á muchos de los que se acercaban á escucharla y aplaudirla.

Pero á través de este éxito aparente quedaba algo que la molestaba de veras, pues en su natural suspicacia comprendia que las personas serias y sensatas, y en

especial las madres, fruncian las cejas, se hablaban al oído y debían criticar sus esfuerzos por agradar y brillar.

—¡Dios mío! dijo un día á su padre entre confusa y sorprendida, ó yo sueño y veo visiones por todas partes ó los hábitos y costumbres de la córte han cambiado radicalmente desde nuestra ausencia. ¿No te acuerdas de cuán festejada y solicitada era cuando niña? antes de marcharnos se me alababa y aplaudía, se me obligaba á hablar, hasta mis gestos se celebraban, ahora los mismos cuentos, las mismas palabras de entonces disgustan y previenen contra mí á los que entonces me obligaban á repetirlos, no lo comprendo.

—Pues es fácil de comprender, hija mía, contestóla el padre á quien cegaba su equivocado cariño y sus falsas ideas; celos y envidia, hay tienes la esplicacion de lo que tanto te atormenta, las jóvenes te temen porque carecen de tu merito y talento, y sus mamás se enojan y te critican porque

---

contemplan tu superioridad; desprecia esas críticas injustas y apasionadas y véngate distinguiéndote cuanto puedas.

Animada Adelina por los elogios de su sistemático y entusiasta padre siguió ciegamente sus consejos, pero los resultados fueron contraproducentes, de tal modo que á las cortas ó á las largas no podía menos de resentirse su amor propio, y ser víctima de las repetidas pruebas y sucesivos desencantos de que era constantemente objeto.

\*  
\*\*

Una noche padre é hija asistieron á una elegante *soirée* que una distinguida familia daba á sus amigos con motivo de la llegada de unos extranjeros. La ocasión era oportuna y era preciso aprovecharla; las condiciones de la reunión y las circunstancias especiales de la mayoría de los asistentes favorecían en sumo agrado á Adelina que tomando parte en la animada conversación que se generalizó en uno de los momen-

tos de descanso procuró apoderarse de la batuta comentando las frases mas salientes que se pronunciaban, haciendo descripciones impropias de una jóven, citando sucesos originales ó estraños que salpicaba con ligeros cuentos, en fin, despachandose tan á su gusto que al paso que mamás y niñas iban retirandose poco á poco, jóvenes necios é imberbes y aun á algunos viejos verdes la estrechaban cada vez mas celebrando sus importunidades é insulsas tonterías.

Bien pronto la pobre jóven, que instintivamente conoció la difícil posicion en que se hallaba, trató de deshacerse de aquella improvisada *clac*, y medio avergonzada y aturdida fué á sentarse al lado de una lindísima jóven con la que entabló animada conversacion, que esta aceptó galantemente; mas á los pocos minutos, cuando Adelina una vez repuesta empezaba á hacer reir á su nueva amiga, dejóse oír la voz de la mamá de esta señorita que decia á su hija en un tono agridulce: «por lo visto te pro-

pones perder tu reputacion, ven conmigo,» palabras que cayéron como un rayo en medio de aquellas dos inocentes criaturas.

La infeliz Adelina quiso pedir una explicacion pero la voz se ahogaba en su garganta, y aunque así no hubiera sido su ofendido orgullo y su alterada sensibilidad se lo impedian; pasadas las primeras impresiones se retiró triste y meditabunda á uno de los rincones del salon, y allí, olvidándose hasta de si misma, se entregó á todo género de reflexiones. Al verla en tal actitud su padre le faltó tiempo para acercarse y preguntarla qué tenia; la jóven pretestó hallarse indispuesta, y seguida de aquél se retiró convencida de la repugnancia y desprecio que inspiraba.

Excusado es decir que aquella noche fué presa de la mas penosa agitacion, mas así era imposible continuar, la pobre necesitaba un amigo en quien depositar sus penas, ¿y quién mejor que su cariñoso papá que con insistencia volvió á interrogarla al si-

guiente dia? Adelina se lo contó todo tal como habia pasado, su padre la consoló como Dios le dió á entender, y cuando la vió mas tranquila la manifestó su resolucion de obtener la debida reparacion de la ofensa que la habian hecho.

Adelina se opuso con todas sus fuerzas: pero confusa y llena de temor ante el inflexible carácter de su padre, le siguió á casa de la señora cuyo terrible apóstrofe aun resonaba en sus oidos. Esta les recibió con esquisita amabilidad, se deshizo en cariñosas excusas, les pidió perdon si creían que les habia ofendido, y al explicar sus palabras con la franqueza y sinceridad propias de una mujer de mundo la pareció un deber el abrir los ojos al padre y revelar á la hija la estension y alcance de su proceder.

—La lengua de una jóven, hija mia, dijo dirigiéndose á ella, es el órgano de su corazon; juzga de tu conducta y de las palabras y dichos de que te vales para llamar la atencion; si desconoces sus efectos eres una

desgraciada, si los conoces no te estrañe que las madres alejen de tu lado á sus hijas; mí lenguaje, Adelina, es hijo del interés que me inspiras, porque al fin no tienes madre, y de la pena que me causa ver que tienes talento y encantos y los malgastas en contar cuentos y anécdotas, algunas chistosas en verdad, pero todas contrarias ú ofensivas al pudor; cuentos ó dichos impropios de nuestro sexo que no puede decir á tontas y á locas cuanto concibe ú oye, porque la pureza, hija mia, no se revela solo en los actos sino tambien en las palabras.

Jamás Adelina habia oido semejante lenguaje, mas como realmente tenia talento aprovechó la lección. En sus reflexiones comprendió bien pronto que si la niñez escusa esas picantes anécdotas y esos dichos que á veces suelen calificarse de oportunos y graciosos, la juventud las rechaza y se avergüenza de ellas; así lo comprendió tambien el padre arrepintiéndose de su conducta y prometiéndolo corregirse en lo sucesivo;

el resultado fué que no pasara mucho tiempo sin que ambos hubieran recobrado la estimacion general, prosima á perderla para siempre.

Adelina, por su talento y belleza, mereció las mayores distinciones de sus amigas; su gratitud á aquella señora, que tan cruelmente creia la habia ultrajado, fué en aumento á medida que los hechos y el tiempo la revelaban el vacío en que habia vivido; la necia conducta que habia observado; algunas veces dicha señora, cuya amistad y la de su hija cultivaba con afan, solía abrazarla y repetirla: «la pureza es como el aire que altera la mas ténue brisa ó el mas insignificante miasma, y así como cada estacion tiene sus flores así como cada edad tiene sus ilusiones y peligros, en la tuya, amiga mia, la mujer debe ser prudente como la serpiente y sencilla como la paloma» (1).

---

(1) S. Math. X. 16.

Es indudable, la esperiencia ó sabiduría es una virtud que nos ayuda á conocer y escogitar los medios propios para llegar al fin de la vida que muchos desconocen durante la suya; el hombre prudente y sábio desconfía de su propio juicio, oye la voz de la esperiencia, gobierna y refrena sus pasiones, y en sus actos y palabras atiende al fin que se propone, al paso que el imprudente y necio se abandona, desprecia los consejos de los otros sino se conforman á sus deseos, confía en sí y se entrega á todo género de caprichos; cuando habla su lengua no reconoce freno ni regla, ignora que Dios le oye, que los hombres le juzgan y que por sí mismo corre á la perdición.-

Dios nos da la inteligencia y la ciencia para ser mejores y mejor servirle, se las dá á los padres para que no se aparten del único camino que la Providencia les traza para llegar á *él*, camino ó arte que consiste en formar un sér vivo poniéndole en estado de

cumplir su destino, que es extensión, elevación ó perfeccionamiento de las cualidades esenciales de la vida que empieza al nacer y termina al morir, variando sus procederes que van del exterior al interior ó viceversa.

¡Qué hermosa y santa es la misión de los padres cuando poniéndose al alcance de sus hijos les revelan lo que es accesible á su espíritu, perfeccionándoles sin cesar, sin despreciar nada, sin sacrificar el cuerpo al alma, la inteligencia al corazón, la razón á la fé, el juicio á la memoria ó estas últimas á las primeras!

¡Y qué hermosa y divina la de la madre cerca de sus hijas, que no siempre acierta á llenar el padre aun con la mejor intención, con el mismo cariño y la misma voluntad que aquella! ¡tan hermosa y sublime como horrible la desgracia de la jóven que cual nuestra heroína se vé privada de ella durante los años que mas la necesita!

El hijo es un huésped conñado al inte-

rés y cariño de su familia que debe darle el conocimiento de sí, descubrirle el valor y alcance de la razón y ponerle en relación con el mundo de las ideas universales y necesarias, con esas ideas que constituyen los principios del bien, de lo bello y verdadero y que presiden á la actividad humana en todas sus manifestaciones.

El padre que conoce las disposiciones naturales de sus hijos ya posee la brújula pedagógica, ya tiene la medida de sus cualidades y defectos, ya sabe lo que puede exigirle y lo que debe negarle; con método y conocimiento de causa ya puede favorecer su vocacion, llenar las lagunas de su espíritu, en una palabra, hacerle completo equilibrando perfectamente sus fuerzas y facultades.

La educación es la que sabe obrar este prodigio; la experiencia y práctica de la vida la ayuda y dirige porque la *experientia docet*.

¡Oh, padres! si así pensais y obrais que Dios os lo premie y sino que os lo demande,



## LA ELECCIÓN DE ESPOSO.

---

**V**oy á narraros un cuento, por desgracia fiel reproducción de muchos y repetidos hechos sociales de la misma índole; no muy dado á este genero de literatura, carezco de las condiciones que estos escritos exigen; acaso les falte esa *vis*, ese *sic* que les hace interesantes; acaso sea una insípida narración, una simple conseja, cualquier cosa, pero si mi ingenua confesión merece disculpa, vuestra exigencia á que *os cuente algo* en estas tardes tan frias, me pone á cubierto de la crítica de algun severo zoilo; y despues de todo ¿sobre qué mejor asunto tratándose de jóvenes de quince á veinte años, pudiera entreteneros que repro-

duciendo una historieta que sobre el cambio de estado yo lei ó oí alguna vez? ¿Y hablando del hecho que una vez consumado solo la muerte puede destruir, del acto que para siempre unirá vuestro destino al sér á quien le confieis, sometiéndoos de buen grado á su autoridad, tomando su nombre y participando de su suerte ó su desgracia, de sus penas ó placeres, de sus tristezas y alegrías?

¡Oh! ¡si supiérais cuan grande es el número de jóvenes que son dignas de compasión por satisfacer inconsiderada é irreflexivamente sus caprichos en el suceso mas importante de la vida, en ese hecho del cual depende todo el porvenir de una niña bien nacida y mejor educada! ¡Si viérais cuántas desgraciadas lloran en silencio por no haber escuchado la voz de la razón, por haber prescindido de los consejos paternales, por no haber visto ni pensado al verificarle sino en un sólo objetivo... en casarse con el primer advenizo! ¡Si comprendiérais cuanto

contribuye al bien que anhelantes buscamos, *en el paso mas decisivo de la vida*, el poder conocer y saber apreciar el carácter y costumbres del que vuestro corazón prefiera y elija para esposo!

El hombre de posición deslumbradora puede perderla en un momento dado, el rico disipar su fortuna de mil maneras, el buen mozo corre el peligro de ser víctima de una gran vanidad ó de pretensiones tales que le obliguen en lo porvenir á ocuparse solo de sí mismo, sacrificando cuanto le rodea, inclusa su propia mujer: la galantería, las finas maneras y ese aire de suficiencia, patrimonio de algunos jóvenes de buen tono, indican de ordinario un espíritu superficial ó una orgullosa vanidad.

Mas en cambio, aquel en cuya fisonomía se revela el talento y la bondad, por mas que la fisonomía no sea siempre el espejo del alma, cuya modestia y sencillo porte anuncian un caracter franco y una acertada educación, cuyo afan y laboriosidad

le permite aunque pobre, confiar en si mismo, sean los que quieran los reveses á que se vea espuesto, es el que merece las preferencias y simpatías de las niñas respetuosas y de sano juicio, porque realmente esas cualidades son las únicas que pueden hacer de él un fiel compañero, un verdadero amigo, un hombre útil y querido, cuya esposa, satisfecha de pertenecerle, pueda felicitarle al contemplarle de su acertadísima elección.

\*  
\*\*

Alfredo de Sandoval fué en su juventud regente de una de las mas famosas imprentas de provincia; su constante laboriosidad, su acreditado celo y sus bellisimas cualidades, le conquistaron el cariño del dueño de la casa, que le asoció á su industria, y concluyó por último, por ofrecerle por esposa la única hija que tenia.

Este enlace satisfizo por completo todos sus deseos y aspiraciones. Aquella jóven

poseia las condiciones necesarias para la prosperidad y bienandanza de una casa de comercio; trabajadora y sencilla, sus placeres se reducian á realizar el bien y á alcanzar el cariño y estimación de cuantos la rodeaban; sus galas, el lujo y adorno que mas ambicionaba, consistia en socorrer las necesidades que podia; preciosas cualidades que comunicaba, muy especialmente, á los séres, que, una vez casada, Dios la dió en recompensa del bien que constantemente hacia.

Pero María, que así se llamaba este modelo de esposas y de madres, puesto que tuvo cuatro hijas á quienes dirigia con sus dulces consejos é inspiraba con su sola presencia, gozó bien poco de tan dulce recompensa. Una aguda enfermedad la arrancó del seno de su adorada familia, causando tan desgarradora é inconsolable pena al marido, que, como único lenitivo á la misma se entregó de lleno y casi exclusivamente á la educación de sus niñas, cuyos gustos é

inclinaciones iban variando conforme avanzaban en edad.

Pocos años despues, Alfredo vió desaparecer tambien á su sócio y padre político, quedando dueño de una inmensa fortuna y de un porvenir envidiable y halagüeño.

Y, sin embargo, esta fortuna debia ser con el tiempo causa de mil sinsabores y desgracias, acaso de una muerte prematura. Al llegar sus hijas á la edad en que todo aparece de color de rosa, fueron sucesivamente manifestando sus deseos de hacer una vida analoga á su opulencia. El lujo que poco á poco habian introducido en la casa, las numerosas relaciones del padre, su inmenso crédito en el comercio, y especialmente la esquisita amabilidad de todos, llevaron á la misma lo mas notable y lucido de la sociedad en que vivian, y se distinguian varios jóvenes ansiosos de obtener la mano de jóvenes tan simpáticas como encantadoras.

La mayor, llamada Paca, fue requerida de amores por el marqués de Rocafior, cuyo hecho halagaba en gran manera su vanidad. Este era uno de esos hombres que tanto abundan en el mundo, de noble porte, de maneras distinguidas, aunque simple poseedor de un título deslumbrador; su aire de protección, su estudiado y reposado hablar, su mirada desdeñosa y su natural altanería hasta para hacer el amor á Paca, trastornaban de tal modo á esta, que la incitaban á desear con impaciencia el instante en que pudiera apellidarse la marquesa de Rocafior.

Solicitada casi al mismo tiempo la segunda por un jóven elegantísimo, hijo de uno de los mas ricos banqueros de la población, cuyas cualidades se reducian á esperar tener mucho dinero con el tiempo, esta se prometia deslumbrar hasta sus propias hermanas, hasta la futura marquesa de Rocafior. La orgullosa pero inocente Eusebia gozaba tanto oyendo hablar á su que-

rido Luis de sus coches y caballos, de sus cuadros y de sus perros, de sus joyas y de sus trajes, de sus proyectos y de sus triunfos sociales, que realmente la deslumbrada era ella. ¡La infeliz soñaba con un mundo de dichas y placeres!

Su buen padre las hizo las observaciones que su cariño le dictaban, las dió cuantos consejos necesitaban, pero dominadas por sus respectivas ilusiones, olvidando su modesto origen, prescindiéron de ellas y se casarón. En vano aquél las demostró que á su parecer el afán de figurar era la única causa de su resolución extrema, en vano se afaná para que antes se convencieran si realmente eran amadas... en una palabra, fuerón en balde todos sus esfuerzos. Paca y Eusebia salieron de la casa contentas y satisfechas, sin cuidarse del carácter, inclinaciones y costumbres de sus elegidos, sin preocuparlas el nuevo y acaso oscuro porvenir que se las ofrecia, sin acordarse de la dicha y felicidad que habian gozado hasta

entonces, y lo peor de todo sin importarlas absolutamente nada los disgustos y desventuras de su bondadoso padre.

La tercera hija abrigaba otras ideas y pretensiones; suponía que la felicidad conyugal y doméstica se encontraría uniéndose á uno de esos hombres de alma elevada que dotados de vivaz imaginación, gracia sin igual y educación aparatosa, saben apartarse del trillado camino de la vida; á uno de esos hombres del género *delicioso* cuya elegante *toilette* es el encanto y la envidia de las mujeres mas lindas y bonitas, á uno de esos hombres que todo lo saben, que de todo hablan, que se hallan en todas partes, que conocen todos los resortes de la coquetería que son el eco viviente de la crónica escandalosa y no escandalosa del dia, y como desgraciadamente abundan tanto, Leonor no tardó en tropezar con la posibilidad de ver realizados sus deseos.

Angel de C., conocido por los seudónimos de *lindoro* ó el *lamigoso* entre las po-

llas y jamonas elegantes, ante el rico cebo de la dote de aquella, procuró agradarla en todos los sentidos, acarició y fomentó sus gustos, y estudió tan detenidamente sus aspiraciones, que la conquista de tan fabuloso partido fué cosa de ocho dias. Aunque era un completo badulaque, dotado de regular memoria tenia ||la habilidad de repetir con singular maestria cuanto oia á los que sabian mas que él; aunque tronado y sin blanca, aparentaba con tal ingenuidad ser rico, que se la pegaba al prójimo mas listo con una gracia inimitable; ciega, pues, la pobre niña, solo pensaba en el dia en que, unida al envidiado y disputado *lamigoso*, aparecieran ante la sociedad como la pareja mas envidiada.

El padre se opuso con todas sus fuerzas á tan descabellado enlace; habló á su hija mil veces de la fatuidad, falta de educación y sobra de cinismo, de la holgazanería y pobreza del que esta creia y juzgaba ser un hombre de gran mérito; Leo-

nor no oyó los consejos, no atendió las razones, despreció hasta las amenazas del padre. Leonor no oyó nada, no vio nada y como sus hermanas, se casó, estableciéndose en una de las habitaciones más céntricas y elegantes de la ciudad. El lujo correspondía á lo que tenían derecho á exigir las jóvenes *comm'il faut*.

\*  
\*\*

Alfredo quedó solamente acompañado de su hija menor, la bella Pilar, de edad próximamente de diez y ocho años. Las pérdidas sufridas en su industria y comercio, resultado en gran parte de los abusos de familia, y del lujo y continuado derroche de sus hijas mayores, alteraron poco á poco su natural carácter y su envidiable salud.

Aquellas hijas, almas de su alma, sangre de su sangre, le habían casi despreciado. La marquesa visitaba á su padre como á hurtadillas, y con pretesto de los ficticios deberes de su elevado cargo solo le ha-

blaba de sus aristocraticas relaciones. Eusebia lo hacia con menos frecuencia y mas frialdad, y Leonor con el esclusivo objeto de sacarle cuanto dinero podia á fin de evitar en parte los apuros que su entrampado marido la hacia pasar.

Verdad es que Pilar, cuya dulzura y sencillez, cuya belleza y posición, tan brillantes partidos la ofrecian, le adoraba, y en su buen juicio juzgaba al matrimonio no como un medio de exhibición constante ó de adquirir una libertad mentida, sino como el mayor servicio que una pobre mujer puede prestar á la familia y al mundo entero; dotada de las bellas cualidades de su madre, creia que su destino era el de reemplazarla en todo y por todo dentro de la casa, y especialmente cerca de su padre, que cuantos mas años pasaran mas habia de necesitarla; pero ni su aptitud ni su modo de discurrir satisfacian á aquel virtuoso obrero del trabajo, por mas que en gran manera fuese una grata compensación á sus males.

¡Sufria tanto al contemplar ó recordar el extravio y porvenir de sus hijas mayores! ¡Le abatian tanto sus malos negocios mercantiles! ¡Y además era tan bueno, tan bueno, que su misma bondad se convertia en causa eficiente de sus mayores desgracias!

Buena prueba de ello, por mas que esta vez habia de verse dignamente correspondido, eran los vehementes deseos que siempre manifestaba respecto al porvenir de Pilar. Preocupábale de tal modo la suerte de su hija, que su constante pesadilla consistia en hablarla del matrimonio, y cuando esta, arrojándose en sus brazos, exclamaba: pero entonces, ¿quién cuidará de tí? ¿Quién ha de prodigarte las dulces caricias que necesitas á tu edad? ¿Quién te servirá de báculo en tu próxima vejez? Alfredo contestaba, con las lagrimas en los ojos, que no tenia derecho alguno á su sacrificio, que por el contrario su mayor placer seria verla amada por quien fuese digno de ella, que para descansar ansiaba conocer al llamado.

á evitar una orfandad que le horripilaba, y era tanta su insistencia sobre el particular, que un dia la inocente Pilar se resolvió á contestarle en estos ó parecidos términos:

«Sea, padre mio, como deseas; mas si para darte gusto me llegara á casar, lo cual no es fácil, porque son pocos los hombres adornados de las condiciones necesarias, y dado que de entre estos alguno se presentara dudaria al conocerlas, te prometo por la sagrada memoria de mi madre, que procuraré no imitar á mis hermanas, detesto los titulos que parecen honrar á la mujer y solo sirven para trastornarla ó hacerla notar la inmensa distancia que de su marido la separan; me repugnan los hombres cuyas dotes se reducen á ser ricos, y mas, mucho mas, los que, elegantes de oficio, se fascinan un dia y si se casan, es con el dinero, no con la mujer, dinero que de antemano ofrecen á sus acreedores... el hombre que pudiera obtener, no mis miradas, sino mis simpatias, fijar mi pensamiento, acaso mi cariño, necesita em-

pezar por ser honrado, y despues... despues tener talento, que es el verdadero capital, la única y mas positiva riqueza, ser de carácter sério y formal á la vez que sensible, amante y ganoso de la estimación pública, incapaz de ofender, y ansioso no de la dote de su mujer sino de sus virtudes y de la seguridad de verse amado... esto te parecerá muy difícil, padre mio; pero como no es imposible, ya que tanto empeño muestras, ayúdame, y ten la seguridad que, de tropezar con un hombre semejante, seremos dos en vez de una para quererte y cuidarte.»

El padre quedó como absorto, y avergonzado ante la discreción y los pocos años de su hija; mas una vez repuesto de la emoción y placer que le produjo espresandose así, trató de probarla que era una verdad por demas sabida, que el exigir demasiado equivalia á obtener resultados negativos, y pues que la perfección humana es punto menos que imposible, debia con-

tentarse por ser favorecida por quien de veras la amara, reservándose lo demas para ella, puesto que esa era la obra de la mujer, para lo cual tenia un modelo á quien seguir é imitar, su madre. Bastábala reproducir lo que esta hizo con él.

Y este tema, esta conversación, se repetia tantas veces cuantas aquel reproducia sus súplicas é insinuaciones, que no eran pocas, dado el temor que le inspiraba el quebrantamiento de su salud y de su fortuna; pero como la Providencia vela por los desgraciados, los mismos pleitos y cuestiones que sus negocios le proporcionaban, le pusieron en relación con un abogado jóven que empezaba entonces á distinguirse en el foro.

De figura espresiva y mirada penetrante, este jóven no tenia mas patrimonio que su bufete; de estatura regular, su severo aspecto le conquistaba las simpatias de cuantos tenian la fortuna de tratarle; activo con los superiores, era amable con sus iguales é

inferiores, era, en una palabra, y á pesar de sus veinticinco años, uno de los jóvenes abogados de mas porvenir y esperanzas en el país.

Bien pronto se apercibió Pilar de las preciosas cualidades del amigo de su padre, y mas aun se apresuró á comunicar á este la grata impresión que le habia causado, rogándole estudiara su carácter, apreciara sus prendas y condiciones morales, en la seguridad que, á no haberse equivocado, seria feliz, viéndose favorecida por el hombre que soñaba; y la casualidad parecia ofrecerla en él la realidad de sus ensueños.

Contento y satisfecho Alfredo con esa especie de íntima é inocente confianza de su hija, tan contento como debe suponerse tratandose de un padre avaro del bien de sus hijos, intimó cuanto pudo con el joven Licenciado Calixto de Labanda. En sus variadas y frecuentes conversaciones apareció el acierto y buen juicio de su hija, y cuando en una de ellas este se dejó decir: «muchos

habran conocido las prendas que adornan á Pilar, pero con seguridad que nadie habrá apreciado como yo sus raras cualidades, y á no separarnos esa valla insuperable llamada riqueza aseguro á V.» Alfredo no le dejó concluir, abrazóle conmovido y exclamó: «Pilar y yo conocemos su mérito, me consta que ella ama á V., y pues V., la corresponde, permitame que la llame y lo oirá de sus propios labios... en tanto yo me congratulo de poder contar, casi desde hoy, con un nuevo hijo.»

Pilar apareció respondiendo al llamamiento de su padre, que la comunicó lo que habia, y despues de vacilar, de dudar mucho y aun resistirse ante el miedo de abandonarle, al oir á Calixto prometer que siempre vivirian juntos con él, prestó *incontinenti* su consentimiento.

Entonces el padre abrazó de nuevo á los dos, y les rogó encarecidamente acelerasen cuanto pudieran el casamiento, puesto que era lo que colmaria sus mas ardientes deseos.

---

Al saber las tres hermanas el acontecimiento que se preparaba las faltó tiempo para ver al padre y manifestarle la sorpresa y aun la repugnancia que las causaba un enlace tan disparatado. Sus argumentos reducíanse poco mas ó menos á lo siguiente: no es posible que la hermana de un marqués, de un futuro banquero y de un hombre á la moda, y que además lleva una dote cuantiosa, se case con un cualquiera. Pilar esta llamada á una posición mas elevada, á ser la esposa de un hombre notable; y aunque Pilar á todo replicaba, con la candidez de un alma noble y honrada, que ni queria mas que una posición modesta ni ambicionaba otros títulos que de buena hija y mejor esposa, dicha contestación no podia satisfacer el amor propio de sus endiosadas hermanas, y su oposición, y sus replicas, su insistencia y hasta sus súplicas y exigencias, se acentuaban de tal manera, que el padre se creyó en el imprescindible deber de intervenir en el asunto y concluir de una vez para

siempre con situación tan penosa como insostenible para la pobre Pilar.

«Yo apruebo, yo aplaudo la elección de esta niña, dijo un día: puesto que vale mas un abogado, que si pobre tiene el talento bastante para apreciar lo que es el honor, la fortuna, el reposo y la tranquilidad de una familia, que todos esos desgraciados que solo saben perturbarla con su egoismo y depravación de costumbres. Pilar ha visto á vuestros ilustres maridos menospreciar mas de una vez á vuestro anciano padre, y quiere que el suyo no se avergüence de llamar suegro al modesto impresor que con sus desvelos y laboriosidad os ha proporcionado una respetable fortuna, y que desgraciadamente solo ha servido hasta el presente pata fomentár vicios ó pagar á infames usureros.»

Paca, Eusebia y Leonor quedarón como anonadadas ante la inesperada salida de su padre; desconcertadas y confusas buscaban una excusa que la presencia del abogado

Calisto Labanda las evitó alegar. Este que conocia perfectamente la oposición de sus futuras cuñadas y que le fué facil comprender que se ocupaban de él, las habló con tal amabilidad, las trató con tal galantería, las ofreció sus respetos con tal gracia y finura, las suplicó con tanto talento el permiso de formar parte de su familia, que quedaron poco menos que encantadas, ¡quién sabe si desde ese mismo momento no empezó á despertarse en ellas la envidia!... lo cierto es que al retirarse, que al partir en sus elegantes carretelas para sus respectivas casas, decíanse por lo bajo: «qué lastima que solo sea un simple y pobre abogado.»

El dia de la boda llegó... ¡qué es lo que no llega en el mundo!... las tres hermanas asistieron á ella cargadas de diamantes y ostentando un lujo deslumbrador; sus maridos brillaron por la ausencia, lo cual no fué obstáculo para que esta se celebrara con la solemnidad que las circunstancias de la familia permitian.

Los nuevos esposos se establecieron definitivamente en unión de su querido padre, el que andando el tiempo y viéndose privado de los recursos necesarios para satisfacer sus compromisos merced á la envidia y mal querencia de los unos, al abuso y prevaricación de los otros, se decidió á renunciar muchos de sus derechos y á venderlo todo para concluir de una vez, y salvar su salud y hasta la vida amenazada con tan graves pérdidas y disgustos.

Aun fué necesario mas, se hizo preciso que Calixto tuviese la abnegación de destinar la dote de su mujer al referido objeto; es verdad que esto le produjo el sin igual placer de compartir con su padre el producto de su honrado trabajo y á la vez el de ayudar á su esposa en la dulce misión de cuidarle con el cariño y ternura que merecía.

Calixto fué el único de los yernos que se mostró digno hijo de anciano tan virtuoso. El marqués, el banquero y el per-

fumado *lamigoso* ó *lindoro* parecían olvidarse de todo, y si sus respectivas mujeres cumplian á veces con sus deberes filiales solo servian para aumentar las penas del que á todo trance necesitaba reposo y tranquilidad; ni podia ser otra cosa oyendo constantemente á la marquesa quejarse del exagerado orgullo y continuada necesidad de su esposo, viendo á Eusebia inconsolable desde que el rico banquero la habia retirado el uso de sus joyas y diamantes, y á Leonor deplorando que el único mérito del suyo consistia en gastar mas de lo que tenia, abandonandola á las iras y denuestos de sus numerosos acreedores.

¡Qué triunfo el de Calixto! ¡Qué grata recompensa la suya cuando aquellas tres mujeres vencidas por la evidencia de los hechos, por su mismo interés y por el cariño de hermanas, que si alguna vez se amortigua, sean las que quieran las causas que produzcan semejante fenómeno, jamás desaparece porque no es posible que de-

saparezca, llegaron á ver en el que llamaban á secas *mi cuñado* un tierno amigo, un esposo modelo, un buen hijo de familia, un hombre honrado, un modesto sabio y un generoso protector!

\*  
\* \*

Pero como *no hay dicha completa*, segun dice el refran, y lo peor del caso que aunque es una verdad amarga es una gran verdad, no pasaron muchos años sin que Pilar tuviera el sentimiento de ver sucumbir á su buen padre víctima de los males y disgustos. Este triste acontecimiento fué un golpe terrible para ella, fuéralo tambien para sus hermanas, que al cabo hijas eran y mayores distinciones habian recibido, á no hallarse sus almas como obliteradas á causa del estado escepcional de sus respectivas casas y familias.

Calixto era el que, humanamente hablando, podia aminorar aquella desgracia,

no con su dinero sino con su bondad, cariño y sincero amor á toda la familia. El marqués tuvo que apelar al despreciable recurso *de la politica*, que asi anda ella en España, marchando por último á Ultramar en brazos de un destino *politico* y dejando en el mayor abandono á la esposa y al hijo fruto de su *desproporcionado* enlace; el banquero concluyó por hacer una quiebra fraudulenta dejando tambien sumidos en la mayor miseria á su mujer é hijos, y el caballero *lamigoso* en presencia de la ruina y muerte de su suegro, y so pretesto de engaño, entabló demanda de divorcio lanzando á su Leonor en la mas espantosa desesperación, porque para que nada la faltase hallábase en cinta.

La situación no podia ser mas horrible pero á la vez era oportuna para que Calixto revelase prácticamente los generosos sentimientos de que se hallaba dotado, y al efecto auxiliando á su mujer *vengóse*, como se vengan las almas bien templadas, de

cuantos sinsabores y desprecios habia sido objeto consolando, socorriendo y prodigando toda clase de cuidados á sus infortunadas hermanas *politicas*.

La Providencia con sus poderosos auxilios, que nunca niega á los que de ella se hacen dignos, vino en su ayuda convirtiendole en uno de los abogados de mas justo renombre y otorgándole recursos inesperados, que con su economía y prudencia multiplicó hasta el extremo de poder dedicar gran parte de ellos á la adquisición de una preciosa y estensa heredad en uno de los pueblos mas próximos á su residencia. Dueño ya de ella y pretestando negocios urgentes é importantes se dedicó á cultivarla y mejorarla con todo esmero, realizando cuantos cambios y preparativos eran necesarios para sorprender agradablemente á su inocente esposa.

Este proyecto pudo llevarle á cabo en la primavera siguiente. Una vez realizadas todas las obras, merced á su virtiginoso

afan y su reconocida constancia, llegó el día en que pudo tener el placer de anunciar á Pilar que habia comprado una pequeña hacienda y deseaba que el domingo mas inmediato fueran á conocerla y tomar posesión de ella, pero cuál no seria la sorpresa de esta cuando al recorrer, en el indicado dia, los departamentos de la nueva casa se encontró en el salon principal con el retrato de su inolvidable padre, cuando al detenerse en el elegante gabinete contiguo tropezó con sus antiguas galas, con su neceser y sus dibujos, con su piano y sus flores favoritas, y cuando al atravesar por los pasillos leia sobre algunas de sus puertas *cuarto de Leonor*, de *Paca*, de *Eusebia!* mas su sorpresa subió completamente de punto al divisar, al traves de un precioso vivero del frondoso jardin que rodeaba la casa, á sus queridas hermanas que con sus hijos se hallaban entretenidas bajo un delicioso cenador, ofreciendo el espectáculo mas hermoso que la caridad y la virtud

pueden ofrecer á la contemplación de los miseros mortales.

Conmóvida Pilar por el agradecimiento y la alegría se arrojó en los brazos de su querido esposo dando un inmenso grito que atrajó á aquellas madres con sus hijos, los que con sus caricias y palabras embellecian cuadro tan conmovedor y sublime. Un tanto repuesta de su emoción abrazó á todos, á todos dió las mas espresivas gracias y acordandose repentinamente de su adorado padre, á todos rogó, con las lagrimas en los ojos, una oración para el autor de tan inefable dicha... y era natural, todos hincaron las rodillas en tierra y oraron.

¡Oh! es tan hermosa, es tan sublime la oración que así los hombres fuertes como los débiles, así el genio como la inocencia, sienten de la misma manera, lo mismo en los grandes acontecimientos de la vida que en los pequeños, la necesidad de ese acto que resume en si toda la religión del Crucificado. ¿Quién será el que desconozca los

habitos profundamente piadosos de Kepler y de Newton? ¿Quién ignora que este sabio inmortal jamás oía pronunciar el sagrado nombre de Dios sin inclinar reberentemente su octogenaria cabeza? La mitología asegura que cuando Priamo demandó á Aquiles el cuerpo de su hijo, le cogió la mano y exclamó: «juzga de la inmensidad de mi dolor al verme besar la mano del asesino de mi hijo,» y añade que aquel lloró otorgándole lo que pedía.

La oración triunfa siempre de un corazón feroz y desalmado; y aquí triunfó, porque, aunque abatida su frente, humildemente vestida y con las manos estendidas, calma la cólera, ahoga la injuria, repara la desigualdad, compensa y combate la desgracia, destruye la iniquidad, y, señora del mundo, constantemente le protege con su suplicante magestad.

Reunidas nuevamente las cuatro hermanas por uno de los lazos más inquebrantables de las almas nobles y generosas, des-

pues de una vida tan varia y accidentada; reproducen los tiernos desahogos y los dulces recuerdos de su infancia. Estas informan á aquella, en tanto que Calixto se entretiene con su jardinero en formar rami- lletes de flores para obsequiarlas en tan hermoso dia, sobre su estraña aparición en la casa; dícenla que conocedoras del mundo y hartas de sus pompas y vanidades resol- vierón imitar la conducta de su honrado padre dedicandose entera y exclusivamente á la educación de sus respectivos hijos, ya que la esperiencia las ponía en condiciones de ello, á cuyo efecto habian aceptado la invitación que Calixto las habia hecho de su deliciosa y saludable casa...

De cuantos favores puede conceder el cielo á una jóven, ninguno puede com- pararse al de ser feliz y dichosa con el hom- bre á cuya suerte une para siempre la suya...

Hijas, no lo olvidéis; el porvenir de la mujer depende en gran parte, á veces en el todo, de la elección de esposo... y

vosotras, madres no lo olvideis tampoco, como no debéis olvidar que esa elección depende las más de las veces del ejemplo y educación que á vuestras hijas deis.



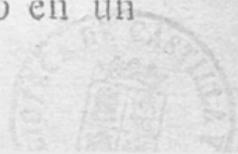




## MODESTIA Y PRESUNCIÓN.

---

**M**e pedis otro cuento y con gusto voy á complaceros ocupándome de una virtud y de su opuesto vicio que por lo mismo que los extremos se tocan suelen producir tristísimas y fatales consecuencias cuando se exageran; y especialmente de ese vicio, pasión ó lo que sea, llamado *presunción*, que por desgracia es una de las mayores calamidades humanas, y la mas apropósito para trastornar ó pervertir el corazón de los jóvenes de ambos sexos que en su inespriencia é irreflexión suelen con frecuencia incurrir en él, y ser sus víctimas convirtiéndose, y es lo menos que puede ocurrirles, en un objeto de burla ó en un



despreciable juguete de la sociedad en que viven y se mueven.

¡Oh! si la modestia dentro de sus justos límites, y mas entre las mujeres, es un verdadero testimonio de la pureza de sentimientos que animan al que la practica, de la buena educación y sinceridad de su alma, exagerada y practicada por cálculo ó convicción suele degenerar en bufa y perjudicar tanto como la presunción, que al decir de un autor es «manantial de aguas venenosas, origen de todos esos vicios que bajo los nombres de lujo y egoismo, orgullo y ambición, intereses y coquetería, son causa de infinitas y sucesivas desgracias durante toda la vida» (1).

En prueba de ello oid, y no olvideis en el curso de vuestra preciosa vida, la siguiente anécdota que á mi me contaron cuando tenia vuestros pocos años y era tan curioso como vosotras.

---

(1). Llanos, La mujer.

Era Pio Labanda uno de los comerciantes mas ricos y honrados de la insigne ciudad de Valladolid; viudo hacía algunos años dividía el tiempo entre sus negocios y la educación de sus dos queridas hijas, con la desgracia de que aquellos no le permitían atender y cuidar de estas como deseaba; así es que entregadas en gran parte á sí mismas, habían llegado á la edad en que la mujer empieza á llamar la atención mostrando al mundo las prendas y cualidades morales que forman ó preparan su bello ó su feo porvenir.

Las dos se diferenciaban de tal modo que la una era el reverso de la medalla de la otra; la mayor, Leontina, se creía una Vénus por su hermosura, una Hebé por sus graciosas formas, una décima musa por su talento; cuando aparecía en público se figuraba que todos la miraban, cuando hablaba que conmovía á los presentes; sus movimientos eran estudiados, acompasado su andar, medía las palabras.. cualquiera

creería al contemplarla que era una divinidad que se olvidaba de sí misma al descender y mezclarse entre los míseros mortales.

En cambio la menor llamada María era tan inocente y sencilla que en su natural bondad la parecía valer menos de lo que en realidad valía; su modestia exagerada era el principal obstáculo en que tropezaba al apreciarse á sí misma; menos bella aunque mas linda que Leontina encontraba muy natural que esta fuese siempre la preferida; sus modales y apostura, su fisonomía y su palabra parecían revelar que no debía fijarse en ella la atención, pues al lado de su bella hermana nada era ni valía.

A pesar de todo, y bueno es que conste para lo que en lo sucesivo tenemos que decir, ambas eran naturalmente buenas, sus cualidades morales inmejorables, faltábalas por desgracia dirección y talento suficiente para salvar los escollos en que inevitablemente habían de tropezar y aun caer, y aquí está el secreto de sus posteriores aventuras.

Leontina, que todo lo convertía en sustancia, traducía la indiferencia con que en general se la trataba como efecto de un temor respetuoso ó de la emoción que se experimenta al contemplar la belleza.

—¡Cuán desagradable, se decía, es producir ese involuntario efecto que impide á los hombres, á quienes en otro concepto merecen nuestras simpatías, acercarse á una! es verdad que mi hermana suele brillar á veces por su natural y espontánea alegría, pero María carece de talento, y si no tonta es bastante insípida para atraer sobre ella la atención de los demás.

—¡Cuán desagradable, se decía á su vez María, es oír y responder á cuantas galan-terías se nos dirigen, fingir una risa que no parte del corazón; es verdad que mi hermana es una belleza perfecta á cuyo imperio es imposible resistir, pero nada me importa si á la vez que ella se fatiga y enoja yo rio y gozo!

Los hechos que posteriormente salpica-

ron la vida de estas jóvenes, de tan opuesto carácter y tan distintas cualidades, arraigaron en sus almas sus respectivas creencias.

\*  
\*\*

Una noche el Sr. Labanda, mucho mas preocupado con sus negocios que de la educación de sus hijas, que juzgaba completa por el solo hecho de haberlas tenido uno ó mas años en uno de los colegios de mas fama de aquel entonces, las llevó por primera vez al teatro. Era una noche de un lleno completo porque iba á representarse una de la mejores óperas de Bellini y la compañía hacía su *debut*.

No bien acabaron de sentarse las dos jóvenes en sus respectivas butacas, María dijo á su hermana entre sorprendida y avergonzada:

—Todos los gemelos se dirigen á nosotras, lo cual me parece natural, pues jamás te he visto tan hermosa.

—¡Dios mio! exclamó Leontina sonrién-

dose, parece mentira que pueda ser causa de tan grata sensación.

Al mismo tiempo apareció Dalmiro, jóven de agradable presencia y halagüeño porvenir, pariente del papá, que se sentó detrás y las saludó con la intimidad y el derecho que da el frecuente trato de una familia, trato ó amistad del que deducía Leontina que ella era la causa, y autorizaba á la sencilla María para creer que llegaría un día en que había de llamarle cuñado.

Al levantarse el telón aparecieron en la platea inmediata dos jóvenes lindísimas y elegantes que no pudiendo resistir el perfumado olor que el calor y la densidad de la atmósfera aumentaba, y que Leontina despedía, se levantaron al poco rato, exclamando la que se hallaba mas próxima.

—Esto es un suplicio, vámonos.

Y se fueron, dejando confusa y sorprendida á Leontina, que pensaba en cual sería el suplicio, causa de aquella estraña y súbita desaparición, y en la duda, que ce-

só bien pronto sospechando que si su intención era la de llamar la atención, ó brillar mas que las demás, eso no era posible hallándose á su lado.

Al papá se le figuró que alguna de aquellas jóvenes se habría indispuerto repentinamente, pero Dalmiro, que hacía tiempo venía estudiando el carácter y tendencias de las dos hermanas, le faltó muy poco para soltar sonora carcajada.

Pocos instantes despues la platea fué ocupada por dos personas de alguna edad; no bien había empezado el segundo acto cuando el que se hallaba mas próximo á las butacas empezó á estornudar, poniéndose descolorido y á moverse con tal agitación que el hombre, levantándose brusca-mente, le dijo al compañero:

—Me voy; si sigo aqui mas tiempo me pongo enfermo.

Y se fueron tambien, quedando Leon-tina tan satisfecha de su triunfo, que diri-giéndose á su hermana la preguntó:

—¿No has reparado en la gran perturbación de ese caballero?

María hizo un signo afirmativo; el papá supuso algo parecido al caso anterior, pero el jóven Dalmiro tuvo que taparse la boca para evitar la risa que con tanta razón ya retozaba en sus labios.

Pero lo que proporcionó un completo triunfo á la presuntuosa Leontina fué el desvanecimiento de un elegante jóven que ocupaba la butaca inmediata, y que durante la función no había hecho otra cosa que mirar á sus vecinas. Aquel concluyó por perder el sentido y tener que sacarle del teatro á fin de que respirase el aire libre. El pobre jóven se hallaba convaleciente de una grave enfermedad, y el irresistible perfume de su vecina fué la causa de aquel accidente.

—¡Dios mio! exclamó Leontina, ¡por qué empeñarse en mirarme tanto!

—Ya, ya, añadió María con la modestia propia de la inocencia, producir en un

jóven un ataque de nervios es hacerle pagar bien caro la dicha de contemplarte.

Entonces Dalmiro no pudo contener la risa.

La segunda vez que fueron al teatro ocuparon uno de los palcos proscenios, uno de esos palcos en los que las coquetas pueden lucir mejor sus galas; pero ni hombres ni mujeres se fijaron en ellas aquella noche, ni por un momento siquiera, lo cual se explicaba facilmente; aquella noche el perfume que despedía Leontina era dulce y tolerable.

Pero como la presunción cuando no encuentra por un lado el alimento que necesita lo busca por otro, Leontina se consoló bien pronto del desengaño que experimentaba aprovechándose de uno de esos hechos demasiado frecuentes en los actores que se ven en el duro trance de aprender de memoria muchos papeles. El primer actor, que era uno de los primeros que honraban la escena española, se equivocó

varias veces y otras se distrajo de tal manera, que el público no acertaba á esplicarse aquellas faltas, pero Leontina dirigiéndose á su hermana, la dice:

—Temo ser la causa de esos trastornos, ¡no reparas como nos mira! dame, dame ese velo, porque si continua mirándonos se huye.

Y tapándose la cara con el velo que su hermana la alargaba llamó la atención de cuantos espectadores podían verla, que era lo que se proponía.

Sorprendido el papá de aquella ridiculez la indicó que se destapara si es que no se proponía ahogarse de calor, pero la pobre María le dijo:

—No, por Dios, papá, dejala, pues de otro modo presenciarias una desgracia en la escena.

El padre distraído no insistió mas; pero como si esto no fuera bastante para llamar la atención al empezar el siguiente acto, volvió á hacer lo mismo; el público

se apodera del hecho, sonrie maliciosamente, y Dalmiro, que se hallaba en uno de los palcos de enfrente, se rie de veras puesto que era el único que podía adivinar la causa de aquella estravagante tontería.

\*  
\* \*

La frecuencia, cada día mayor, con que visitaba Dalmiro la casa hizo pensar á las dos hermanas en el motivo que le llevaba. En su candidez María sospechó que aquellas idas y venidas eran por su hermana; en su necedad Leontina esperaba de un momento á otro la declaración del jóven y la preocupaba la idea de su actitud al recibirle, pues de preferirle quedaban desechados sus demás admiradores y esto no era justo en su modo de ver y pensar.

Un día que las dos hermanas acababan de hablar de ese grave asunto, que tan preocupadas y revueltas las traía, se presentó Dalmiro, ya entonces uno de los mejores y más estimados abogados de la ca-

pital, y después de saludarlas cariñosamente las dijo:

—Perdonadme, mis queridas primas, si prévia autorización de vuestro papá, me tomo la libertad de molestaros.

—Esto es hecho, hermana mia, dijo Leontina por lo bajo á María, de seguro que vá á pedir mi mano; por Dios, no me abandones.

—Hace mucho tiempo, continuó Dalmiro dirigiéndose á Leontina que deseo hablarte... pero el cariño que me inspirais las dos y el temor á la vez de desagradaros ó aparecer indiscreto me han hecho vacilar.

—¡Oh, querido primo! puedes hablar cuanto gustes, en la seguridad de que en ello nos das un verdadero placer, contestó Leontina.

—Pues bien, debo confesarte que si tus gracias y escelentes cualidades te dan un brillante puesto son á la vez causa de esa especie de ridículo con que apareces en sociedad.

—No te entiendo, exclamó Leontina entre confusa y avergonzada.

—¡Vaya una declaración! exclamó á su vez María no menos admirada que su hermanua.

—Me esplicaré aun á riesgo de incurrir en todo tu desagrado, pero debo cumplir con un deber de familia y no hay remedio, debo hablarte con franqueza. Has de saber que el afan de perfumarte sin cesar aparta á todos los que sin esa manía te demostrarían su fina amistad y galantería; en el mundo elegante te llaman la perfumista.

—¿Pero incomodo á alguien con esto?

—No, porque no te apercibes ni te puedes dar cuenta de ello; es lo que te disculpa, pero no te olvides de la noche de la ópera en que aquellas dos señoritas, dos caballeros y aquel jóven convaleciente...

—¡Que!... dijo Leontina sorprendida.

—¡Qué! perdóname, prima mia, pero te aseguro que el fuerte olor que derramabas á tu alrededor fué la única causa de lo

que les sucedió, y no la que te figuras. Mira, Leontina, la rosa no necesita de extraños perfumes para agradar; recibe este consejo como hijo del cariño que os profeso á ambas y del lazo que nos une, lazo que yo quisiera fuera mas estrecho.

—Gracias, Dalmiro, por tu consejo, que no olvidaré, y en vez de incomodarme...

--Serías muy ingrata, añadió María con sin igual candidez, ¡oh! si Dalmiro me diera á conocer mis defectos te aseguro que los corregiría muy pronto... pero mi primo no me ama como á tí.

Este se sonrió é hizo un gesto bastante significativo, y dando gracias á la una por la indulgencia con que le habia escuchado y prometiendo á la otra revelarla sus defectos cuando los conociera, se despidió galantemente.

Leontina comprendió bien á las claras el error de su conducta, hija de la mas necia presunción, pero no el hecho que se iniciaba en aquella visita, afirmándose en su

idea acerca de los deseos de su primo, y sintiendo no le inspirase más simpatía.

Y era natural, pues si al censor se le estima ó llega á estimársele, lo cual no siempre es facil, dificilmente se le ama.

Un mes despues el papá anunció á sus hijas la noticia que acababa de recibir de que el jóven y estudioso abogado deseaba formar parte de la familia, y por consiguiente se preparaba á pedirle la mano de una de sus hijas, sin saber la de quién.

—Ya lo oyes, Leontina, la dice su hermana, disponte á hacer su dicha y la tuya, piensa que te hallas en el momento más crítico de la vida.

—Sí, María, me hallo tan confundida que deseo retirarme á mi cuarto... si nuestro primo viene, ya que conoces mis pensamientos, contéstale por mí y procura calmarle si mi negativa le disgustara.

Y en efecto, Dalmiro apareció una ó dos horas despues, y María empezó á desempeñar su misión dándole mil excusas, y

fundándose para ello en la emoción que produce siempre el pudor, y más ante el objeto que la inspira.

—Pues me alegro infinito, mi querida María, contestó inmediatamente aquél, pues deseaba verte á solas para decirte que es á tí á quien adoro y de quien espero la autorización consiguiente para pedir tu mano á tu papá.

— ¡A mí! exclamó ella entre ruborizada y sorprendida, ó tu no estás seguro de lo que dices ó tu te burlas.

— ¡Burlarme yo! encantadora María... ¿no me autorizaste para corregir los defectos que encontrase en tí?

— Sí, sí.

— Pues mira, hace mucho tiempo que vengo estudiando tu carácter, que sigo todos tus pasos, que recojo tus palabras, y aunque jamás he tropezado con un alma tan sencilla, tan alegre y seductora, tu defecto consiste en no saber apreciarte en lo que vales dando la preferencia á tu hermana,

y de ese defecto quiero aprovecharme en la esperanza de que serás la mejor de las mujeres: en esa seguridad yo te juro hacerte lo más feliz posible...

—Gracias, mi querido primo, y si así es, yo te autorizo para que se lo digas á papá, y te autorizo con alegría, pues has de saber que si la elegida hubiera sido mi hermana tenia el encargo de despedirte, y la verdad que no hubiera sabido por donde empezar.

—¡Hola, hola! exclamó el papá entrando, ¿con que tenías tan estraña comision?

—Sí, padre mio, pues no quiere que nuestro primo sea una víctima más de su hermosura.

Labanda llamó con insistencia á su hija, la cual se presenta azorada, y en su inocente aturdimiento se dirige á Dalmiro diciéndole:

—Perdóname, primo mio, por el daño que mi hermana te habrá causado.

—Al contrario, Leontina, acaba de hacerme muy feliz.

—¡Oh! ¿pues no le has dicho?... preguntó ésta á María.

—Sí, la contesta su hermana, que en tu nombre le hablase negativamente, pero es el caso que no se trata de tí...

—En verdad, que es estraña y graciosa la equivocación, los dos nos habíamos engañado; mi querida hija, la dice el papá, es María la elegida.

—Pues me alegro mucho, exclamó León-tina despues de un rato de pausa y reflexión, y más porque se trata de la felicidad de mi hermana.

—Y yo tambien, añade Dalmiro, me felicito de tu aprobación; y pues todo parece favorecerme, suplico á ustedes que el dia deseado por mí sea el más próximo posible; mi porvenir y las circunstancias especiales que me rodean me obligan á pedir este nuevo favor.

—Por mi parte, dice Labanda, me hallo preparado; por consiguiente podeis celebrar la boda dentro de quince dias, si quereis.

— Los preparativos no necesitan más tiempo: gracias mil, y hasta dentro de quince días, mis queridas primas, mi futuro suegro.

\*  
\* \*

A los quince días siguientes se celebró la boda, á la que asistieron los parientes y varios amigos íntimos, y en la que reinó la mayor alegría y un lujo deslumbrador.

Terminó esta solemnidad como de ordinario terminan todas, con un baile de confianza en el que Leontina, á pesar de su natural bondad, no pudo prescindir de sus habituales inclinaciones, de su fatal presunción, juzgando las distinciones de que era objeto como resultado de su superioridad y de su singular mérito. Su actitud y las originales formas que empleaba movieron á varios jóvenes á sacar todo el partido posible de ellas, concertándose al efecto.

Así es que en el primer rigodon que se bailó ya pudo observar Leontina que su pareja evitaba con cierto temor darla la

mano, debido acaso al deseo de no tocar lo que jamás habia de poseer; y notó que el caballero de enfrente se turbaba y perdía, á pesar de su fama de buen bailarín, y que el jóven que tenía á su derecha se conmovió al darla la mano para hacer cadena, suplicando á uno de los que no bailaban le reemplazara.

Ante semejante espectáculo la pobre Leontina cae en el lazo, y creyendo que es la causa de semejante trastorno se dispone á retirarse; pero Dalmiro, que sorprendió ciertos signos de inteligencia entre los pollos, se convenció de que se trataba de una broma que debía tolerar por lo merecida y saludable que era.

Acercóse á su cuñada recordándola que estaba comprometida para varios bailes; y efectivamente, no bien vuelve á sonar la música, un jóven elegante se presenta á sacarla para bailar el wals que aquella prelu-diaba. Sale Leontina, no muy á gusto, pero se lanza con su caballero en medio del ver-

tiginoso torbellino de parejas, mas á las pocas vueltas el jóven experimenta un vahido, la suplica acercarse á una de las más próximas butacas y cae en ella como desplomado, quejándose de palpitaciones que no le dejan respirar.

Los amigos que no bailaban le rodean. Labanda le conduce á uno de los gabinetes contiguos para auxiliarle mejor, y Leontina, sola y retirada, dice á su hermana que se la acerca:

—Ya lo ves, ni aun bailar me es permitido; no dirán ahora que son los intolerables perfumes que antes gastaba.

El baile terminó con el disgusto natural, debido al pequeño incidente de aquel jóven, y con el baile la fiesta, retirándose cada cual á su casa.

Pocos dias despues la bella desposada propuso á su familia un almuerzo en el campo, á orillas del Pisuerga y en una de las riberas más hermosas que se encuentran camino del célebre pueblo de Simancas; y

en efecto, despues de recorrer mucho por tan ameno sitio, y gozar cuanto permite un hermoso día de otoño, entraron en la casa, especie de *restaurant*, en donde era fama se daba bien de comer, y en donde les esperaba un succulento almuerzo.

El rato que pasaron en uno de los gabinetes no fué menos agradable, pero como la dicha no es completa en este pícaro mundo, al llegar á los postres llamó su atención las risas de los que se hallaban en uno de los salones inmediatos; no bien se fijaron un poco cuando conocieron por la voz á varios de los jóvenes que habían asistido al baile; escucharon, y por aquello del que escucha de sí mal oye, se convencieron de que celebraban una apuesta ganada por los que tan bien habían representado el ridículo papel que antes hemos procurado describir.

—A la salud de la bellísima tonta, gritan todos á la vez.

—¡Qué bribones! esclama el papá, ¡como se divierten y burlan de la pobre Leontina!

—Bah, añade Dalmiro, son jóvenes y por cierto muy alegres, y no pueden figurarse que nos hallamos tan cerca. Pasaré á saludarles y terminará la broma.

—No, no lo hagas, exclamó Leontina oponiéndose á su paso; empiezo á ver con claridad, y creo que en vez de burlarse me están prestando un singular favor. La mujer que se hace digna de una crítica severa debe arrostrarla con valor. Oigamos lo que dicen.

—Convenid, decía Cárlos, en que cuando una joven hermosa, como es Leontina, mancha con su risible presunción sus buenas cualidades, es digna de lástima; si fuera coqueta no la defendería, pero ya visteis que solo el temor de atormentarnos fué la causa de no querer bailar ni casi dirigirnos la palabra.

—Sí, añadió Juan, su carácter es excelente; y la culpa no es solo de ella, las adulaciones por un lado y por otro un padre que entre sus negocios y la educación de sus hijas está por lo primero...

—Y por otro, continuó Antonio, una hermana tan inocente y tan entusiasta de su belleza...

—Pues á pesar de todo, replicó Carlos creed que si alguno se encargara de revelarla esa ridícula presunción que tanto daño la hace sería la más modesta de las mujeres.

—No olvidaré la lección, exclamó Leonтина dirigiéndose á su padre, y doy gracias á la divina Providencia que me ha permitido conocer toda la verdad. Vámonos, papá, y dejémos á esos jóvenes que se diviertan, que motivo tienen para ello.

\*  
\*\*

Pocos dias despues Carlos se presentó en la casa con objeto de ofrecer sus respetos á los recién casados. Admirado de la modestia y sencillez de Leontina, ni se atrevía á mirarla, pero esta se encargó de sacarle del apuro diciéndole:

—Os causa sorpresa mi afabilidad, pues

amigo Carlos, aunque no lo creais es obra vuestra.

—¡Mia! exclamó este, no lo comprendo.

—Pues lo comprendereis fácilmente, le contestó Dalmiro, al saber que por casualidad oímos el otro día la conversación que tuvisteis en la ribera del Pisuerga.

—Entonces, amiga mia, debo ser á vuestros ojos...

—Objeto de eterno reconocimiento.

—Tanta generosidad me confunde, pero no es posible el perdón; la falta aunque inconsciente es grave... mas si le obtuviese sería motivo para esperar que en día no lejano fuera tan dichoso que pudiera obtener los favores de la que desde este momento es por su bondad y arrepentimiento una mujer perfecta.

—Gracias, Carlos, por vuestra galantería, pero mi corrección no es completa... yo espero que el tiempo y la reflexión me hagan digna de tanto honor.

—Digna de mí, en ese caso no hay plazo

para mi dicha, exclamó Cárlos vívamente emocionado.

—Hace mucho tiempo que tu padre y yo proyectábamos vuestro enlace, dijo Labanda á su vez.

—¡Ah! pues entonces no seré yo la única feliz, añadió á su vez María abrazando á su hermana... ya ves como á veces únicamente son dignos de nuestro cariño nuestros censores.

En resúmen: la candidez y modestia son los signos mas apropósito para conocer y apreciar á las jóvenes de carácter dulce y bondadoso, cuyas hermosas cualidades solo pueden interesar á las personas que como Dalmiro brillan en el mundo y se distinguen por su recto juicio, por su honradez y buena educación.

Su vicio opuesto, su antitética pasión, la necia y despreciable *presunción* es el principio del mal, y cuando se complica con las varias enfermedades, vicios ó pasiones animicas, cuando brilla en la sonrisa de la envidia ó se manifiesta cejjunta en la arro-

gancia, y chispea en los ojos de la ira ó sigue las gracias de la molicie ó de la necedad, no tiene cura; al menos la curación es difícil; mas cuando solo es producto de un excesivo amor propio y vive únicamente de quiméricas ilusiones, cuando el alma no se halla infeccionada de esos otros males ó pasiones, y si dispuesta á comprender que el mundo no dá mas que lo que recibe, que sus alabanzas son humo, entonces es fácil, facilísima la enmienda y corrección. Y más la recompensa por el arrepentimiento cual acabamos de ver con Leontina.

No temais ni os avergonceis jamás por la enmienda, hijas mías, y de seguro no dudareis que hacer, teniendo siempre presente que el *arrepentimiento* es el primero, más útil y mas importante de los deberes cuando la casualidad, nuestras debilidades ó la mala dirección, nos separan de la línea recta que es el camino más corto para llegar á obtener el fin ulterior de la vida, que es la paz y tranquilidad del alma.



## UN MISTERIO CONYUGAL.

---

**V**oy á contaros el principio y fin de una historia conyugal; los dos estremos os la revelarán por completo.

Se trata de un matrimonio lleno de vida y alegría. Pilar era jóven y hermosa, su marido Enrique jóven tambien, modesto y rico en bienes y talento.

Sus respectivas familias y amigos parecian participar de su felicidad, y sin embargo á veces solía notarse en la fisonomía de la jóven algo que no tenía esplicación, su mirada revelaba una tristeza incomprendible.

Diez años despues los dos habian muerto, pero con la diferencia de que ella se

hallaba bajo una losa y él era un muerto para el mundo, pero que respiraba en él; vestido de negro y con el pelo blanco aquel jóven visitaba todas las tardes, en compañía de dos hermosos niños, la tumba en que yacía la madre de estos desgraciados.

— ¿Cual fué la enfermedad que la llevó al sepulcro? nadie lo sabia ni nadie se atrevia á preguntárselo, ni el acaso hubiera podido dar una contestación satisfactoria; solo cuando las circunstancias le obligaban á hablar la elogiaba con fuego y entusiasmo, elogios que revelaban el profundo y delirante recuerdo, causa de su abatimiento y desesperación.

La gracia y virtudes de Pilar fueron populares y aun envidiadas, inmensamente sentidas por él, llamado especialmente á conocerlas y apreciarlas; los mas íntimos amigos fueron testigos irrecusables de la bondad de corazón, de la fina educación, de la virtud é instrucción de ambos esposos; personas y cosas como que celebraron á su

alrededor su envidiada dicha, su gran felicidad; y aunque estas y las demás bellas cualidades que les distinguían no se hubieran templado en ese fuego sobrenatural que diviniza y estiende sobre la humanidad el magnífico y soberbio rayo de la caridad, fueron sinceras, verdaderas y dignas de toda consideración, y respeto.

¿Por que, pues, aquel inmenso y espantoso velo negro que cubrió la puerta de la casa en vez de aparecer abierta de par en par á toda clase de satisfacciones y alegrías? porque realmente la desgracia había sido y era el único habitante de ella, y á su vez marido, mujer é hijos huéspedes molestos; ¿por qué ni aquella gozó ni estos gozaban ni reían? ¿qué pasaba ó qué había pasado?

Al parecer nada, pero esto era imposible dado el triste espectáculo y la triste realidad que se ofrecía á la contemplación de todos los iniciados ó conocedores de aquella casa, dado que la muerte real y

positiva de la una y la ficticia, mil veces peor que la real de la otra, y la orfandad y desgracia de aquellos dos seres que nada decían al corazón de su padre, no podían menos de llamar la atención del observador mas superficial; y pues es cierto que no hay efecto sin causa, ¿cual podía ser esta?

.....  
 Para nosotros una sola... preguntando, inquiriendo, observando, comparando, llegamos con trabajo á adivinar que la jóven esposa *fué celosa*..... , .....

.....  
 Son los celos el mayor de los males y el que menos interés inspira; sin embargo, el celoso es objeto de compasión de los que han padecido los horribles tormentos de esa pasión y han tenido la suerte de curarse de ella; mas en prueba de que son el mayor de los males no hay sino recordar que casi siempre les acompaña el interés y la envidia, el orgullo y la ambición, y les siguen en fúnebre cortejo el habitual

---

fruncimiento de cejas, la tristeza, la opresión ó las mas violentas palpitaciones, un color pálido é ictérico y una calentura lenta, una irritación intestinal ó una melancolía consuntiva que lleva sin sentir al suicidio ó al asesinato, á la locura ó á la muerte.

¡Desgraciados los que sufren!

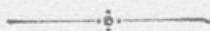
El caso que acabais de oír es completamente histórico.







## LA PASIÓN DEL ORO.



Cuando el hombre se materializa por completo no reconoce otro Dios que el dinero.

(Portal. Politique des lois.)



oy á describiros uno de esos repug-  
nantes tipos, tormentos de la socie-  
dad que les tolera porque sus leyes no les  
alcanzan, que les sufre porque sus hechos  
y delitos se elaboran en el silencio y la  
oscuridad, que les teme y respeta por sus  
torpes é inactivas riquezas. Además y des-  
graciadamente la sociedad rinde ciego tri-  
buto al que tiene, y ni inquiere ni pregun-  
ta, ni le importa saber de donde viene, ni  
á donde va con aquellas; y pues sus leyes  
no evitan este y otros cánceres sociales  
efecto de la imperfección de su organismo,

y pues ese tipo ha existido, existe y existirá siempre, y pues el único remedio moral no se halla al alcance de todos, voy á describirosle, tomándole de uno de los mil escritos que de él se han ocupado, y adornándole con lo que la realidad de la vida me ha permitido observar, á fin de que lo conozcais bien aunque con el temor de no ofreceros un fiel y exacto retrato fotográfico, pues para ello se necesita un talento de que carezco, tan grande é inmenso como grande é inmensa es su desenfrenada pasión.

Trátase de una familia sumamente rica, compuesta de padre, madre y una niña de diez y seis años, bella y hermosa como lo son todas á esa edad, que habitaba un magnífico palacio en la calle de la Paz, y tenía y gozaba cuanto podían desear. Las mujeres eran, humanamente hablando, felices y dichosas: el hombre á quien la sociedad distinguía con el tratamiento de *muy ilustre señor*, porque siendo rico no po-

día menos de tener talento, distinción con que se engalanaba sin cesar  *cubriendo su súa mercancia* bajo ese pabellón, era otra cosa; de caracter reservado, triste y mediatubundo, hacía tiempo que venía dando pesares á aquellas santas mujeres que ni podían esplicarse la causa, ni menos darse cuenta del cambio que sucesivamente iban notando en él.

Asi las cosas, llegó un día en que un jóven apuesto y galan, de brillantes cualidades pero de escasa fortuna, pidió la mano de la hija, y aunque esta y su madre se mostraron inclinadas á concedérsela, el padre no solo se opuso resueltamente echando la culpa á la hija, sino que aquella misma tarde dió las órdenes oportunas para reducir los gastos de la casa. La sorpresa primero y la tristeza por último se apoderaron de aquellos inocentes séres.

Meses despues las anunció que había vendido todas sus posesiones, incluso el *hotel* que habitaban. La pasión de D. Jose,

que así se llamaba nuestro héroe, iba apareciendo cual las nubes precursoras de hórrida tempestad, que primero dejan entrever un punto negro en el espacio, despues oscurecen el horizonte y tras un ruido sordo y lejano acaban por deshacerse en truenos y relámpagos. Imperceptible en su principio seguía tomando cuerpo, y como aquellas no podia menos de concluir con todo el furor de una espantosa locura.

Vendidos los coches y caballos, despedidos los criados, desterrado el lujo y suprimido sucesivamente todo, casi hasta la luz, la economía se había convertido en miseria, el gigantesco monstruo destruía aquella casa feliz como la tempestad destruye la mies que el afanoso labrador se halla á punto de recoger.

\* \*  
\*

Mas el fenómeno consistía en el destino que al dinero, producto de tantas y sucesivas ventas, diera el D. José, puesto que

lo cierto, lo únicamente positivo, fué el que una vez vendido todo, la familia desapareció como por ensalmo para reaparecer al cabo de tres años en una casa de extraño y lúgubre aspecto de uno de los pueblos mas reconditos de la comarca.

Alli encontramos de nuevo á doña Josefa y su hija Luisa, recordando su vida anterior, llorando ó riendo segun que la esperanza las entristecía ó reanimaba, alli al D. José en quien la muerte parecía haber tomado asiento sobre su frente como una reina sobre su trono: subyugada su conciencia al despotismo del dios oro parecía como pedir el resto de su fortuna á aquellas criaturas espantadas que en las torvas miradas del gran sacerdote leían las acusaciones de su idolatrado ídolo.

Y á la verdad que su frente era cada vez mas sombría, su génio mas inflexible, su mirada mas suspicaz y sospechosa. ¡Pobre madre y pobre hija cuyas vidas eran un continuo sobresalto! cuyo estado moral

un verdadero infierno, cuyo porvenir un misterio impenetrable! lloraban y lloraban con razón — «Prepárate á grandes desgracias, decia la madre á la hija, no se lo que nos sucederá, pero todo lo temo porque todo lo que nos ocurre y rodea lo revela.»

Y era así, D. José reducía cada vez mas los gastos; las decia que la sobriedad prolonga la vida, que los excesos de la mesa producen graves enfermedades, que el fuego debilita las fuerzas, que si hace calor ó frio debe sufrirse á fin de no contrariar á la naturaleza, que el lujo enerva y esteriliza á la mujer... economizaban hasta el aire de la habitación, ahorraban hasta la palabra; D. José temía dar los buenos días por miedo de dar alguna cosa; doña Josefa y su hija apenas se atrevían á hablar en su presencia para no obligarle á escucharlas.

Un día este se estremeció ante la idea de separarse del oro que contemplaba con avidez... ¿qué hacer, pues? guardarle en una cómoda ofrecía el peligro de que una

llave falsa... así es que cuanto más pensaba mayores eran las dudas que le asaltaban, más grande su vacilación... por fin decidióse por guardarle en una arquimesa, llena de secretos, que tenía en su alcoba, y cuya llave, cual farmacéutico con la del escaparate en que guarda sus venenos, no abandonaría jamás; así podría contemplarle y aun palparle al acostarse, al levantarse, una, dos ó más veces al día ó por la noche, más como no contaba con la Providencia, en vez del placer que se prometía estalló el temor con más fuerza y vigor; temió que algunas monedas pudieran escurrirse ó desaparecer por las aberturas de la arquimesa, desconfió de su propia sombra, y aunque parezca mentira, sospechó de aquellas inocentes criaturas que tantas pruebas de abnegación y prudencia, de cariño primero, de respoero después, y por último de miedo y sacrificio, le venían dando.

Al preguntarle la causa de su temor no

hubiera sabido que contestar, y si embargo la respuesta era fácil porque la adoración del becerro de oro contiene profundidades que reclaman la soledad, y el misterio es causa del placer que suelen producir; lo cierto fué que un día se le ocurrió el desdichado pensamiento de ver que harían despues de muerto, y fingiéndose estremadamente enfermo dió voces, aquellas acudieron y lo encontraron tendido, sin aliento, casi cadáver, en medio del cuarto, y al comprender doña Josefa que los cuidados que su inteligencia ya que su cariño le prodigaban eran inútiles, encargó á su hija que no se separase de allí mientras buscaba y traía un médico; mágica palabra que resucitó á aquel hombre que al fingirse muerto no había previsto esta contrariedad y menos la de tener que pagar á un doctor.

Quiso hablar y la lengua se resistió... era natural, sus miembros yertos y ateridos sufrían un principio de ataque epiléptico... necesitó hacer un supremo esfuerzo, pero

lo hizo, y así pudo disimular un tanto la enfermedad; impedir la visita del médico, y lo que mas le interesaba dirigir una secreta y codiciosa mirada á su idolatrada arquimesa... pero ¡justicia divina! al cesar el ataque la inquietud aumentó extraordinariamente; creyó que Luisa había sorprendido sus miradas, estaba vendido, su miserable plan lo había descubierto todo.

¡Desgraciado! no podía concebir que la actitud de aquellas infelices era la de dos inocentes víctimas que paulatinamente habían descendido desde la altura de su inmensa fortuna á la más repugnante abyección; que de la abundancia habían pasado á la medianía, de la medianía á la pobreza, de la pobreza á la miseria, y que tristes y acobardadas se preguntaban con la vista por sus millones, y mutuamente se decían: «es indudable que en alguna parte los oculta *ese hombre*», gráfica espresión por la que se designa al que en vez de amar se detesta.

Ante situación tan difícil ya no podía

---

satisfacerle la arquimesa con sus secretos; la casa tenía una bodega y en ella un sitio seguro y apropósito; en él depositó su dios con todas las precauciones posibles, y á él descendía una ó más veces por el día ó por la noche, que el fervor del asceta siempre vá en aumento; alli y ante aquella ara santa saboreaba con una especie de gusto acre, producto de las voluntarias privaciones que imponía y se imponía, el extraordinario placer de contemplar la ruina de su hogar, sobre el que la divinidad amarilla había fijado la destructora mirada que señala la víctima.

¿Qué mejor sacrificio hubiera podido ofrecer á su terrible y espantoso Moloch?

\*  
\*\*

¡Oh! ¡era de ver cómo se preparaba para el acto religioso de visitar á su ídolo! en sus movimientos había algo que se parecía al pudor de la adoración, se ocultaba al bajar, disimulaba la subida é inventaba

frívolos pretextos, que el fuego de sus ojos desmentían, á fin de engañar á aquellas pobres mujeres que en su desesperada situación hubieran preferido mil veces ver devorada su fortuna por un desastre cualquiera antes que ser sacrificadas por el que las hacía sufrir los dolores de la tierra y los tormentos del infierno; solo descansaban mientras este se hallaba en presencia de su idolo, entonces gozaban recordando los bienes espirituales y temporales que las había devorado: «cuán felices, se decían á sí mismas, seríamos, si *ese* hombre nos amara»; la hermosa Luisa vislumbraba á su alrededor los pobres alegres y satisfechos recibiendo de sus manos lo necesario, útil y aun lo agradable; la santa doña Josefa soñaba con el porvenir de su hija, veíala casada, querida y adorada por un hombre honrado y de talento... ¡engañosa ilusión! pero única grata al corazón de una buena madre.

En tanto D. José de rodillas ante su

ídolo le ofrecía su vida y la de sus mujeres que no hay triunfo sólido y seguro sin sacrificio; por esto todas las fuerzas humanas no hubieran bastado para arrancarle una sola moneda, por esto las contaba y recontaba con los ojos inyectados en sangre; por eso al cerciorarse de que ninguna faltaba se apretaba el pecho para calmar los latidos de su corazón; por eso cuando una vez se hirió levemente un dedo al examinarlas con precipitación, contempló con indecible placer la gota de sangre que arrojó. La sangre y el oro se habían abrazado y aquellos abrazos devoraban y eran devorados á su vez.

Hay en las pasiones diferencias accidentales y semejanzas esenciales: cuando estas destruyen aquellas ó cuando una domina á las otras ocurren cosas increíbles. La naturaleza humana, cual la tierra en sus trepidaciones y sacudidas, se entreabre y deja ver los abismos. Una tarde extasiado don José ante sus monedas, un ligero vahi-

do le hizo tropezar y rodar sobre ellas; al ruido que produjeron al desparramarse se despertó de nuevo en su alma la maldita idea del robo. La impresión fué instantánea y dolorosa, un sudor frío bañó su frente, cubrió con su cuerpo el tesoro como para defenderle y por su pensamiento pasó esta escena como si hubiese realmente sucedido. Una vez tranquilizado achacó el ruido á algún ratón puesto que percibió en un extremo un agujero; el escondite pues no servía ya, era preciso reemplazarle; preocupado con esta idea, que se imponía voluntariamente, volvió á contar; al terminar la operación se quedó helado, faltaba una moneda; ante ella el tesoro no era nada, la moneda lo era todo, de buena gana hubiera dado aquel por esta; volvió á contar y la misma falta, reprodujo la operación y faltaban dos.

Después de un rato en que solo Dios puede saber lo que pasaría por aquella alma podrida exclamó: «Calma, Pepe, tus facul-

---

tades se hallan alteradas, el robo es imposible, nadie se hubiera atrevido á ejecutarle en mi presencia, el ratón imposible tambien, sin embargo necesito una caja de hierro grande, fuerte y que aleje todo cuidado y peligro», y se retiró despues de encerrar su dinero.

Al siguiente día anunció á su mujer un corto viaje, aquella misma noche salió disfrazado de pordiosero, tres días despues se hallaba en la ciudad; *in continenti* recorrió los comercios y ante la presencia de infinidad de cajas de todos precios y tamaños despertóse en su mente singular combate; era la vez primera de su vida que sacrificaba el oro á su conveniencia; no ignoraba que cuanto más cara fuese más seguridad ofrecería, pero sabia mejor y le halagaba más la idea de que fuese más económica, pues así gastaría menos; pero como la imagen del ladrón no le abandonaba cerró los ojos, ahogó la respiración, y loco, delirante, no oyendo ni sabiendo lo que hacía ni

decía, realizó el trato, que le produjo el mismo efecto que el cloroformo produce en una operación quirúrgica.

La caja era soberbia, tenía un candado, compuesto de letras movibles, que solo podía abrir quien conociese las palabras con que se quisiera cerrar; una vez en su poder se preparó para la vuelta, la metió en un tonel que pudo proporcionarse, alquiló una carreta y vestido de carretero emprendió el camino redoblando las precauciones por si alguien pudiera observarle ó sorprenderle. Cuando el tonel entró en la bodega, don José respiró como si hubiese salido de una batalla. Había terminado el viaje con toda felicidad.

A los dos dias realizó con toda solemnidad el trasiego de su tesoro; volvió á repasar las monedas y no faltaba ninguna; nueva sorpresa que le trastornó aun más que la primera, pues si no era posible la restitución por parte de un ladrón, lo era por parte de las que obligadas por la mi-

seria la habrían estraído, y arrepentidas ó temerosas la devolvían: «Como quiera que sea, se dijo, ahora [terminan para siempre estas dudas y temores, el porvenir queda asegurado]; así se espresan en general los hombres cuyo próximo fin se acerca; olvidan que lo provisional es por desgracia la triste condición de la humanidad.

\*  
\* \*

Encerrado ya el oro en la caja empezó á bullir en su mente una cuestión importantísima, trascendental: debía buscar palabras para componer el candado pero con la precisa condición de que se identificasen al oro y fuesen para la caja lo que este para la naturaleza; palabras sagradas, y por consiguiente difíciles de hallar, por lo que después de cavilosas vacilaciones resolvió constataran de cuatro letras y fueran renovadas diariamente.

La primera elegida fué la palabra *onza*, la segunda *duro*, la tercera *caja*; nuestro

hombre bajó á la cueva tres días consecutivos, abrió y cerró la suya con facilidad, y pensó que aunque se posea aun se puede desear mas.

—Eso es *mio, mio*, se decia, y durante toda una semana repitió la misma operación alternando con las palabras *amor meus*; por fin pasando de la práctica á la teoría concluyó por deificar su oro empleando la palabra *Dios* con tal oportunidad que al entrar como de ordinario al día siguiente en la bodega se quedó absorto, estático, sin sentido; un sudor frío se apoderó de su cuerpo, quiso gritar y no pudo, hizo esfuerzos supremos por dominarse y con gran trabajo llegó á balbucear: «no, esto no es posible, lo que me pasa es un sueño,» y palpándose parecía como interrogar á alguien, pero la realidad le contestaba:

«*Para siempre has olvidado la palabra, la buscarás en vano, jamás volverás á abrir tu caja.*»

¡Que situación! aquel hombre se me-

saba los cabellos, daba con su cabeza en la la caja, y aunque el dolor físico le producía sensaciones varias el dolor pasaba, y volvía á hundirse en el océano de la mas espantosa desesperación, en un océano sin nubes, ni olas, ni accidentes; provocando la locura pretendía acallar su conciencia, pero la locura no venía; en fin, aquel hombre que era imposible creyera en Dios, quería orar, mas como la oración significa esperanza, no oraba, porque la esperanza como toda noción de virtud había huido de él hacía mucho tiempo.

Al cabo salió de su escondrijo é instintivamente procuró ocultarse, mas llegó la hora del almuerzo y apareció en el comedor afectando una serenidad de que carecía; al verle su hija lanzó un prolongado suspiro y echó á correr en busca de su madre; al volver con esta ella no pudo menos de exclamar: *¡Dios mio*, perdonadle! exclamación que si pudo estremecerle no le recordó la palabra; ¡tanto había cambiado aquella fiso-

nomía y aquella alma de hielo desde la noche anterior!

Escusado es añadir que el desayuno fué triste y angustioso; ellas casi se atrevieron á hablar, mas él escuchó con afán, pues desde aquel fatal momento la conversación no podía menos de interesarle; ellas se retiraron á seguida, él cogió un libro y leyó aunque en vano; le reemplazó por otro religioso y la palabra no estaba en él; le sustituyó por un diccionario menos aun; al llegar á la I tropezó con la de *ídolo* y creyó que era la palabra, pero bien pronto conoció que no era; con ella y aun con otras le sucedió lo que á los niños en cierto juego de prendas, *que te quemas, que te quemas*, se acercaba á la palabra y la palabra huía, y se hundía en la inexorable noche del eterno olvido.

—¡Ah! *Dios mio*, se decia interiormente, pero esta exclamación no contenía la palabra; ¡*Dios mio!* ¡*Dios mio!* repetia sin cesar aunque en vano, porque para su espíritu como

para su oído el sagrado nombre de *Dios* no era una palabra, era un grito; no era posible que su memoria encontrara lo que sus labios pronunciaban puesto que carecía de sentido y hasta de sonido para él... «*mañana*, añadía, *mañana* la encontraré ó sino moriré,» y en cierto modo tenia razón porque las situaciones violentas suelen descubrir las cosas mas estrañas, á veces levantar la punta del velo que oculta lo desconocido: nuestro héroe preveía que se acercaba á todo andar el instante supremo.

En cambio, ¡providencial coincidencia! su hija Luisa, presa en su cuarto de dolorosa y febril agitación, exclamaba al mismo tiempo: ¡*Dios mio!* ¡*Dios mio!* no puedo mas ¡*Dios mio!* perdonadle y perdonadnos; es decir, padre é hija exclamaban á la vez ¡*Dios mio!* ¡pero de cuán diverso modo! para el padre aquella exclamación, era menos que una palabra, era un grito que se escapaba de un corazón muerto, para la hija era mas que una idea, mas que un sentimiento que

brotaba de un corazón vivo, era el alma entera que al espansirse y suplicar oraba con fervor.

D. José había huido de *Dios* y aquella sacratísima palabra vengaba á este que á su vez huía de el que para consolarse apelaba al *mañana*, *mañana la encontraré....* ¡insensato! apelaba á la esperanza, cuando la muerte y desolación le rodeaba y seguía por do quier... *¡estaba escrito* que el mañana no llegaría!... y así sucedió.

Un dia ciego, aturdido, cansado de inquirir y preguntar á todos, de buscar é interrogar por todas partes, sin saber que hacia é impulsado acaso por la venganza, descendió á la *bodega*; y allí, en desigual y fatidica lucha con aquella caja infernal, la arroja por el *suelo*, procura romperla pero las fuerzas le faltaron, y desolado, jadeante loco, los ojos inyectados, secas las fauces, pide agua, agua y una botella que contenía un líquido destinado á la limpieza de las monedas se la ofrece con tal oportunidad que

alargando el brazo la coje, bebe y á poco balbucea un ¡DIOS MIO! que despierta sus sentidos, eriza sus cabellos, petrifica sus miembros...

Aquel hombre encontraba la palabra que con el anhelo y la paciencia de la mas suprema desesperación habia buscado, pero la encontraba en el instante mismo de empezar á sentir los efectos de líquido corrosivo, que al despertarle en tan supremo momento era para atormentarle mas y mas con el recuerdo de las muchas veces que la habia repetido en balde.

El desgraciado avaro, el vil *Harpagon*, murió como habia vivido.

\*  
\*\*

Renunciamos á describir la escena que por última vez debió ofrecerse á la vista de sus inocentes víctimas, como renunciamos de buen grado á reproducir por escrito la multitud de reflexiones que con tal motivo se agolpan á nuestra mente.

Sin embargo, no terminaré, hijas mías, sin advertiros que si alguna vez tropezais en la carrera de la vida con un *avaro*, mas ó menos avaro que este importa poco, y desgraciadamente tropezareis con muchos pues es un tipo que se halla en todas las etapas sociales, huyais de él como el hombre sano huye del leproso, como la jóven pudorosa huye de la mujer pecadora, como el malo huye del bueno, porque como acabais de ver esa planta mortífera carece de patria, desconoce la familia, niega á Dios.

Como acabais de ver, su unico ídolo es, como dice San Pablo, la plata y el oro; sus afectos, sus actos, su vida entera, hasta su propia salvación, se refieren única y exclusivamente á tan ruin objeto, y aunque es verdad que como enemigo de Dios, de la sociedad y de sí mismo, llega en justa compensación á ser su propio verdugo, huid de él porque la atmósfera que respira es impura, su *pasión* destruye la virtud, envenena las cualidades hermosas, puede inducir al crimen,

es la mas odiosa y repugnante de todas; huid, huid de ella, como de él siquiera por la sociedad á que perteneceis y debeis servir, seguras de que huyendo de esa y demas pasiones exageradas la sociedad os verá con singular placer, ser en la mas genuina y verdadera significación de estas palabras: *avaras* de conformidad con lo que Dios os dé, *ambiciosas* de modestia y humildad; *orgullosas* del bien que dispenseis.





## UNA LIMOSNA POR EL AMOR DE DIOS.

---

### CUENTO CAMPESINO.

**E**s la caridad un don divino, virtud que procede de la gracia, que une el alma al Señor como á su soberano bien, y ama á los hombres por el amor de Dios.

Un hecho ó leyenda de todos los días, así de ayer y hoy como de mañana, lo confirmará plena y satisfactoriamente.

Se trata de un pueblo de la llamada *tierra de Campos*, verdadero granero de Castilla; de uno de esos pueblos tan ricos en excelentes cereales como escasos de agua, arbolado y piedras, en los que aun se conservan costumbres de tiempos que pasaron para no volver jamás.

---

Una de estas consiste en solemnizar con gran pompa y aparato el santo titular del pueblo ó villa; fiesta popular cuyas costumbres, lujo y diversidad de funciones hacen de cada pueblo un gran centro de mercado y de reunión durante tres dias y de todos los que contiene tan estenso territorio; un conjunto de romerías que por sus diferencias características y sus especiales y primitivas é infantiles diversiones son dignas de estudio y meditación.

Una de las costumbres más generalizadas en estos días es la *comida* de familia que dá el jefe de la misma, y á la que asisten no solo sus individuos, chicos y grandes, próximos ó remotos, con sus respectivos domésticos y servidores, sino los amigos más íntimos que carecen de aquella.

Es una comida verdaderamente patriarcal en la que no falta el tradicional arroz con leche, y la especialidad del pueblo, pues cada uno tiene algo que le distingue de los demás en artículos de comer y es-

pecialmente en *golosinas*, como bollos, roscones, pastas, mantecadas, miel, tortas, empanadas, etc. Y es casualidad, todos los santos titulares de esos pueblos caen en los meses de Junio á Octubre, época de recolección y de trabajo constante, afanoso y hasta nocturno, que solo se vé interrumpido los días *de fiesta* por la mañana.

\*  
\* \*

En uno de esos días, 13 de Junio, San Antonio, se hallaban reunidos alrededor de una larga mesa un labriego, anciano respetable que la presidia, bastantes chicos y muchos hombres y mujeres que participaban de la alegría de aquellos; parecía una familia feliz; solo uno permaneció silencioso y meditabundo, era el abuelo, el jefe y presidente de aquella numerosa reunión de parientes y amigos, cuya tristeza como la sombra en las montañas al ponerse el sol, fué poco á poco estendiéndose por toda

la mesa de tal modo que al concluir la comida hasta los niños se mostraban inquietos y desasosegados; parecía que les pasaba algo y que no podían darse cuenta de ello.

En situación tan angustiosa tomó por fin la palabra una hija de aquel venerable anciano, y le preguntó:

- ¿Os sucede algo, padre mio? os miro y me estremezco sin saber porqué, vuestra fisonomía tiene algo...

—No, no, hijos míos; pensaba en que acabamos de comer y todavía no nos hemos acordado de los pobres; antiguamente, en los tiempos de Mari-castaña, en aquellos tiempos del oscurantismo y las cadenas, cuando yo era como vosotros, añadió dirigiéndose á los niños, se servía primero á los pobres, se les daba una buena y succulenta comida y al concluirla el más pequeño de nosotros les ofrecía el plato más esquisito de la nuestra, y de postres las *rosquillas* de San Antonio; despues comia la familia, y así se esplica el cómo entonces

la alegría no tenía límites; honrando á los pobres honraban á Dios.

Hoy ya es otra cosa; por esto quiero contaros una historieta que oí á mi abuelo tal dia como hoy: ¡hace ya tanto tiempo, hijos míos, que me dá miedo recordarla! ¡como que entonces era yo el más niño de la familia! pero os la contaré con gusto por si acaso algun dia, el más pequeño de vosotros, tú, por ejemplo, Antoñito, llegas á ser el mas viejo y reproduces á la nueva familia esta añeja conseja recordándome en este santo dia como yo recuerdo á mi bueno y honrado abuelo.

— ¡Ah! exclamaron todos los pequeñuelos, ¡una historia, una historia!

— ¿Pero es verdadera, abuelito? preguntó Antoñito.

— Sí, hijo, sí, replicó este, tan cierta como cierto es que yo hice la misma pregunta que tú; tan verdadera como verídico es el recuerdo de lo que como á mí me sucede en este momento le sucedia á mi

antepasado; era su afectación tal que casi podía hablar; al principio trabábasele la lengua, balbuceaba. . pero á mí ya se me pasa, añadió limpiándose con el pañuelo la frente.

\*  
\*\*

«Oid pues: existían en el país muchos pobres como existen y existirán siempre por todas partes; entre ellos se distinguía uno llamado el *mendigo* porque carecía absolutamente de todo por lo mismo que todo lo necesitaba; los demás pobres eran ricos á su lado, iba de puerta en puerta con su morralillo á la espalda y un palo en la mano; en todas partes se le encontraba, en las puertas de las iglesias, en los caminos, en las eras, y en todas partes pedia de todo, pan, vino, agua, ropa, un ochavo, porque como he dicho no tenia nada y de todo necesitaba.

»Era un mónstruo de pobreza; lo que los demás pobres poseían él lo desconocía;

á veces se desmayaba y caía, á veces se le ahogaba la voz en la garganta, y cuando no, en vez de suplicar gemía; cuando se acercaba ó llamaba en los zaguanes, le die-  
ran ó no, hacia una señal con el palo y se retiraba silenciosamente.

»Un día, el mismo que hoy, el 13 de Junio, en que nuestro pueblo se viste de gala para celebrar la festividad de su patrón, hacía frio y aun llovía, pero en el interior de una casa bastante lejos de aquí (me parece verla en este momento) se comía, se bebía y se reía; lo mismo, exactamente lo mismo que vosotros ahora, pero de repente suena desde la puerta una voz lúgubre y débil, era la del mendigo que oía las carcajadas del festin; acaso pensaba en aquel instante que su mujer le aguardaba con ánsia para pedirle lo que habia recogido, porque en la vida de los pobres hay golpes y contra golpes de dolor desconocidos. La miseria que se vé es el velo que oculta la miseria que no se vé; se necesita emplear

grande y profunda atención y poseer una alma muy bondadosa para adivinar en parte ó á veces el dolor que se oculta bajo las súplicas y los harapos de un pobre.

»Nuestro *mendigo* pidió con voz desgarradora una *limosna por el amor de Dios*, y la pidió varias veces sin que primero, nadie le hiciera caso, y despues cuando los de dentro se cansaron de oirle le despidieron bruscamente. El pobre insistió y los de dentro insistieron en su negativa; á las importunas súplicas contestaron con la amenaza, á esta siguieron los hechos, y los perros de la casa por un lado y los chicos por otro le ahuyentaron é hicieron pasar un mal rato.

»Por fin el dueño llamó á los muchachos, murmurando por lo bajo: «jamás se acabaría si hubiera que estar dando á cuantos piden en este dia, y cuidado que el tal hombre es más pesado que el plomo, ¡qué cargante! ¿si creerá que es el único pobre que existe en el pueblo?»

»Reunidos de nuevo los chicos y ya dentro de la casa, volvieron á sus gritos, y á sus bailes y saltos, alrededor de la mesa que tan gastrónomo espectáculo les ofrecía.

»Muchos años despues el pueblo había cambiado bastante merced á las guerras, miseria y mudanzas naturales y propias de los tiempos; el pueblo se había estendido hácia el Mediodía y la casa en donde había sucedido lo acabado de narrar se habia convertido en tierra de pan llevar.

»Un labrador imprudente y codicioso quiso sacar del terreno todo el partido posible, y con su arado y sus bueyes trató de arar la tierra, pero sucedió que los bueyes se resistieron, que á medida que se acercaban manifestaban sórdida inquietud, que aguijoneados por el labrador se enfurecían y por último uno de ellos se encaró con el amo por obligarle á trabajar en un lugar maldito; el labrador procuró apaciguarle, pero el buey, á pesar de hallarse uncido le dió un topetazo y le arrojó á corta distan-

cia. El desgraciado labrador se levantó como pudo, y aturdido y magullado abandonó la tierra.

—»Pero, abuelito, exclamó uno de los nietos, el labrador era inocente...

—»En efecto, contestó sonriéndose este, aquello fué una advertencia, no un castigo; advertencia que aprovechó el infeliz labriego, y que os dice elocuentemente, hijos míos, á vosotros que aun no sabeis lo que es tener necesidad ¡y plegue á Dios que nunca lleguéis á saberlo! que jamás prescindais de lo que la esperiencia y la edad os aconsejen, y puesto que vuestro abuelito se halla próximo á dejaros en este desgraciado mundo, oid lo que el suyo le dijo y recordadlo siempre, como veis que todavía lo recuerdo yo: «si un pobre llama á vuestra puerta ese pobre os dispensa un singular favor porque al reservarse el Señor á los pobres quiere que vosotros le reemplacéis cerca del que os pide con humildad una *limosna por el amor de Dios*», vuestro deber consiste en

corresponder á ese favor procurando no se vaya desconsolado porque pudiera suceder que la tierra se abriese á vuestro paso ó que algun buey os revolcase en ella».



Al terminar nuestro héroe su narración un profundo y prolongado silencio reinó entre aquella familia antes tan contenta y alegre, silencio hijo de la meditación y no de la tristeza, que fué interrumpido por sucesivos aldabonazos á la puerta que pusieron en movimiento á todos los presentes y en especial á los niños que en tropel se lanzaron á ver quién era.

Era un pobre que venia á recordarles lo que en aquel festin faltaba; por eso no es extraño que todos los convidados le recibieran con cariño, que los padres le improvisasen una variada y apetitosa comida, y que á los postres el más pequeño de los niños le ofreciese un plato de arroz con

leche, y la más pequeña de las niñas unas cuantas rosquillas de San Antonio.

¡Oh! si la caridad que es la única que une los hombres entre sí á Dios, que conoce y practica el sacrificio, que sabe dar una y muchas veces, reinase sobre la tierra, la humanidad vería reaparecer los dias felices del antiguo *eden*.

Llamadas en la vida, jóvenes amables, á mandar ú obedecer, obligadas á hablar, callar ú obrar, sea el que quiera vuestro futuro destino, que la caridad, santa y sublime virtud, os inspire y guie por los tortuosos senderos que recorrais, pues sin ella la vida es estéril para el bien espiritual; lo es tanto ó mas para el bien material; las obras que no dirige desaparecen con el interés pasajero que las produce; la amistad que no preside concluye con el efímero motivo que la dá vida; hasta la misma *fé* carecía de precio porque sería una obra muerta.

¿Sabeis lo que San Pablo decía á los

corintios?... oídllo y no lo olvidéis tampoco:  
 «si yo hablara las lenguas de los hombres  
 »y de los ángeles y me faltara la caridad  
 »sería como el bronce que resuena ó como  
 »el címbalo que mete ruido; si tuviera el  
 »don de la profecía, la inteligencia de los  
 »misterios, una ciencia universal y la fé  
 »necesaria para trastornar las montañas, y  
 »me faltara la caridad no sería nada; y si  
 »distribuyera mis bienes entre los pobres  
 »y hasta entregase mi cuerpo para ser que-  
 »mado y me faltase la caridad de nada me  
 »serviría todo eso.»







# PATOLOGÍA MORAL

DE

## VARIAS ENFERMEDADES REINANTES.

---

*Mille malé species mille saluti erunt.*

(Horacio.)

oy á variar de rumbo, rindiendo pequeño tributo al *per troppo variar natura é bella*, redactando un artículo que, si al presente no, acaso comprendáis mejor en lo porvenir, allá en aquella época en que vuestra edad y vuestra esperiencia permita recordarle con mas gusto, acaso volverle á leer con curiosidad ó interés.

Además hay otra razón y es que si en verdad los años no pasan en balde, y buena

prueba de ellos son mis gustos y aficiones de hoy tan distintos de los de ayer, los míos corren mas á prisa de lo que yo quisiera, mi afición literaria se agota, me canso ya, y por eso, aunque con pena, me voy á contentar en este artículo con hacer algunas escursiones sobre las enfermedades morales de la época actual, sobre sus remedios, y sino sobre todas y todos que esto sería cuento de nunca acabar, sobre las que mas han fijado mi espíritu cuando en medio de ese mundo falaz y ligero he tenido que desempeñar papeles que el mismo me ha impuesto ó exigido siquiera contrariaran mi carácter; sobre aquellas y aquellos que esa importante y necesaria cualidad llamada experiencia me ha revelado; cualidad en la que deseo me aventajéis si quereís vivir lo mas tranquilamente posible en medio de ese mar porceloso que se llama sociedad, en la que y para la que nacemos, nos educamos y de la que no podemos huir bajo pena de suicidarnos moralmente.

---

Así como la práctica y la verdadera ciencia en medicina solo se adquiere en los cursos llamados *clínicos*, es decir, á la cabecera de los enfermos, estudio que no completará jamás el de los libros, así la moral y sobre todo eso que ahora se dá en llamar *sociología* solo puede alcanzarse y completarse por la observación y la experiencia. Vivir para ver, dice el refrán, sufrir y luchar para aprender y triunfar añado yo, porque las enfermedades del alma no son menos numerosas, ni menos difíciles ni menos ocultas que las del cuerpo, y los psicólogos (médicos del alma) tienen la desventaja de que sus enfermos no contesten á sus preguntas. A muchos hay que sorprenderles y revelarles el secreto de un mal que tienen interés en ocultar, desconocen ó no desean curar.

No falta quien afirma que la observación es cosa poco menos que baladí, dado que su especial mérito consiste únicamente en mirar bien y ver mejor lo cual es patrimo-

nio de todos los hombres, y sin embargo ¡cuán pocos los que, como Larra, Breton y Selgas entre nosotros, se hallan dotados de tan perspicaz facultad! ¡cuán pocos los que, como La Bruyere entre los extranjeros, puedan decir á los demás lo que él dice al empezar su inmortal libro: «devuelvo al público lo que el público me ha prestado!»

¿Será esto debido á que el amor propio gusta no salir de la persona? ¿á que es preferible ocuparse siempre de sí antes que de los demás, ó á qué?

Confieso mi ignorancia; yo no lo sé, ni creo empresa muy fácil determinar las múltiples y variadas causas que á ello contribuyan; lo único que sé, lo que me parece una verdad incontestable es, que es mucho mas facil concebir y ejecutar, sea cualquiera la edad, un trabajo metafísico ó de erudición que unas de esas obras que á parte del talento son hijas de una série de observaciones prácticas, resultado á su vez del tiempo y del constante estudio de los hombres y de las cosas.

Los *Caractères* de La Bruyere, ya que citamos esta obra, así lo acreditan, dicho libro es su vida entera.

\*  
\* \*

Entre los hombres de mas talento que he tenido la fortuna de tratar se encuentra mi amigo D. Pepe, que si no brilla lo que otros es en mi humilde parecer el que mas vale de todos; con su penetrante mirada así interroga al pensamiento como interpreta el silencio de los demás; ningun vicio ó defecto por insignificante que sea se escapa á su buen juicio, y aunque de excelentes cualidades tiene la desgracia de ver siempre el lado feo de lo que constituye el objeto de sus observaciones.

Ha muy pocos dias le encontré en la antesala de un ministro sentado en un rincón y mirando á todas partes, sus ojos y su fisonomía tenían una espresión de ironía y malicia que permitian adivinar lo que por su mente pasaba en aquel momento; me

acerqué á él y despues de los cumplidos de ordenanza me aventuré á preguntarle el motivo de hallarse en aquel sitio tan impropio y repugnante á su caracter.

—Soy, me dijo, médico, y no debe sorprenderte encontrarme en un hospital; hace años me preocupan los males morales que afligen á la humanidad; me hallo en el capítulo de las enfermedades reinantes y vengo á su verdadero y mas importante foco para observarlas mejor, y en especial la del *pretendiente* á cuyo efecto he tomado el oficio, así es que aquí me tienes tras una *cruz* ó una *pensión*, que para mi es lo mismo, pues como no tengo derechos y carezco de esos servicios que se cacarean por lo fino, ni protectores de esos que debieran ser á lo mas protegidos, y que son los que mas valen ó mas pueden, estoy seguro de cual será mi resultado; pero en cambio, y esto es lo que busco, mira, mira alrededor, observa esa apiñada multitud, ¡que de fisonomias tan estrañas! ¡qué contorsiones y salu-

dos tan ridiculos! ¡qué de cartas y cuchicheos! ¡cuánta esperanza al entrar! ¡cuántas decepciones al salir! ¡qué tristeza la de aquellos! ¡qué alegría la de estos!... y en medio de tanta pasión y tanta bajeza, el mérito y la justicia, dime ¿en dónde están?

La estentórea voz de un portero que decía: «S. E. no recibe mas por hoy,» se encargó de interrumpirle ó contestarle; y nos retiramos. Pepito me enseñó sus notas sobre las enfermedades que estudiaba, y yo contento por el permiso que me concedía para estractar algunas en obsequio de vosotras, sí teneis la paciencia de seguirme hasta terminar estos mal perjeñados renglones, medité á la vez sobre la intensidad de un mal que no tiene cura por culpa mas bien de los que dan que de los que solicitan; ¡es tan agradable aparecer como generoso protector sin sacar ni poder sacar un céntimo del bolsillo! ¡y algunas veces tan útil y provechoso disponer de lo ageno con perjuicio de su verdadero dueño en daño

y detrimento de la razón y la justicia, del mérito y del interés público ó privado! Oid;

\*  
\* \*

Un orador célebre, gran personaje por las innumerables palabras (muy bien dichas, eso si, pero muy caramente pagadas por su patria), que han salido de sus labios, y que hace seis años sufre una parálisis de la lengua, hija principalmente de su débil constitución, va recobrando esta poco á poco y como por encanto, si bien se nota todavia cierto embarazo en su parlante órgano, que es de esperar desaparezca á fuerza de ejercicio; desgraciadamente el enfermo acaba de sufrir una recaída complicada con el conoeido y generalizado mal madrileño llamado *crup ministerial*, que hace su estado mas grave para él y mas sensible para los que todo lo esperan de él, que no son pocos; y como el *charlatanismo* político y la *comexon* ministerial son males casi incurables abandonamos á otros el trabajo de buscar

su remedio que para nosotros es difícil por no decir imposible.

También la *fiebre periodística* se ha propagado hace años con increíble rapidez; y no es extraño porque el periódico es en la actualidad no solo refugio *peccatorum*, el puerto de salvación, sino la nave que conduce á la tierra prometida; mas tanto cunde y se extiende, tanto decrece y se desnivela, que la facultad entera que antes creía podía ceder á los remedios lenitivos indicados por hábiles médicos, hoy opina porque debe cortarse de raíz ese mal al primer acceso, si bien no desconoce los graves inconvenientes de este procedimiento, mas á grandes males remedios heroicos.

Lo único que consuela y tranquiliza algo es ver que los efectos de las citadas enfermedades son mas sensibles para los que las experimentan que para la sociedad que las tolera y estudia; y en verdad que es poco envidiable contemplar ciertos triunfos que tarde ó temprano desaparecen cual el

humo que sale por las chimeneas de las fábricas; y ver aquellos pasar bruscamente de una temperatura á otra, y ser á veces por último, víctimas propiciatorias de esa fluxión que se llama arrogancia, y que suele manifestarse por la elevada posición de la cabeza y espaldas, por la tiesura del cuello y de la espina dorsal, y por habitual convulsión del lábio superior que comunica á la fisonomía la espresión de la insolencia y el desprecio. Enfermedades son estas que de ordinario terminan arrojando sangre por las narices.

En el último periodo ha sido notable la curación de gran número de convulsionarios de esas especies, entre los que se cuentan *epilépticos* cuyos principales accesos datan de la célebre época de la *gloriosa*. Aseguran que su maravillosa cura se realiza por la virtud antiespasmódica de una planta de la familia de *las liláceas*, lo que demuestra, que si no debe desesperarse de la curación si evitar en lo posible el contagio, que en

los tiempos de grandes conmociones políticas y sociales las enfermedades del cerebro se multiplican cual nunca; y como despues de la manía y la demencia suele aparecer la imbecilidad, que á nuestro modo de ver es la atmósfera que ahora se respira, poco importa que algunos se hayan curado á fuerza de cordiales porque los mas se agravan, y sobre todo los agravan la multitud de curanderos que se imponen, y tratan ó transigen con aquella.

Tropiezo con otro mal que aunque menos ruidoso es mas *gomoso*, del que voy á ocuparme ligeramente, pues de otro modo seria darle mas importancia de la que en realidad merece; me refiero á aquellos cuya memoria y patriotismo ha desaparecido de un modo incomprensible y por tanto inexplicable, á aquellos que olvidan por completo su país, sus usos y costumbres, su carácter y tendencias, sus gustos y aspiraciones; á aquellos que todo lo importan del extranjero; á esa *pollería* insustancial y ba-

ladí, á esa desgraciada juventud cuyo bello ideal son los pantalones de campana, los estirados cuellos, el sombrero de ala de mosca, la corbata de mil colores, el chaleco puntiagudo, los guantes de piel de perro: á esos *viejos* que se entusiasman y les imitan, cuya *fiebre juvenil* ofrece caracteres muy singulares, pues al olvidar su edad parodian al *gomoso*, y se ilusionan de tal modo que solo las mujeres son las únicas capaces de corregir á los que de ellos y en su ridícula mania á ellas se dirigen; enfermedad estólida y despreciable que hace á los que la sufren el que su mirada sea vaga y estúpida, su andar incierto, su vivir nécio y nulo, hasta el extremo que ignoran lo que quieren, espresan raramente lo que sienten, y en fin, confunden el mal que sufren con el que temen y cuando se proponen curarle es ya muy tarde.

\*  
\*\*

Otra enfermedad, por desgracia muy generalizada en los tiempos que alcanzamos, en estos tiempos de orden y libertad, de absolutismo y democracia, de ignorancia y de progreso, es la *fiebre* AMBICIONAL, fiebre que en algunos llega á la locura, y cuyos enfermos en general todo lo convierten en sustancia, exigiendo que se recompensen hasta los males que han causado, ya consciente ya inconscientemente. Verdaderos *demoniacos* la adulación y la bajeza caracterizan los diversos paroxismos de su enfermedad. De tales *poseidos* es poco menos que imposible librarse; solo sé de algunos que á fuerza de agua bendita lo han logrado, el remedio no será muy eficaz ni oportuno pero no conozco otro.

Precede á esta enfermedad, ó la acompaña, y á veces se confunde con ella, otra desconocida en los pueblos bárbaros, tanto que si á un habitante de las pampas de Asia se le dijera que en Europa existe una clase numerosa de industriales que para

obtener lo que es patrimonio esclusivo del mérito y del talento reducen á preceptos el arte de mentir y de engañar, especulando con la buena fé de los demás, y probando con sus garrullerías, elevadas al cubo, y en contra del axioma matemático, que la línea curva es la mas corta para llegar al fin que se proponen alcanzar, fin que en lo general consiste en pasar lo mas pronto y fácil posible de la miseria á la opulencia, de la indiferencia ó desprecio á las mas altas consideraciones, maravillado de semejantes prodigios no lo creeria.

Y si se le añadiese que para lograr ese anhelado fin hay que comenzar por ahogar los remordimientos y prescindir de la vergüenza, correspondiendo con intamias y bajezas á los beneficios que se reciben, sacrificando si es preciso patria, familia ó amigos, devorando en silencio injurias ó afrentas, riéndose en público de acusaciones y desprecios, alardeando de un carácter maleable ó *armónico*, como ellos califi-

can al suyo, transigiendo con los caprichos de los que esperan ó se prometen algo, ó besando la mano que les abofetea, lo creería muchísimo menos; seguramente el habitante de los bosques, á quien por semejante precio se le ofrecieran palacios y tesoros, pediría con ansia volver á sus bosques y á su pobre cabaña, único asilo en el que la *intriga* es desconocida.

El imperio de esa mortífera enfermedad llamada por el vulgo *intriga*, es en Europa mas grande cuanto mas grandes són sus centros de población; reina, se estiene y perpetua mas ese gusano social, que roe y envenena sus entrañas, cuanto mayor es su respectivo progreso. Autores antiguos la dividen en cuatro clases, *intriga ambiciosa* de que ya hemos hecho mérito, *intriga literaria*, *intriga cortesana* é *intriga política*, de que prescindimos hablar porque *mutatis mutandum* y á parte de su gran parecido, puede decirse de todas que imitan á esos arroyuelos que desaparecen á corta

distancia de su nacimiento y por trabajos subterráneos, imposibles de apreciar ó conocer, reaparecen á muchas leguas de distancia con todo el aparato de un caudaloso rio.

Especie particular de la enfermedad anterior es ese afan de vivir sin trabajar que aguza el ingenio y convierte á muchos hombres en envidiables notabilidades, es esa especie de colera-morbo que en el mundo se conoce con el título de *mendicidad*, y que invade todas las clases sociales; y entendiéndose que al espresarme así no me refiero á los sagrados derechos que el pobre tiene á la piedad de las almas caritativas sino á esa especie de peste tan perfectamente conocida y descrita por nuestro antiguo novelista Mateo Aleman en su célebre Guzman de Alfarache, y en la que el *soi disant* progreso ha introducido tan notables variaciones, y se ha desarrollado y perfeccionado de una manera tan extraordinaria, que ya no es el particular el único que pide ó trafica

sino la misma sociedad con sus suscripciones, donativos, regalos, etc., etc., por lo que pudiera muy bien definirse diciendo que *mendigar* equivale á «pedir con importunidad y á sacar á *fortiori* algo á que no se tiene derecho.

Lepra social que para realizar los felices resultados que se propone, sea la que quiera la clase y forma que se adopte, necesitase gran flexibilidad de riñones, gran dosis de constancia, valor excepcional para soportar riendo las humillaciones y desprecios que su ejercicio proporciona, singular actitud para renunciar, sin que se conozca, á toda clase de independencia en los cargos, empleos y posiciones elevadas; hacer, en fin, lo que á Bonaparte sorprendía cuando esclamaba: «ese hombre tiene ocho pulgadas mas que yo, y sin embargo tengo que inclinarme para oírle.»

Flexibilidad, constancia, valor, dependencia, que ni se aprende ni se adquiere en un solo dia; ¿pero qué importa si así se

alcanza lo que se pide ó solicita con afán? ¡si así se alardea de un talento tan falaz como falaz y engañosa es la necesidad que sirve de pretesto! y que lo alcanza lo sabe perfectamente el *mendigo social* porque sabe que *pobre porfiado saca mendrugo*, porque conoce, y por eso la práctica, la celebérrima máxima de una no menos celebérrima escritora «con paciencia todo se alcanza.»

¡Ah! si aquella santa mujer viviera y contemplase el uso que se hace por muchos caballeros de su célebre frase en pleno siglo XIX! ¡y viera que por ese camino se llega no solo á la riqueza sino á la fama, y que muchos otros hombres, que se tienen por honrados y por sabios, se encargan de celebrar el singular talento de los primeros, ¡qué diría!

La verdad es que así como los naturalistas han ideado sus divisiones de familias, géneros y especies, para facilitar el estudio de su ciencia, así en el orden moral el observador llega fácilmente del mendigo

de la calle al mendigo del palacio sin darse cuenta de las diferencias exteriores que les separan, y eso que las variedades son infinitas, mendigos de pan, mendigos de oro, mendigos de cruces y calvarios, mendigos de teatro y de amoríos, mendigos de nombre ó de favores, la mayor parte á cargo del Estado, todos dañosos á la sociedad.

Contra esa lepra social las leyes antiguas valian mas que las nuestras á juzgar por lo que dicen las historias: al presente se logran grandes resultados por medio de las casas de misericordia y de refugio, de los talleres de trabajo y á veces de las suscripciones, pero no todos los debidos; se necesita algo mas... ¿qué?

Tengo el plenísimo convencimiento de que con una *buena administración* todo es posible al talento unido á la perseverancia é interés social; y con una *buena moral* todo fácil, y mas si sus sanos preceptos y sublimes doctrinas parten de arriba á abajo, del superior al inferior; pero si por des-

gracia ocurre lo contrario, como acaece al presente á mi humilde entender, el mal si no incurable es muy difícil de combatir; á seguir así ¡qué triste porvenir el de las generaciones que sucedan á la actual generación!

\*  
\* \*

En otras notas de Pepito se leía: mas de una vez he sido consultado sobre una estrambótica y fenomenal melancolía, hija del furor ó la *pasión del juego*, á la que he procurado remedios varios, principalmente para restablecer el equilibrio de los humores de los que la sufren, pero en vano porque siempre fueron rechazados mis preceptos, lo cual se explica perfectamente porque las declamaciones de un moralista ó los anatemas de un predicador se estrellan siempre ante los hechos, hábitos ó tendencias abusivas, detras de los que es muy comun hallar algun nécio ó algun bribon, porque si la esperiencia, el deber ó el cariño dan la

voz de alerta tratándose de otros placeres, y esa voz es cuando menos escuchada, la pasión del juego es la única que se alimenta de sus propios excesos, la única cuyo abuso garantiza su duración, la misma cuyos móviles y deseos son idénticos en el jóven que en el viejo.

Oid un apólogo, que traduzco como Dios me dá á entender, de un fabulista aleman: «en mis escursiones, dice, he encontrado una especie de hombres de extraña naturaleza, que pasan las noches enteras sentados alrededor de una mesa, que devoran con los ojos, que ni comen ni beben, y que aunque cayera un rayo ó combatiesen dos ejércitos á su lado, ó el cielo amenazara desplomarse, permanecerían mudos é impasibles; solo de vez en cuando se les oye proferir sonidos inarticulados que carecen de union entre sí, y les hace pasar alternativamente de la alegría á la desesperación. Jamás olvidaré la terrible espresión de aquellas gentes; en

»sus fisonomias aparecen sucesivamente el  
»temor y la esperanza, la alegría y los  
»tormentos del infierno, pues si creyeráis  
»que esos desgraciados se ocupan de tra-  
»bajos útiles, que buscan la piedra filosofal,  
»que tratan de ilustrar su espíritu ó que  
»hacen penitencia por los delitos que han  
»cometido os equivocaríaís de medio á me-  
»dio... esos desgraciados *juegan.*»

Yo ignoro si podrá ó no estirparse el juego; comprendo lo difícil que es fijar el límite que separa el lícito del ilícito, pero sé que la biografía de los grandes jugadores compone una gran parte de los anales de los tribunales, y que en la historia de las casas de juego se encuentra la causa de infinidad de crímenes, y que ese mal cuyas circunstancias siempre son graves, únicamente puede corregirle la sana moral del individuo y del Estado; que nunca deben olvidar que el más terrible argumento contra esas fatales casas es que aproximan sin sentirlo el inmenso intervalo que separa á

---

la inocencia del crimen, al hombre honrado del malvado ó del suicida.

\*  
\* \*

Pudiera continuar pasando revista á otras enfermedades sociales, al *pesimismo*, por ejemplo, á esa especie de misantropía que todo lo invade y embadurna, que todo lo vé de color negro, para la que el mundo es una caverna, el hombre un bribón ó un estúpido, fraude, mentira ó ilusión las leyes, costumbres, usos y prejuicios; pudiera, muy especialmente, ocuparme en general de la salud de las mujeres, menos sufrida que la de los hombres, de sus *nervios*, *histerismos*, *palpitaciones* y demás al uso del día, pero no, me basta con lo apuntado, porque si á pesar de las observaciones, mas curiosas que útiles, que en el orden físico han hecho los sábios de todos los tiempos á fin de descubrir las causas de las contradicciones existentes en las leyes de la naturaleza, nada han adelantado, nécia pretensión sería

la mia tratar de averiguar en el órden social lo que á todos los sábios les está vedado con justicia y con razón, porque el génio del hombre se ejerce sobre los efectos y no sobre las causas; además que pudiera acusárseme al pedir reparaciones ó criticar detalles que me quejaba injustamente por lo mismo que no me hallo cómodamente alojado.

Mas antes de concluir, y ante los males que de corrida acabo de pasar revista, ocurreseme una reflexión; saludable panácea que recomiendo á mis lectores, parodiando el modo de decir de ciertos políticos de ahora: *prudencia, prudencia y siempre prudencia*, prudencia que mezclada con una seria y constante observación á que le habrá preparado su educación, y con la esperiencia que comunican los años, el hombre podrá salvar los escollos y atravesar mas fácilmente el proceloso mar de la vida.

Jóvenes, antes de realizar tal ó cual hecho, antes de seguir ese ó el otro camino, reflexionad, pedid á Dios, consultad á los sábios y á los viejos, escuchad atentamente su respuesta, no os apresureis que vuestra hora llegará tarde ó temprano; no es el ciego el llamado á conducir á los que tienen vista, no es el que se aparta de sus deberes el que puede agradar á Dios, servir á sus semejantes, adquirir mérito y gloria. El olvido del deber en general, y de los deberes de la profesión en particular, son la causa de los desórdenes que castiga *aquél que todo lo puede.*

Si los hijos del siglo, segun el divino maestro, son mas hábiles que los hijos de la luz para los negocios temporales no son los mas sábios en el gobierno moral de la vida. La ciencia y la virtud, la observación y la esperiencia son los principales medios que Dios nos proporciona para hacernos mejores y mejor poder llegar á *él.*





## EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

---

Á VARIOS AMIGOS. (1)

«¡Vos Señor sois mi rey y sois  
mi Dios!»

(*Psalmos 143.*)

**A**ño nuevo vida nueva, frase vulgar, popular refran que como muchos de nuestro sonoro, armonioso y elocuente idioma encierra una gran verdad, un pensamiento por demás filosófico. En el orden religioso significa que la *gracia* debe ser el móvil de nuestras acciones, si deseamos vencer nuestra flaqueza, si apetecemos los bie-

---

(1) Primero de una serie de artículos que con el título de *Fiestas y tradiciones populares* etc. publiqué en el año 69 en el periódico *Crónica Mercantil de Valladolid*. El siguiente es el último de la colección.

nes espirituales, si aspiramos á la mayor gloria de Dios; y en el civil que debemos realizar las tres grandes virtudes, síntesis de las demás: servir á Dios por medio de una *piedad* inmensa, al prógimo con *justicia y lealtad*, y á nosotros venciendo nuestro desordenado *amor propio*.

La vida de nuestro Señor es una vivísima lección, es un significado elocuentísimo de la interpretación que damos á esa locución castellana de *año nuevo vida nueva*.



El primer día del año es la fiesta de la *Circuncisión* del Señor, ó la Octava de su nacimiento, fiesta antiquísima y solemne por la devoción con que siempre se veneró este misterio; fiesta que recuerda el fin de la ley antigua, introducida para purificar la carne, y que empieza la nueva, la del corazón y del espíritu, fiesta que fija el primer día de la redención del mundo y enseña al hom-

bre lo que es, como debe entender la *humiliación*, y de que modo practicarla.

Es notabilísimo que siendo este día el primero del año civil de los Romanos lo sea del año cristiano; y así debía ser, pues si ese día, los anteriores y aun siguientes, eran celebrados por aquellos con toda clase de escesos y desórdenes, la iglesia debía reemplazar lo pagano de las fiestas con la modestia y devoción propias de la santidad del día, aniversario de aquél en que el *Salvador* redimió al mundo con la primicia de su sangre.

Modestos espositores de las fiestas y tradiciones de los pueblos mas notables en los principales días del año, empezaremos por la de aquel *pueblo-rey*, y de las de otros paganos, para que el lector comparándolas con las que se conocen en los pueblos modernos y de civilización cristiana, note la distancia que separa á unos de otros, aun en aquellas cuyas costumbres son puramente profanas ó sociales.



Los Romanos conocieron varias fiestas que si empezaban á mediados de diciembre no terminaban hasta los primeros dias del año: por ejemplo: las Saturnalia, Opalia, Sigillaria, Compitalia, Juvenalia, Brumalia, Calenda, Strenia y otras. Cada una tenía su carácter particular, las Opalias eran consagradas á la tierra, las *Strenia* á la diosa de la fuerza (1), y así las demás. En todas se bailaba y cantaba por la calle y en las casas se comia hasta la saciedad, y los Romanos, tan supersticiosos, procuraban por todos los medios que los presagios fuesen favorables, con tal motivo se visitaban y se hacian los cumplidos mas lisonjeros, y se daban y recibian regalos, que consistian en dátiles, higos secos y miel blanca, símbolo

---

(1) Parece que esta Diosa tenia un bosque á las puertas de Roma en donde se cortaban las ramas que se ofrecian á Tacio el primer dia del año. Algunos etimologistas creen que dicha palabra procede de la latina (*strenne*) ligero, para indicar la pequenez de las ofrendas que se hacian á los hombres fuertes y valientes.

de que se deseaba á los amigos una vida agradable y dulce, y cuando á veces daban moneda, *Stips*, querían significar que se deseaba fuesen ricos los que las recibían.

Cuéntase que el día de las Kalendas de Enero era la festividad mas solemne; en él se sacrificaban víctimas, se renovaba el fuego en el templo de las Vestales y los laureles en el Capitolio, se juntaban los comicios, se pagaba á los maestros se hacían regalos (*strenna*) costumbre que si antes duraba ocho días Tiberio la redujo al primer día del año, y hasta se ausentaba de Roma para evitar tan dispendiosa ceremonia, y sin embargo dicha costumbre continuó entre los grandes y poderosos que daban y no recibían; costumbre que pasó de lleno á la Edad media y que aun llegó á prostituirse; en esta época se llegó hasta poner en las puertas de las casas mesas con comidas para los pasajeros; lo cual si era notable y piadoso, no así los *aguinaldos para el diablo* que se solían poner en dichas mesas, y que

con el tiempo se convirtieron en regalos á los señores y clérigos por sus feudos, esclavos y dependientes. Así es el mundo, si unos ministros les prohibieron por ser costumbres del Paganismo, otros justificaron aun los aguinaldos para el diablo una vez que eran para ellos!....

\*  
\* \*

Entre los pueblos paganos que mas se distinguen hoy haremos mención de Persia, Japón, China, Musulmanes y Judios.

En *Persia* se celebra esta fiesta (Mou-rouh) con muchísimo aparato en el mes de Marzo, que es cuando empieza el año solar, y en resúmen consiste en hacer descargas de artillería en todo el reino en el momento que los astrólogos anuncian que el sol ha entrado en el signo de Aries; la córte recibe al pueblo, numerosos servidores ofrecen al *Schah* confitura, *Djeneris*, y este les da trigo y dinero, signos de la abundancia y riqueza que desea á sus súb-

ditos. Este uso es general en todas las clases de la sociedad, y cada cual con su regalo en mano esclama: *ayd Morbaek*, tened feliz año.

En el *Japón* se ponen la túnica llamada *Kamisino* que sirve para las ceremonias, y van á visitar á los poderosos. Despues de los cumplidos se ofrecen cajas llenas de abanicos, á los que se unen pedacitos de avabi, *auri marina*, para recordar el modo sencillo y frugal con que vivian sus antepasados. Por la noche gran comida. La fiesta llamada *Sognats* dura tres dias, las visitas y regalos todo el mes.

En *China* se celebran fiestas durante diez dias, dedicadas cada uno á diferentes animales y alimentos. En la noche anterior se terminan todos los negocios, cesa el poder de los mandarines, se construyen teatros de bambú al lado de los templos, se adornan las casas, se compran linternas nuevas, se engalanan las personas; á media noche empiezan los fuegos y detonaciones anun-

ciando que los negocios han terminado felizmente y que empieza *Soomin*, las solemnidades del año.

A las tres de la mañana y despues de una ceremonia en la calle y sobre una mesa, en donde hay un puerco y una gallina asada y un pequeño pot, alumbrado con dos bujías á cada lado, empieza la oración; posternados los habitantes piden al cielo la felicidad para sí y para los que aman; despues toman un alimento; un pastel de carne delicada, saliendo á la calle é inclinando la cabeza hasta la tierra como es uso. Para los niños es un dia deseado, sus bolsillos se hallan llenos de juguetes, pasteles, naranjas, y en un papel color rojo cincuenta monedas de cobre llenas de promesas.

Entre los *musulmanes* es una de las fiestas principales. Su año empieza tambien en el momento en que el sol entra bajo el signo de Aries; si entra á media noche los habitantes se cubren con vestidos casi negros, si á medio dia adoptan el color

carmesí. El rey sube á su trono y recibe los votos de los grandes cortesanos y oficiales de Palacio y las felicitaciones por el buen año, y así en las demás clases de la sociedad. Los regalos ocupan á las mujeres y se distinguen los huevos duros iluminados, dan á los esclavos confites, y á los pobres dinero, vestidos y comestibles. Despues se entregan á las diversiones y visitas. Cuando se sabe que el año empezará á medio dia, las mujeres cortan una rosa y la sumergen en un vaso lleno de agua, con la cabeza boca abajo; suponen que se volverá en el momento en que el sol pase por el signo Aries.

Tambien entre los *Judios* este dia es uno de los principales, pero es muy difícil dar idea de las complicadas ceremonias de esta raza, sino imposible como afirma uno de sus Ravinos que dice que si las aguas del Océano fueran tinta no bastarían para escribir todos los usos y costumbres de los Judíos. Sin embargo este dia, que es para ellos el aniversario de la creación, se toca el

*cuerno* en honor de Dios. Creen que en estos dias Dios hace un exámen severo y minucioso de las acciones humanas, y decreta, segun sean estas, la prolongación ó término de la vida; de aquí su saludo: que Dios os inscriba para un año feliz.

\*  
\* \*

Entre los pueblos mas civilizados, en Inglaterra (cismática), y los Estados Unidos (culto libre), se celebra este dia con usos y costumbres en armonía con su vida social y politico religiosa. En *Inglaterra* aunque se hacen regalos, *new jears gifts*, no son muchos, pero la aristocracia da grandes banquetes segun antiquísima costumbre. Cuenta su historia que hubo reyes que obligaban á sus súbditos á hacerles presentes de gran valor, y añade que en el siglo XV las damas recibian con mucho agrado *alfileres* en cambio de sus regalos, pues aun todavía se prendian sus vestidos con broches de madera, ceremonia ó uso que de aquí pasó

á España y que como en Inglaterra todavía se usa la frase *para alfileres*, suma anual que los ricos destinan á sus mujeres para sus usos particulares; hábito, que en otra época, parece fué reemplazado por el de regalar *guantes*, y que es de suponer importaríamos tambien nosotros á nuestro país, sobre todo en algunas solemnidades. En Escocia se observan aun usos muy curiosos.

En cambio en los *Estados Unidos* esas ceremonias están reducidas á recibir las señoras, durante todo el dia, y á hacer los honores del *buffet*, que tienen preparado. El uso exige no rehusar la invitación de la señora, y tomar siquiera sea un bizcocho; operación que repetida durante el dia es motivo para que los Gentlemen mas respetables pierdan algo de su gravedad y aplomo.

En *Alemania* hay entre otras creencias curiosas la de que si una persona traza durante esta noche un círculo en torno suyo en una encrucijada jugaran por todo el año delante de ella espíritus en forma de vapor.

En *Francia* es el gran día; la alegría mayor de todas las fiestas. Todos los agasajos que nosotros solemos hacer desde Nochebuena hasta Reyes se reconcentran en él. En algunas comarcas todavía se reconocen usos antiguos; en los bosques, por ejemplo, la costumbre de plantar el *Mayo*, pino lleno de cintas, huevos, pañuelos de colores, y figuras, á cuyo alrededor bailan y cantan las jóvenes; en el medio día el *banguinano* de la vispera, ramo sagrado que cura toda clase de enfermedades, principalmente la hidropesía y epilepsía; pero sobre estos está la costumbre general. Paris ofrece en este día, y anteriores, un aspecto sorprendente, es una inmensa fêria, el consumo extraordinario; esposos, hijos, parientes y amigos, conocidos, criados y servidores de todas clases, todos dan y todos reciben.... siquiera un simple buen deseo. Es verdad que muchos combaten esta costumbre, ya encerrándose en sus casas, ó ya retirándose al campo; y que otros los reemplazan por el sin número

de cartas y targetas que depositan en el correo, cumplimiento fino y estéril que nada dice ni nada cuesta, y que revela el espíritu mezquino de nuestro siglo positivista; mas aquella costumbre es popular y es de suponer que no desaparecerá tan fácilmente.

En *España*, cuyo carácter generoso y espléndido es proverbial, aun suelen repetirse los *aguinaldos* de navidad, (1) pero este dia le destinamos principalmente, despues de los oficios religiosos, á felicitar á los que toman posesión de sus nuevos cargos ó destinos, como Jueces municipales, Concejales, Mayordomos, etcétera, á *dar dias* á los Manueles, que abundan bastante, y á visitas de pura etiqueta para dar *las entradas y salidas de año*. Tambien se ha introducido el uso de la tarjeta; importación francesa debida

---

(1) El origen del *aguinaldo* es gentilico: dicen algunos que esta palabra viene de *aglaudio*, bellota, otros de *estivium*, lo cierto es que el primer regalo entre los griegos fué un ramo de verbena, que se daba al felicitarse, ó á la entrada de año; despues vinieron las frutas, etc.

---

á la influencia que hoy ejerce esa nación, cual en su dia la ejercimos nosotros, aun sobre ese mismo Centro, y que en su delirio ya no se contenta con ser la cabeza, sino que aspira á ser los pies y las manos, el corazón y el vientre de las demás.

Dudamos, sin embargo, que lo consiga, que á las naciones así como á los individuos sucede á veces que la mayor suma de bienestar material es la causa de la ruina, ó al menos de graves cuidados que á multiplicarse ó reproducirse su mucho peso da con ellas en tierra.... y de caidas de esta especie es tan difícil levantarse!

\*  
\*\*

Pero de todas estas costumbres y usos ninguna puede compararse, ni ninguna equivale á la devota y práctica, á la utilísima y santa de consagrar á Dios la última y primera hora de los dos años que se suceden, estando de oración desde las once á las doce del año que acaba, y desde las doce

á la una del que empieza; costumbre sino popular de inestimable precio, que sí vosotros carísimos amigos, á quienes dedico este mi primer artículo, no os es posible adoptar, no dudo contribuireis á generalizarla y extenderla.

Es tan agradable y tan consolador recordar nuestros pasados años, perdidos acaso bajo el peso de las déleznales pasiones humanas!....

Y que lo hareis no duda el que de vosotros ha aprendido que es preciso sacrificarlo todo á la suprema conclusión de la vida, á la sabiduría y á la santidad. Os he visto tantas veces contemplando al mundo para conocerle y bendecirle, y acaso para dirigirle! Os he oido tantas veces enseñar, casi instintivamente, el conocimiento de lo verdadero, la completa libertad de indiferencia para todo lo que no es justicia de Dios y verdad de Dios!

¡Oh! si, vosotros á quienes, en vez de saludar este dia con esas fórmulas vanas y

estériles de la novísima sociedad en que nos movemos, dedico este pequeño óbolo, vosotros que me habeis honrado en mis desgracias, que me habeis sostenido y enaltecido en medio de mis tribulaciones, sin mas interés que vuestra bondad, sin otra aspiración que el amor de Dios y el conocimiento de que nuestras ideas y sentimientos no son sino el principio de las ideas y sentimientos de otra vida, vosotros, si, popularizareis esa práctica que me he permitido recordaros.

En tanto, tolerad que mi alma aquilatada en el crisol de la esperiencia, os manifieste la gratitud del hombre contrariado, la mútua correspondencia del que tiene contraidas muchas deudas morales con la vuestra; consignando al terminar este artículo aquellas sublimes palabras de S. Agustín en este día:

*«Dant illi sternas, date vos elemosinas.»*

*«Currunt alli ad theatrum? vos ad Ecclesiam.»*

*«et si hodié non potestis-jejurare, salutem eum sobrietate prandete.»*



## LA ÚLTIMA NOCHE DEL AÑO.

---

Á MI HERMANO MARIANO. (1)

Ya empiece ya acabe el año no cesaré de decirme que corro al sepulcro.

ISAIAS.

«*Time is money.*»

**F**elices los espíritus que ven y piensan y que meditan el punto que los demás olvidan! esclama un eminente sabio, respetable católico, harto combatido por cierto, por *esos mercaderes* de la Religión del Crucificado, y ese punto es la verdadera ciencia y la verdadera fé, la unión á lo que no pasa ni muere; porque en medio de

---

(1) Falleció poco tiempo después de publicado este escrito (R, I, P.)

las crisis vitales el alma se eleva y encuentra á Dios y encuentra también un nuevo estado.

Y ese estado es la inteligencia y la verdadera práctica de la muerte.

Filosofaremos un poco, ya que sábios tan eminentes como Platón y Montaigne dijeron que filosofar es aprender á morir.

Y *nada mas natural* al terminar un año de la vida.

Su última noche parece que convida á ello.

¡Noche severa y respetuosa! Tú confirmas nuestro modesto juicio como abres las puertas de oro por las que descienden del cielo esos poéticos y deleitables sueños, patrimonio de las almas puras y de las conciencias sanas que buscan en tu seno, cual lo hacen en los demás, el reposo que necesitan.

¡Noche respetuosa y triste del 31 de Diciembre! ¿Por qué no prolongas la vida de este sueño un poco mas? ¿No te han

dicho tus hermanos cómo gozan aquellos seres con sus encantadoras ilusiones, con sus esperanzas en flor ó con sus visiones de ultratumba?

Prolonga esa existencia, siquiera lo bastante, para que el mañana no sea una nueva decepción á esas almas amorosas, ¡hojas del árbol caídas que ya no volverán á ser!

¡No las ves cual ansían tu prolongación! y no importa que la vida sea sueño... que los sueños, sueños son.

Y si por ellas no lo haces, contempla al de otra multitud de seres, desde los mas grandes á los mas chicos, que giran bajo la dura condición de un abatimiento completo, producto sino del fatalismo que les humilla del egoismo que les consume, y como dice la Escritura les lleva á la nada, término al que convergen sin alcanzarle jamás!

Bien sabes que esos seres luchan á la plena luz del día, y acaso con la destreza, siempre con encarnizamiento y desespera-

ción, y con una insensibilidad que dice: «el alma está enferma, resiste la palabra »de Dios, se prefiere á Dios, está en el »egoismo que no vé.» ¡Que el egoismo no es visible sino por sus efectos, por sus dos formas, la luz y el fuego, el orgullo y la sensualidad!

Sí, prolonga tu existencia, ¡no ves cuán hermoso sería que abriesen los ojos en medio de las tinieblas que te rodean, ya que la claridad les ciega! ¡Cuán bello mostrarles la injusticia de la suerte, las consecuencias de los prejuicios antisociales, la impotencia de los triunfos materiales, la vanidad de sus cálculos, hijos acaso del instinto de gloria, del desenfado ó altanería, de la casualidad ó de otra cosa peor! ¡Cuán sublime permitirles adquirir prácticamente el convencimiento de que el verdadero consuelo no viene sino en pos del conocimiento y del vivo sentimiento del mal!

Verdad es que todo en la tierra es fealdad, debilidad y miseria; que el valor, la

sabiduría y el amor son tesoros perdidos; que si alguna vez la sávia de la luz aparece, es para desvanecer su orgullo, y si el amor brilla es para consumirse en sensualidad.

Verdad es que el mundo tiené sábios, artistas y ricos, que se consideran dispensados de lo bueno y de lo útil, por lo mismo que tantas obras inútiles, inmorales ó infames han sabido realizar.

Verdad que la vanidad hace alarde de buen sentido, sentido práctico que se llama prudencia, reserva, moralidad y que en buen idioma significa ingratitude, torpeza, imprudencia, egoismo ó indiferencia así en el bien como en el mal.

Pero también es verdad que los que poseen un corazón puro y una alma no manchada aun pueden conocer el vicio en todas sus enormes consecuencias, aun pueden despertar del profundo letargo en que yacen sumidos, *aun pueden salir de sí ó quedar dentro*; pues tal es la cuestión, esa toda la historia, el drama todo de la vida moral.

No, no te vayas, ¡oh noche del 31 de Diciembre.

Suspende tu carrera. ... que aún es tiempo.

Todavía puedes hacer un servicio importante é imperecedero.

Aun puedes iluminar las inteligencias extraviadas de los que obedecen á influencias estrañas ó desconocidas para ellos, ó realizan indiferentemente sus acciones, y por eso no saben si son buenos ó malos.

Aun puedes hacerles entreveer que el vicio es el amor desordenado de sí, la virtud el amor del orden; aún puedes enseñarles á hacer el bien de que son capaces, que si ello no es heroismo, siempre ha sido, es y será de buen sentido y del mejor gusto.

Hazlo, si no por ellos, al menos por la humanidad que cobijas bajo tu tenebroso manto, que si todo consiste en trabajar hasta la muerte para destruir el amor propio ó la concupiscencia, es seguro que al

alcanzarlo todos pensarán en la muerte y en la vida, descubrirán de donde vienen y á donde ván, adquirirán verdadero conocimiento de su dignidad como seres racionales, de sus deberes como hombres... llegarán á temer á Dios.

Pero la noche no escucha nuestras súplicas, el año muere!... ¡otro le reemplazará!

Sin embargo, el tiempo es una disnatia continua, sin interrupción ni tropiezos, el tiempo no pasa, nosotros sí los que pasamos, nosotros los que giramos dentro de ese globo circunscripto por la eternidad de las penas ó recompensas.

Así, pues, si la vida es un misterio que debemos procurar conocer, la muerte no es un término fatal, ni su última hora, ni una amiga ó enemiga, ni una recompensa ó un castigo.

No lo olvidemos, y ya que muere el año... que viva el año.

Como se vé la noche del 31 de Diciembre se presta á profundas consideraciones filosóficas, no sucede tanto cuando se quiere estudiarla bajo su aspecto tradicional é histórico.

Y no porque falten costumbres que como la mayor parte de las que llevamos apuntadas en otros artículos prueben la sencillez y religiosa creencia de nuestros antepasados, sino porque desgraciadamente la acción del tiempo que todo lo destruye y con todo acaba, las ha ido reemplazando con otras nuevas, acaso mas en armonía con el estado actual de cosas, pero sino mas paganas mas incoloras é insustanciales, que no dicen nada ó dicen muy poco.

En la parte meridional de Francia aun se practica una antiquísima costumbre que consiste en pedir durante esta noche con antorchas encendidas, y al grito de *Gui l'an neon, boguinano*, una limosna, costumbre que varía algo según los pueblos pero que en el fondo es igual en todos.

---

En parte de Inglaterra se tocan las campanas durante toda la noche; las músicas recorren la población, los jóvenes se reúnen en procesión y desde las nueve van de puerta en puerta cantando y pidiendo á Dios que bendiga á los dueños de la casa. Estos les dan de comer y beber, y esas orgías continúan hasta el amanecer, hora en que todos se retiran cantando el himno nacional *god save the queen*.

En España esta noche es una segunda navidad. Las familias y amigos se reúnen para echar los *años*, que como los *estrechos* es una costumbre que consiste en sacar á la suerte el nombre de dos personas conocidas y de distinto sexo, y un verso que por lo regular contiene algún chiste. Al siguiente día el caballero debe ofrecer á la dama con quien *ha salido en suerte* sus respetos, y lo que es mas grave, un obsequio, fina galantería y recuerdo de mejores tiempos.

Costumbres todas que van reemplazán-

dose poco á poco por la francesa de mandar al correo tantas tarjetas como personas queremos felicitar al siguiente día y que no há muchos años casi llegó á abolirse en Bruselas, sustituyéndolas con los anuncios periodísticos en los que se deseaba á los amigos un feliz año.

Posteriormente, el burgo-maestre de esta ciudad anunció que por cada tarjeta que recibiese, daría cincuenta céntimos á los pobres, ¡feliz idea, que tuvo sus imitadores, y que ya en aquel año dió á los pobres diez mil francos!

No nos atrevemos á recomendar la introducción de semejante uso en España temiendo que por la limosna desaparezca la tarjeta, y ya que está introducida que continúe si es que en el siglo del vapor y del individualismo los buenos usos pueden durar mucho.

Pero si no lo recomendamos, será motivo para que recordemos: que la caridad y la galantería no braman de verse juntas.

Y pues esas costumbres modernas pasarán como pasa todo ¿qué hacer? ¿qué partido tomar?

Reemplazarlas en el fondo de nuestra alma por otras mas análogas á su destino y porvenir.

Terminar el año tan cristianamente, como debemos desear empiece el nuevo, tal es nuestro deber.

Trabajar mucho para el cielo es cumplir con la obligación mas sagrada que el hombre tiene que realizar en la tierra.

Y esa obligación consiste en emplear bien el tiempo, cuya pérdida es irreparable; y si al finalizar el año nuestra conciencia nos dice que hemos experimentado esta grave desgracia, aun de ella podemos sacar algún fruto, que la esperiencia de lo pasado es la maestra de lo porvenir.

Meditemos.

¿La inesperada muerte de amigos, parientes y deudos, no nos recuerda algo?

¿De aquellas alegrías y de aquellos go-

ces de nuestros juveniles años, qué provecho hemos sacado?

¿De aquellas esperanzas é ilusiones de, aquellos sueños que con tanto gusto acariciábamos, qué se ha realizado?

¿De la gloria y los honores por que despues hemos luchado, qué resta?

¿De las riquezas adquiridas al vapor, por la suerte ó el trabajo, que provecho ha sacado el alma?

¿De aquellos hombres que vivieron rodeados de placeres y siempre envidiados, qué fué? ¿no chocárian con la ignorancia ó nulidad, no se revolcarían en el vacío, ó hastiados no esclamarían alguna vez, como una notabilidad pagana, mañana quisiera morir?

¿De aquellos sabios admirados por el mundo, no fueron muchos prevaricadores del pensamiento y otros no hicieron un Dios del suyo? ¿Y algunos no tuvieron cautiva la verdad, dado que llegasen á vislumbrarla? ¿Si conocieron á Dios, le amaron como

debían? ¿Si conocieron el alma, ilustraron su corazón; iluminaron su conciencia? Si conocieron el mundo, correspondieron al respecto y consideración con que este les distinguió?

¿La sociedad quiso comprender ó escuchar la poderosa palabra de aquellos que creyeron ó pretendieron convencerla?

Pues ese es el mundo, hé aquí el hombre; aun de las desgracias y adversidades de la vida nos olvidamos. La enfermedad como la salud, el placer como el dolor, todo es temporal, todo perecedero, todo caduco.

¡Oh! si, si, todo pasa, lo único que queda y contribuye al goce eterno del alma, y á la paz de la vida, y alza indecible confianza en lo porvenir, es la *belleza*, la *verdad*, el *bien*.

Realizemos, hé ahí nuestra misión, ese ideal con constancia y preferencia á todo, que despues de la última hora *tempus non erit amplius*.

Y no olvidemos jamás que el egoismo bajo sus dos grandes formas (*voluntas carni*,

y *voluntas vivi*) es el que pierde á la inmensa mayoría de los hombres; él arrebatada su nobleza, destruye su belleza, anula su grandeza; es una enfermedad del espíritu y del cuerpo y el que la padece vive en la servil y baja condición que se impone, sufre y trabaja sin lograr otro fruto que la inmensa piedad de Dios, si es que la alcanza en su última hora.

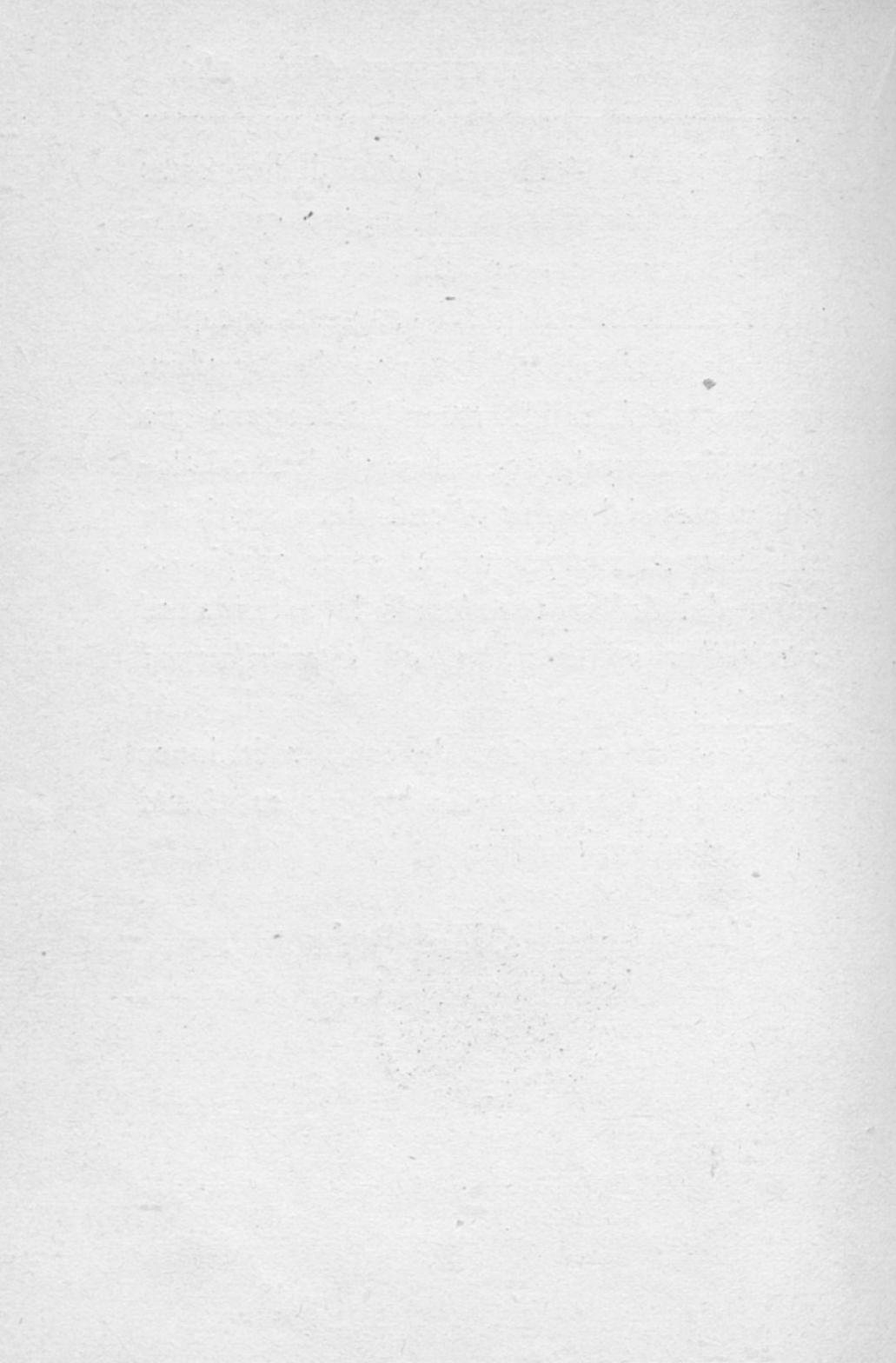
No, el destino del hombre no es destruir su inteligencia por el orgullo, su cuerpo por el sensualismo, y la armonía entre todos por el egoismo; al contrario el hombre ha venido al mundo para gobernarle y hacer que en él reine la justicia; á curar su alma y la de los demás, á consolar la tierra y todo lo logrará *trabajando sin descanso en destruir el amor propio y la concupiscencia.*

*Salir de sí ó quedar dentro de sí,* dice un libro sublime, es toda la cuestión. La virtud, el mérito, la salud dependen de regular y vencer el amor de sí, apoyándose en Dios.

Por eso, jóven, á quien dedico estas líneas, medita sobre ellas seguro que con- vendrás, con el gran Bossuet que la ley universal de la vida y del progreso se espresan por estas tres palabras: *egredere, egredere, egredere*, salid, salid, ascended: seguro que creyendo conmigo que el verdadero cristiano y esencialmente liberal debe sacrificar sin cesar su cuerpo y su amor propio al amor del órden practicarás la máxima *ad exterioribus ad interiora, ad interioribus ad superiora*.

Y si no necesitas de estas reflexiones y consejos *prócura que la luz que en ti está no se cambie en tinieblas*.







## LA VERDADERA EDUCACIÓN.

---

(Á LA MEMORIA DE MIS PADRES.)

**S**i defectuosa era la educación de ayer, como en alguna otra parte hemos indicado, no lo es menos la de hoy; ensayarlo todo sin perfeccionar nada tal parece ser, por desgracia, el lema de la educación moderna.

Y este mal es patrimonio lo mismo de los jóvenes que de las jóvenes del día, al menos de la mayor parte de ellos y ellas; espíritus superficiales que de todo se ocupan y formalmente en nada piensan, figurillas de salón que cuentan en uno lo que han oído en el otro; poetas que se juzgan superiores á Zorrilla ó Espronceda porque

han compuesto un romance ó un soneto; émulos de Pradilla, Casado ó Madrazo porque han hecho el retrato de algun primo, rivales de Goya ú Ortego porque han trazado una caricatura para algun periodicucho ilustrado; colegas de Gonzalez, Galdós ó Pereda porque han escrito una novela de ocho páginas; músicos ó cantantes para quienes Gayarre ó la Patti, Mozard ó Wergner, no son mas que vulgares notalidades, y objeto constante de sus críticas supinas... enjambres todos de parasitos cuya reputacion social se parece á la corteza del plátano que cambia todos los años; notabilidades de salon ó de café que no traspasan la superficie ó que al vano y despreciable placer de brillar algunas horas sacrifican los goces durables de un talento verdadero, acaso un halagüeño porvenir, alguna vez la vida entera.

Un suceso que tiene mas de real y positivo que de cuento quizá lo pruebe de una manera concluyente.

Antonio de Z. distinguido coronel del ejército español, tenía tres hijas que desde la infancia mostraron gustos y tendencias varias, caracteres enteramente diversos. La mayor, llamada Asuncion, mostraba gran afición á la pintura; la mediana, llamada Pilar, preferia la música, y la menor, Ana, gustaba de la música, pintura y baile, de los trabajos de aguja y bastidor, de las letras é idiomas, en una palabra, todo lo queria saber pero nada perfeccionaba.

—Qué tontas sois, decia á sus hermanas, nuestro nombre y nuestra posición social exige de nosotras una educación completa; debemos aprender cuanto corresponde á una jóven llamada á figurar en primer término, y cuanto permita el talento con que Dios nos ha favorecido.

—Así debiera ser, la contestaba Asunción, pero bien sabes tú que las bellas artes son dificiles de aprender; casi imposible de dominar, que para ello se necesita un talento privilegiado, y mejor prueba que tú, Ana no

podía ofrecerte, pues á escepción del baile que posees á las mil maravillas, en lo demás ni siquiera has pasado de los preliminares.

—Pues mira, yo me moriría de cansancio ó de aburrimiento si como vosotras me viera en la precisión de estar uno y otro día sentada en una silla y con la vista siempre fija en un objeto. Yo necesito variedad, vida, movimiento, añadía Ana, así que por mas vueltas que lo deis nada es comparable al baile, y sobre todo al wals corrido, ¡qué placer el recorrer de un extremo al otro todo un salón! vosotras desconocéis lo que es atravesar los grupos formados á vuestro paso y oírles esclamar: ¡qué ligereza! ¡qué pié tan divino! ¡qué cabeza tan graciosa! ¡qué peinado tan elegante! ¡si se parece á Atalante recogiendo las manzanas de oro del jardín de las Hespérides!

—Indudablemente, dice á su vez Pilar, cada arte tiene sus encantos y misterios, pero nada mas agradable y hermoso que al presentaros en medio de un círculo oír re-

petir sin cesar, «esa es Pilar de Z, un talento de primer orden,» ni nada mas sensible y satisfactorio que al sentaros al piano, y dirigir vuestras miradas por todos lados como en señal de temor y en demanda de indulgencia, preludiar los primeros acordes de una sinfonía ó de una tocata á la sazón muy en voga. El silencio se hace á vuestro alrededor, el público aparece estático, tocais por ejemplo la marcha de Sehumbert, el *pardon* de Prohemel, el *Ave maria* de Gounod, y aquel público que no se ha atrevido ni siquiera á respirar, encuentra si esto divino, aquello encantador, ¿y á la artista?... ¡oh! la artista, ¡que espresión! ¡qué mano tan ligera! ¡qué envidiable ejecución!.. ¡bravo! ¡sublime! ¡brillante! se oye por todas partes, ni el mismo autor lo ejecutara mejor.... y entre aplausos y saludos ¡qué placer el de retirarse á su asiento para seguir recibiendo las mil felicitaciones que vienen detrás!

—Pues hermanas mias, no os envidio,

dijo á su vez Asunción; yo prefiero al brillo fugaz de una noche un triunfo permanente ya que no pueda ser eterno. Vosotras para figurar teneis necesidad del gran mundo, de un público numeroso y elegante, yo de nadie, la soledad es mi mayor encanto; en ella y solo por ella puedo trazar sobre el lienzo ó papel una escena original, copiar algun sitio campestre, descubrir algun recuerdo, la fisonomía de una amiga, una flor preciosa ó que me guste; para mi esos aplausos forzados, esos elogios que balbucean los lábios y el corazón desmiente están de mas; al frente de mi caballete olvido al mundo y sus vanidades, y reproduzco en el lienzo algo de lo que en él existe.

— ¡Oh! cuán equibocada vives, replicaba Ana, ni dudes que nada hay que iguale los placeres y los triunfos de un baile, ni creas que nosotras podriamos seguirte ni aun siquiera aceptar tus consejos; nosotras somos ricas, papá tiene nombre y títulos que debemos honrar por lo mismo que tan hon-

rosos son; la sociedad nos reclama, nos reserva un primer puesto y un papel brillantísimo que desempeñar. ¿Podremos negarnos á ello, cuando hasta papá nada escatima á este objeto tan deseado por él? por el contrario, nuestro deber consiste en prepararnos para corresponder y recomendarle con usura.

—No, no, Ana, contesta aquella un tanto contrariada al oír discurrir así á sus hermanas, ten la firmísima convicción de que os equivocais de medio á medio; cuanto mas comparo unas y otras artes, unas y otras ocupaciones, mas gracias doy á Dios de haberme inspirado la idea de elegir una con la que tambien me encuentro, con la que en circunstancias difíciles ó extraordinarias podría remediar males inesperados; un arte que algun día podría convertirse en un honrado recurso; dice el poeta «que las torres que desprecio al aire fueron, á su gran pesadumbre se rindieron,» familias poderosas, ricas, mas ricas que nosotras, se

han visto, andando ó cambiando los tiempos, en la mas espantosa de las miserias. No lo olvideis jamás...

—Tienes razón, pero la música se encuentra en ese caso y yo me dedico á ella, exclamó Pilar.

—Sí, hermana mia, continúa aquella, pero se necesita hacer más de lo que tú haces; además de la ejecución se necesita el conocimiento, no basta repetir notas ó á lo más dar determinada espresión á algunas, prescindiendo de los motivos que las producen, de lo que forma la modulación, en fin, negándose á aprender hasta las primeras reglas de la armonía. En tu lugar yo procuraría iniciarme en todos los secretos de la música, conocer las partituras de los grandes maestros como los verdaderos literatos estudian y conocen las obras de sus hombres más distinguidos; así asegurarías tu porvenir y te proporcionarías recursos en la indigencia si algun dia esta llamase á las puertas de nuestra casa.

De este modo discurrían y discutían las tres hermanas cuantas veces (que no eran pocas) se encontraban reunidas y solas. Convencida Pilar de las razones de su hermana, procuró estudiar la armonía, pero ante la facilidad de brillar sin el pesado y angustioso trabajo que da el estudio y seducida por los incesantes elogios que recibía, se contentó con ejecutar las ligeras y fáciles composiciones que aprendía de memoria. A su vez Ana que huía del estudio y cuya imaginación rechazaba la sujeción, acusaba á cada paso á su hermana de su estrambótica afición á la pintura y empleaba cuantos medios se hallaban á su alcance para distraerla del trabajo, pero esta que se había impuesto la obligación de dominar su arte y alcanzar en él la perfección posible, no tardó en ver coronados sus esfuerzos.

Muchos de sus cuadros, aunque velados por el anónimo, llamaron grandemente la atención en varias exposiciones de pintura;

los principales y más renombrados artistas se deshacían en elogios, el jurado les adjudicó varios premios. Asunción se dió por satisfecha al pronto, pero el triunfo, en vez de deslumbrarla la escitó á trabajar con más ilusión y fé. Inconscientemente comprendió que con constancia el porvenir era suyo; necesitaba mucha voluntad para no decaer y cada dia redoblaba sus esfuerzos.

Por este tiempo habia estallado en España la primera guerra civil; el coronel don Antonio de Z tuvo la fatal ocurrencia de ofrecer sus servicios al pretendiente don Cárlos, y aunque éste apreciando su fé en los principios que representaba, sus talentos y su abnegación y sufrimientos, le convirtió bien pronto en general, era el coronel demasiado caballero, escesivamente valiente y fuerte en los combates para que no escitara bien pronto la envidia de sus émulos y la rábía de los despreciables palaciegos que rodearon á aquel príncipe, que para su desgracia tantos males causó á la patria,

males de los que él y los que entre los suyos le ayudaron ya habrán dado cuenta á Dios.

D. Antonio incurrió en el más alto grado de desagrado de S. M. formósele causa; el resultado de esta, vista la saña de sus perseguidores, era fácil de comprender; don Antonio tuvo que escapar y refugiarse en el pais vecino; los suyos le obligaron á emigrar y aunque á la conclusión de la guerra pudo volver á la pátria consecuente con lo que había defendido, noble y honrado como el que más, se resolvió á continuar al lado de su asistente Juan, en Anglés, pueblecito entre Biarritz y Bayona, en donde se habían establecido desde un principio, y en donde dedicados á la caza y pesca habían adquirido no solo hábitos campestres sino esa envidiable oscuridad que poniéndoles al abrigo de todo peligro, les permitía gustar el primer goce del hombre que encuentra en su trabajo y en sus fuerzas la existencia y la verdadera libertad.

Por otra parte, ¡á qué volver á España pobre, triste y desengañado, cuando en vez de auxiliar á sus hijas había de ser una pesada carga! así es que inclinado á pasar el resto de la vida bajo el tosco y sencillo traje del pescador mientras el Señor no dispusiese otra cosa, su único pensamiento, el bello ideal que desde entonces perseguía era el de verse rodeado de sus hijas. A Dios se lo pedía todos los días y era tan bueno que seguramente Dios había de concedérselo.

Estas, al cabo de algun tiempo, se vieron en el terrible trance (que el descender de una posición á otra menor es la mayor de las desgracias que pueden ocurrir al hombre pundonoroso), de tenerse que trasladar á uno de los barrios extremos de Madrid, allí alquilar uno de los cuartos más baratos, y reducir sus gastos ordinarios hasta el extremo de rayar en la miseria. Entonces fué cuando las pobres jóvenes empezaron á comprender *prácticamente* que

los títulos y las riquezas no siempre son suficientes para detener la rueda de la fortuna, que si unas veces eleva á las personas más ignoradas ó abyectas otras humilla á los que han brillado muy alto ó poseen cualidades que les debiera hacer brillar siempre y en todas partes.

Ya por entonces la pobre Pilar se cansaba del piano, sus sonidos no traspasaban las miserables paredes en que se veían encerradas, y Ana se aburría, pues como no sabía nada de provecho el sueño era el único recurso que tenía. Solo Asunción vivía tranquila en medio de aquella humilde pero virtuosa y honrada situación; dominando ya su arte como le dominaba trabajaba de día y de noche; necesitaba mantener á sus hermanas y no solo llegó á lograrlo sino que podía hacer algunos ahorrillos que atenuaban el rigor de su malhadada suerte y la permitían ofrecerlas de vez en cuando algo que las agradara y distrajera; á Pilar música nueva, á Ana libros y modelos de

bordados; para ella bocetos, acuarelas y cuadros, y para las tres mobiliario y adornos que á veces las hacía olvidar la situación en que se encontraban y siempre dar gracias á la divina Providencia por los favores que las dispensaba. Mas aún, el trabajo de Asunción, si bien amenazaba su quebrantada salud, la proporcionaba el inmenso placer de dedicar alguna parte de sus productos á su inolvidable padre, el desterrado en Anglés.

No es extraño que así Pilar como Ana demostraran continuamente á su hermana su profunda gratitud, reconocieran y confesaran el poder del talento cuando llega á la perfección, y se prometieran y ofreciesen todos los días á Asunción que la imitarían, una en la música y la otra en sus trabajos de aguja. Esta, al oirlas espresarse así, las abrazaba y besaba; con su ejemplo las animaba, y con su talento y recursos las facilitaba el progreso más rápido, y los medios de convertir el mal en bien; no am-

bicionaba más, y por el pronto si veía satisfechos todos sus deseos, ¿qué más podía aspirar?

\*  
\*\*

Pero la Providencia siempre vela por los desgraciados; podrá acaecer que les tienda su mano protectora más tarde ó más temprano, mas siempre lo hará con oportunidad, y esto tenía que suceder tratándose de la virtuosa jóven, de la cariñosa hermana mayor y de sus inocentes y cándidas hermanas más pequeñas. La Providencia no podía olvidarlas; por el contrario, eran acreedoras de valiosa recompensa, y la Providencia las proporcionó un generoso Mecenas y el talento necesario para aprovecharse de sus favores.

Un célebre personaje, antiguo y buen amigo de su padre, y uno de los hombres públicos más estimados y respetables de la época, que merced á la fama de la artista llegó á tener noticia de sus especiales dis-

posiciones para la pintura y de la mísera situación de padre é hijas, la encargó una colección de cuadros que pagó á peso de oro. Hizo mas, escribió á D. Antonio remitiéndole fondos para que volviese á España invitándole á que lo realizase cuanto antes porque la pátria necesitaba sus servicios y sus hijas de su cariño y apoyo.

A su vez las tres hermanas que desde la compra de los cuadros se creían casi poderosas, se propusieron realizar una feliz idea propia únicamente de almas nobles y generosas como las suyas. La idea fué concebida por Asunción, recibida con aplauso por Pilar y Ana que la ofrecieron ayudar en la medida de sus escasas fuerzas. La idea consistía en participar á su padre que la fortuna las empezaba á sonreir, y por consiguiente que le necesitaban para que las administrase y las cuidase y ellas le cuidaran á él cuando fuera necesario; y pues á Asunción la sobraban ya algunos ratos en vez de dedicarles al descanso los emplearía

en hacer sus retratos y mandárselos al bueno del asistente para que sorprendiera á su cariñoso amo en la forma y modo más oportuna.

Al efecto, Asunción puso en tortura su talento y pintó un cuadro en cuyo centro se hallaba ella sentada teniendo en la mano un retrato pequeño de su padre, sus hermanas á los lados, y las tres contemplando la pequeña miniatura del padre. Aquellas tres figuras encantadoras tenían un parecido perfecto; además, parecía que las lágrimas se escapaban de los ojos, que sus respectivas actitudes espresaban un solo deseo, que sus labios pronunciaban las mismas palabras; y para completar el cuadro á su alrededor, aparecía el caballete de la una, el piano de la otra, el costurero de aquella y una mesa con varios libros; en el fondo las paredes del humilde cuarto; apoyado sobre una ventana el bueno del asistente que contemplaba á las tres infortunadas jóvenes y que Asunción colocó en

esa actitud á fin de halagar su amor propio. Por la ventana entraba un rayo de sol que aunque ténue y débil parecía reanimar aquellas fisonomías y anunciarlas el futuro premio á tanto sufrimiento.

El cuadro fué á su destino; cuando Juan le recibió su amo se hallaba fuera de casa; habia ido al mar á ganar el sustento diario. El asistente aprovechó esta ausencia á fin de prepararle mejor la mas delicada y grata sorpresa. Arregló del mejor modo posible el cuadro, rodeóle de flores y le colocó próximo al lecho del ex-general. Este volvió á su casa á la caída de la tarde en compañía de su fiel criado, y como todas las noches, despues de conversar un rato de sobre mesa, este se retiró á su cuarto.

Al penetrar D. Antonio en el suyo un agudo grito dejóse oír; la luz cayó de sus manos, y con los brazos tendidos hacia aquello que para él era una visión, y sin embargo era la imágen fiel de lo único que le retenía en el mundo, exclamaba entre

lágrimas y sollozos: ¡mis hijas! ¡mis hijas!  
¡Dios mio! ¿dónde están?

¡Oh! si tuviera el talento suficiente para describir la sorpresa, las sensaciones y estremecimiento de aquel anciano, al descubrir el monumento de piedad filial que sus hijas le dedicaban con cuanto placer lo haría, pero me declaro impotente para tanta empresa. Escusado es decir que á los gritos de D. Antonio acudió presuroso el asistente, que vertiendo copioso llanto se quedó estático é inmóvil ante la actitud de aquel venerable y honradísimo padre.

—¡Si parece que me hablan! exclamó despues de un rato de silencio... ¡no ves, Juan, como me miran! ¿no hueles esas flores? pues su olor me hacen sentir su aliento, esas rosas me ofrecen el tierno emblema de su incomparable amor.

—Pues aun falta algo, señor, exclamó Juan lleno de alborozo; leed esta carta, en ella vuestras hijas os llaman porque ya son ricas, gracias á la generosidad de un valioso

protector; en ella os ofrecen las comodidades que aquí os faltan, y esto lo decia suspirando y acabando por verter nuevo raudal de lágrimas; y por si esto no fuera bastante, leed, señor, ese telégrama que creo completará su obra á pesar de su distinta procedencia.

—Léele tú, mi buen Juan, contestó don Antonio, que la emoción me embarga y no acertaría á deletrearle.

—Pues oid: «Juan Bueno á su amigo »Antonio. El talento artístico de tú hija Asunción, me ha proporcionado el placer de »conocerlas y conocer tu paradero como te »he dicho por correo. Un deber de conciencia y de amistad me han decidido »á pedir tu vuelta al ejército. La patria te »reclama, ven, tus tres hijas, mártires hasta »hoy y siempre angeles lo desean »

El respetable anciano cayó de rodillas sin poder articular durante algun tiempo palabra alguna; por fin exclamó: *Gracias, Dios eterno... gracias, Virgen santísima... me*

*habeis oido... bendita sea mil veces vuestra infinita misericordia.*

\*  
\*\*

Un mes despues D. Antonio y sus hijas no podian darse cuenta de lo que les pasaba; se veian y no lo creian, se abrazaban y lo dudaban, todos hablaban á la vez y no se entendian.

Pilar y Ana que hacia mas de un año se habian dedicadò por completo al estudio, ya no desconfiaban del porvenir ni le temian. Yo, decia la una, podré enseñar música y composición; yo, añadía la otra, podré dar lecciones de francés y de italiano, podré traducir obras de esos idiomas si hay necesidad, podré...

—Pues todo eso se lo debeis á vuestra hermana, las decía D. Antonio; si, querida Asunción, gózate en tu obra y contempla los resultados de tu talento; con él has hecho casi agradable la soledad y abandono en que habeis vivido, os habeis librado de

la miseria y has proporcionado á tu desgraciado padre el único consuelo que podía desear, y á mi buen amigo D. Juan ocasión de hacer una obra que tiene pocos imitadores por lo mismo que es grande y á la vez sublime.

Al partir D. Antonio de Anglés, compró un caserío á su honrado Juan, se le alhajó modestamente y le aseguró una pequeña renta para que la disfrutase durante su vida. Una vez en Madrid, y pasadas las primeras impresiones, se estableció con sus hijas en un piso cómodo y desahogado en una de las mejores calles de la córte. En el centro de la sala colocó el cuadro de familia, que pintado por su hija fué el heraldo de su futura felicidad, y debajo de él la siguiente inscripción: «Intentarlo todo equivale á rendir tributo á la ignorancia, perfeccionarse en un arte ó ciencia equivale á asegurar el medio de no aburrirse, á despremiar los rigores de la suerte y hacer la dicha de cuantos nos rodean.»

Nada mas natural que á vosotros, mis queridos é inolvidables padres, que me trazasteis este camino, que á la realización de tan saludable como positivo y real objetivo hicisteis cruentos sacrificios que en vuestra modestísima posición estaban á vuestro alcance, que *prácticamente* me enseñasteis la moraleja que encierran estas líneas, os dedique este cuento, pobre pero sincera y agradecida muestra de mi profundo é inmenso reconocimiento. Si con él prestase algun servicio á mis lectores vuestra sería la obra, mia la satisfacción al conocer los saludables efectos de vuestro ejemplo, de vuestros consejos y de vuestras lecciones sobre la vida.







## UN CUENTO INVEROSÍMIL

QUE BIEN PUDIERA NO SERLO.

---

**D**e las dos antorchas principales que guían al hombre en la vida, de las dos pasiones que mas le asedian en ella, *vanidad ó modestia*, pasiones que revelan vicio ó virtud, y á las que aquél rinde tributo, y desgraciadamente mas á la primera que á la segunda, mas al orgullo y petulancia que á la humildad y modestia, la causa y razón de la preferencia es sencilla y fácil de comprender; la primera satisface la necesidad, suele alcanzar y conceder triunfos, efímeros sí pero que deslumbran y ahogan al hombre que carece de educación é instrucción necesaria dentro de la órbita en que gira ó se mueve, y la segunda

es tardía en sus efectos, si bien cierta y segura, satisface las aspiraciones de una conciencia recta y contribuye á que el alma navegue tranquila y serena al través de ese proceloso mar llamado sociedad.

Una historia inverosímil, un cuento chino, noruego, indio ó de donde quiera tomarse, acaso lo demuestre mejor que cuantas reflexiones pretendieramos tener al efecto.

Hace mucho, muchísimo tiempo que allá en lejanas regiones y al pie de un frondoso monte y bajo modesto techo vivía una familia compuesta de padre, madre y tres hijos varones. El hijo menor, que se llamaba Perico, amaba á los dos mayores, cuyos nombres no hacen al caso, sin ser correspondido por ellos y lo que es peor ni por su mismo padre que le miraba con indiferencia y á veces trataba con inusitada saña. Este proceder tenía tan acobardado al pobre Perico que jamás salía de la cocina; allí comía, allí dormía y allí veía á su ma-

dre, su único consuelo, y la única persona que se cuidaba de él.

Pobre mujer! hacía cuanto podía, aun á riesgo de ser reprendida ó maltratada por cumplir el deber de madre. Con ella compartía sus caricias un gatito que instintivamente se había unido de tal modo á Perico que le seguía por todas partes, caricias y halagos que revelaban valía mas que su padre y sus dos hermanos: situación como otras muchas en que el animal enseña al hombre,

Así pasaron año tras año hasta que los tres hermanos se hicieron hombres. Los dos mayores pretendían ser en cierta manera unos personajes; dotados de finura, educación y de gallarda postura eran el encanto del padre, para él cuanto decían estaba bien dicho y cuanto hacían bien hecho; en cambio el desdichado Perico era un pacato, un ser poco menos que despreciable; solo la madre veía lo que los demás no veían, ella era la única, y mas cuando aquellos le faltaban, que le dirigía frases

cariñosas y esas miradas significativas que tanto bien hacen á las almas contrariadas. Natural era que Perico correspondiera con toda la efusión de su alma é hiciese cuanto á su alcance estuviera para aumentar la ternura y el amor de su idolatrada madre.

Esta familia que por sus especiales condiciones debía ser feliz era muy desgraciada, ni mas ni menos que lo que sucede á otras muchas. La casa estaba situada cerca del mar en cuyas opuestas y no lejanas playas había un pequeño reyno al que los dos hermanos mayores se propusieron ir en busca de gloria y fortuna; su padre les dió el permiso, les preparó el viaje y les proporcionó cuantas recomendaciones pudo obtener lleno de alegría y satisfacción pues estaba convencido de que sus dos hijos habían de alcanzar el mayor grado de esplendor en la favorecida y galante corte de aquel diminuto reyno.

Al saber Perico estos proyectos manifestó al padre los mismos deseos, y este

en vez de rehusarle su consentimiento como parecía lógico y natural se le otorgó muy contento pues si su presencia le era molesta cuando sus hermanos se hallaban en casa mucho mas había de serle cuando se quedase solo, pero se lo concedió con la dura condición de no ir ni juntarse con sus hermanos, cruel condición á la que afortunadamente no dió importancia Perico. Lo interesante para el era el permiso, de lo demas sabía que su madre había de encargarse.

Pobres criaturas! las dos se entendieron facilmente, á su vez prepararon el viaje del mejor modo atendidos los escasos recursos con que contaban, y por fin se despidieron llorando amargamente pero confiando en la divina Providencia que todo lo puede y todo lo recompensa cuando ese todo es el bien ó la aspiración al bien.

Perico marchó solo aunque con la esperanza de reunirse á sus hermanos algun día; aquella misma tarde y al atravesar una

colina vió volar una enorme águila que llevaba un voluminoso objeto entre sus garras; en su rápido vuelo el animal se aproximó bastante por la parte que Perico le contemplaba; este preparó la escopeta y disparó con tal acierto que herida gravemente el águila cayó revoloteando en tierra. Al acercarse Perico con objeto de concluir con ella, cual no sería su asombro al reconocer en el bulto un niño, que recogió sin poderse dar explicación de suceso tan extraño y peregrino; sin saber que hacer con él y sin poder acallar su amargo y desgarrador lloro!

En tan penosa y difícil situación vió que venia á todo correr un hombre pequeñito, un casi enano que al acercarse se abalanzó sobre el niño, cubriéndole de besos y llorando de placer al contemplarle y abrazarle. El niño se había salvado; así que no bien el hombre enano se tranquilizó y todos ya sosegados y un tanto repuestos, este saludó á Perico y le invitó á pasar la no-

che en su casa, Perico aceptó alegremente el ofrecimiento no solo por lo sincero y leal sino por no pasar la noche al aire libre y en aquella especie de desierto enteramente desconocido para él.

Puestos en marcha á los pocos minutos llegaron á un sitio que defendian y cubrian unas grandes piedras, y que al separar una si la primera impresión era la de entrar en una cueva no bien dados algunos pasos ofreciose á la vista una casita bella, risueña y llena de toda clase de comodidades, casa que ocupaba el enano, el niño y una sirvienta, y en la que amo y criada hicieron los honores á su nuevo huesped, esplendida y alegremente. Aquella noche Perico durmió como un cachorro, y al despedirse, á la mañana siguiente, el enano le regaló como recuerdo de su gran servicio, salvando la vida al niño, una sortija que puesta en el dedo pulgar le haría invisible, una espada cuya especialidad era la de poderse reducir hasta el extremo de meterla en un bolsillo, y una lancha que

tambien podia llevarla en otro bolsillo y que le serviría para atravesar el mar á su simple deseo y mandato.

Asombrado de tan originales y portentosos regalos Perico parti6 despues de manifestar al enano su mas profundo y grande agradecimiento; á las pocas horas de camino llegó á la playa, allí sacó su lancha del bolsillo, arroj6la al agua y exclamó: «quiero atravesar este estrecho, barca ensanchate y partamos,» y en efecto la lancha se agrandó, metiose en ella Perico y cual si fuese un experto marino la puso en movimiento, diola la direcci6n que convenia y á las pocas horas llegó á un puertecillo y saltó á tierra.

Una vez en el nuevo reino atravesó el pais observando y estudiandolo todo; procuró conocer á fondo la sociedad en que entraba, y sobre todo no aparecer en la nueva corte como un aventurero que no sabe de donde viene ni á donde va. Por el contrario sus hermanos se presentaron en ella deslumbrando, en los primeros momentos

parecía que iban á realizar los deseos y aun las profecias de su padre. Al terminar su educación Perico ofreció sus respetos al rey que le recibió cortesmente al paso que sus hermanos afectaron no conocerle.

La hija del rey, jóven y hermosa era encanto de la corte; su padre viejo y achacoso deseaba casarla, y asi lo dió á entender á sus cortesanos, pero el preferido, (raro capricho) debía ser el que en la noche de la próxima navidad le presentara una espada preciosa con incrustaciones de oro y un pajarito dorado que dentro de un fanal de cristal de roca cantaba tanto y tan fuerte que se oia á media legua de distancia, objetos que segun publica voz y fama guardaba debajo de su cama una bruja de fama en el pais.

Los cortesanos lo tomaron á broma y no hicieron caso; no asi los dos hermanos que al efecto pidieron ayuda y protección al rey, pero sus investigaciones fueron enteramente contrarias á sus deseos; dieron si

con la bruja pero está les ató codo con codo y despues de fustigarles á capricho les llevó al monte en donde les dejó, acaso para que fuesen pasto de los buitres que tanto abundaban allí, pero una carabana, que por fortuna acertó á pasar pocos momentos despues, les recogió llevandoles á la corte en la que hicieron pública su desgraciada empresa, y de laque no desmayaron pues á los pocos dias, y previas las precacauciones y medios que estimaron adoptar, volvieron á la choza. Una vez dentro en ella les fué facil apoderarse de la jaula de cristal de roca pero esta fué su perdición, pues el pajaro empezó á cantar, la bruja se despertó y cogiendo á uno y despues á otro les encerró en una cueva atados y con la amenaza de matarles y comerselos.

Cansados de esperar los que les escoltaban, y que se habian quedado en el monte, se volvieron á la córte y dieron cuenta al rey de lo sucedido, lo que se hizo público bien pronto, alabando unos su prudencia y cen-

surando otros su conducta por haber abandonado á dos jóvenes extranjeros, y esto es lo de siempre; y á la verdad que sino merecen alabanza porque el hombre siempre debe ayudar á sus semejantes en la necesidad y en el peligro y nunca rendir tributo al «primero yo y siempre yo», no la merecian: primero el rey por sacrificar al prógimo, solo por satisfacer un vanidoso capricho, y despues los que van á realizar no una acción buena y generosa, no á alcanzar un bien, sino solo el interes.

Pocos dias despues desapareció Perico sin que nadie pudiera darse cuenta de su ausencia á pesar que era facil adivinar á donde habia dirijido sus pasos. Perdidos acaso para siempre sus hermanos y á manos de una vieja terror de la comarca y de la corte su misión se hallaba trazada, llegó á la fatal choza, la sortija le hacia invisible asi que cuando aquella volvió y registró todo sin encontrar nada se acostó y se durmió. Entónces Perico sacó del bolsillo la espada del enano y

mató la bruja infame que como hemos visto tenia aterrorizado el pais; á seguida registró minuciosamente la cueva, verdadero museo de objetos preciosos entre los que se encontraban los apetecidos del rey, y pasando á la segunda cueva salvó á sus hermanos presos de mortal angustia.

¡Que sorpresa y que confusión la de aquellos desgraciados! suplicaronle olvidara su pasada conducta, mas este sin pronunciar la mas minima palabra, temiendo aumentar su pena y desconsuelo al abrazarles su único pensamiento fué el que desde aquel momento sus hermanos le amarían y tratarian como hermano. En fin los tres recogieron cuantos objetos les fué posible incluso los dos que el rey apetecia; cerraron hermeticamente la choza y se volvieron á la corte en donde estuvieron ocultos hasta la vispera de la noche de navidad en cuyo dia se presentaron en palacio y ofrecieron al rey cuanto habian recogido en la famosa cueva.

El rey fiel á su palabra concedió la mano

de su hija á Perico; por esta forma entre los infinitos, variados y aun estraños modos de que se vale la divina Providencia, esta recompensa á los que no se apartan del camino que la modestia y la honestidad, la honradez y demas virtudes trazan al hombre de bien, y castiga á la vez á los que dejandose dominar por los efimeros triunfos que proporcionan el orgullo y la vanidad, la petulancia é hipocresia llegan á creerse superiores á los demas seres.

No faltará quien al conocer el desenlace de este cuento fantastico é inverosimil esclame que hombre tan feliz! ¡cuan afortunado mortal! pues bien, Perico, que por sus cualidades escepcionales merecia algo mas que ser el marido de una futura reina, no fue feliz ni mucho menos, porque Perico en medio del fausto y la opulencia solo pensaba en su antigua casita en la que tan desgraciado habia sido, en su madre cuya ternura y cariño no habian tenido limites, y en su padre que si le habia tratado con

tanto despego é indiferencia lo habia hecho inconsciente y apasionadamente. Su verdadera dicha hubiera consistido en hacerles participes del bien alcanzado, gozando de su compañía, pero era imposible porque ya no existian, y aunque asi fuera su elevada posición lo hubiese impedido.

La crónica cuenta que lo primero que encargó á sus hermanos fué el que visitarán la casa en que habian nacido, se apropiaran de cuanto en ella existiere, y le remitiesen unicamente su antiguo compañero, el celebre *gatito* de la cocina, mas ni esta pequeña satisfacción pudo lograr; y añade, por último aquella, que andando el tiempo hizo una visita á la casa y la convirtió en panteon de familia dedicandole á la memoria de sus inolvidables padres, unica y verdadera recompensa á las hermosas prendas de aquella virtuosa y honrada alma á la que no deslumbraron jamas las glorias humanas.

Cuando sube y flota en la superficie el orgullo y la insensatez, esa enfermedad epi-

démica, esa hidropesia moral que tanto domina, produce todo género de vicios, terminando por un egoismo refinado y repugnante, que en resumen es la negación de todo incluso del mismo yo: vivo ejemplo de ello los dos hermanos de Perico. Por el contrario, cuando la modestia, esa virtud sublime que achica á los grandes y engrandece á los pequeños, se impone é impera, todo es amor, caridad y justicia; «es el único fondo sobre el que resaltan con todas sus perfecciones la imagen de la hermosura y del talento:» vivo ejemplo de ello el despreciado Perico.

Y como el orgullo es las mas de las veces producido por una educación bastarda y torcida, por la ignorancia, la pasión ó por ciertos y conocidos vicios sociales, tienen sobrada razón un gran poeta y filosofo y el no menos celebre publicista y desgraciado politico, el malogrado D. Severo Catalina, cuando afirman que si la ignorancia es la orfandad del alma la educación es *un organismo científico* con que se modifica y á

veces se suple *el organismo de la naturaleza*.

Fíjese el lector por un momento y reflexione sobre el respectivo papel que padre y madre de Perico desempeñan en la dirección de sus hijos predilectos, y se convencerá de que la verdadera y acertada educación es el sol á cuyo influjo nacen, se desarrollan y producen frutos saludables la bondad y la verdad, la inteligencia y la virtud; al menos comprenderá, en lo difícil y largo de la vida, la sublime y trascendental misión que está llamado á desempeñar un buen padre de familia.

«*La Escuela de las madres de familia*, añade el filósofo citado en su precioso libro titulado *la Mujer*, ensayada no ha muchos años por un insigne español, es uno de los pensamientos mas grandiosos que pueden concebirse y realizarse en bien de la humanidad.»





## TODO CONCLUYE.

---

**H**es una ley constante de la humana naturaleza que todo tenga fin en el mundo, que todo se acabe, sea perecedero; por eso vamos á terminar esta colección, no porque falte materia, que es inagotable, sino porque nos faltan fuerzas y el cansancio se apodera de la pluma, pero antes os reproduciré una anécdota que cerrando este ligero trabajo acaso pueda seros útil alguna vez, una anécdota que á nosotros nos contó un renombrado moralista, el distinguido escritor Eug. de Margerie.

Un molinero, jóven y honrado, tenía un dependiente á quien consideraba mas como amigo que como criado. Maturino (este era su nombre), recibia de su amo Juan mu-

chas propinas y regalos, muchas pruebas de afecto y confianza; tomaba parte en cuanto bueno ocurría en la casa, no era extraño á los secretos de familia, hasta el mismo amo le ayudaba á veces en el trabajo á fin de que terminara mas pronto y descansara.

Los dependientes de los demás molinos de las inmediaciones le tenían envidia; para ellos Juan era el *fénix* de los amos, y Maturino el mas afortunado de los criados; llamábanle el *niño mimado* y casi tenían razón, pues á cambio de su cariño paternal el molinero no exigía de él ni inteligencia suma ni ese expansivo agradecimiento que merecía, sino buena voluntad para cumplir sus órdenes, suficiente confianza para seguir sus consejos, natural modestia para que sus observaciones fuesen aceptadas con gusto; en una palabra, esa manera de ser que los que aman y contribuyen á que la vida sea dulce y fácil, aun en medio de las penalidades y trabajos que acosan al hombre por doquier, tienen derecho á exigir.

---

Pero Maturino tenía mal carácter, y aunque su amo le dispensaba hasta esos momentos de mal humor de que á veces no puede prescindir el hombre, todo le incomodaba, su exigencia era tan grande como la indulgencia del bueno de Juan, si este le reprendía Maturino se revelaba y se convertía en víctima.

Solo una causa podía explicar en parte su ingratitud y desacertada conducta, era esclavo de una pasión ó vicio repugnante; así como muchos son borrachos ó libertinos para desgracia suya y de los que les rodean él era embustero, y aunque en realidad amaba á su amo, y aun quizá hubiese dado su vida por él, caso necesario, jamás comprendió la imperiosa necesidad de combatir vigorosamente ese vicio á fin de que no se apoderara por completo de su alma y matara sus buenas inclinaciones y sentimientos; el infeliz ignoraba que el jardinero que no vigila ni estirpa las malas yerbas contribuye á que se propaguen é invadan el jar-

din y no dejen á las plantas saludables y á las perfumadas flores aire que respirar ni espacio en que moverse.

En un principio aun se avergonzaba y pedia perdon á su amo cuando le daba algun pequeño disgusto; pero andando el tiempo el perdon se hizo mas raro y las faltas mas frecuentes; dominado por la cólera y el disgusto llegó á figurarse que su amo era un tirano y él un verdadero esclavo.

En tan triste y anómala situación las consecuencias eran fáciles de preveer, el molino era un campo de agramante, un verdadero infierno; así no podia continuarse por mucho tiempo... un dia en que amo y criado disputaron ágriamente, aquél concluyó por decirle: á mis distinciones y favores correspondes con la mas negra ingratitud; me contentaba con que me sirvieras con agrado y lealtad y tu conducta demuestra lo contrario; así no podemos continuar; busca otro amo que te guste mas, que yo buscaré quien al reemplazarte me ame y

me lo pruebe con sus dichos y sus hechos. Desde este día Maturino fué un ser desgraciado: su vida un cúmulo de penalidades.

\*  
\* \*

Hasta aquí el cuento; ahora permitid, hijas queridas, algunas ligeras reflexiones al narrador, ya que si no á acertado en su propósito al menos os ha dado pruebas de su buena voluntad y sinceros deseos; permitidle os diga que ya que debeis la fè á una educación cristiana y á los buenos ejemplos de vuestros padres, que ya que poseeis esa llama que muchos pierden y en vano se afanan por recobrar, que ya que afortunadamente respirais ese aire completamente impregnado de religión huyais de los vicios y pasiones como si se tratase del infierno, pues de otro modo llegareis á ser sus victimas, y por consiguiente á hallaros en continua rebeldía contra el Señor.

Ofenderle, pedirle perdon, volver á ofenderle y reincidir una y otra vez es convertir

---

el hábito en una segunda naturaleza que nos manda y avasalla, es hacerse esclavo del impetuoso movimiento de los vicios y pasiones contra lo que no queda ni aun la excusa de los hombres impíos que niegan la fealdad del pecado y desconocen sus variados remedios.

Dios, que es el mejor y mas indulgente de los amos, solo exige de nosotros *buena voluntad* en cambio de sus incesantes beneficios; si se la rehusais temblad y temed el dia que quiera deciros: mi paciencia se acaba, y pues mi servicio parece que no os agrada buscad otro amo.

Si imitáseis á Maturino, su historia seria la vuestra, y este el castigo de los que no responden por una vida cristiana á la fé que Dios les concede: esto no es decir que seais perfectas ni que alguna vez no os avergüenzen ó acobarden vuestras faltas, porque el cristiano peca muchas veces, que al cabo y al fin es hombre; esto quiere decir que resistais con valor la tentación, que hu-

yais del peligro para evitar las ocasiones, que lucheis sin tregua ni descanso si ese es vuestro destino, que si Dios es indulgente con el pobre pecador que lucha y es vencido, no lo es con el que sucumbe sin combatir.

Cuando el soldado no cumple con su deber el jefe le castiga, le arroja de las filas, á veces le manda fusilar, así puede obrar el Señor si agotamos su paciencia, puede dejarnos morir, ó mejor dicho, llevarnos ante su tribunal en donde los malos no participan de la misericordia divina.

Jóvenes, no olvidéis que todo termina, que todo *tiene fin en el mundo*, y que si debe ser cruel, horrible, hacer que termine ó concluya la paciencia divina, debe ser hermoso y sublime que el *fin* de nuestros trabajos y penalidades sean de triunfo y honor por haber combatido hasta el último extremo posible.

Jesucristo dice: el que persevere hasta el *fin* ese será coronado y feliz.



# ÍNDICE.

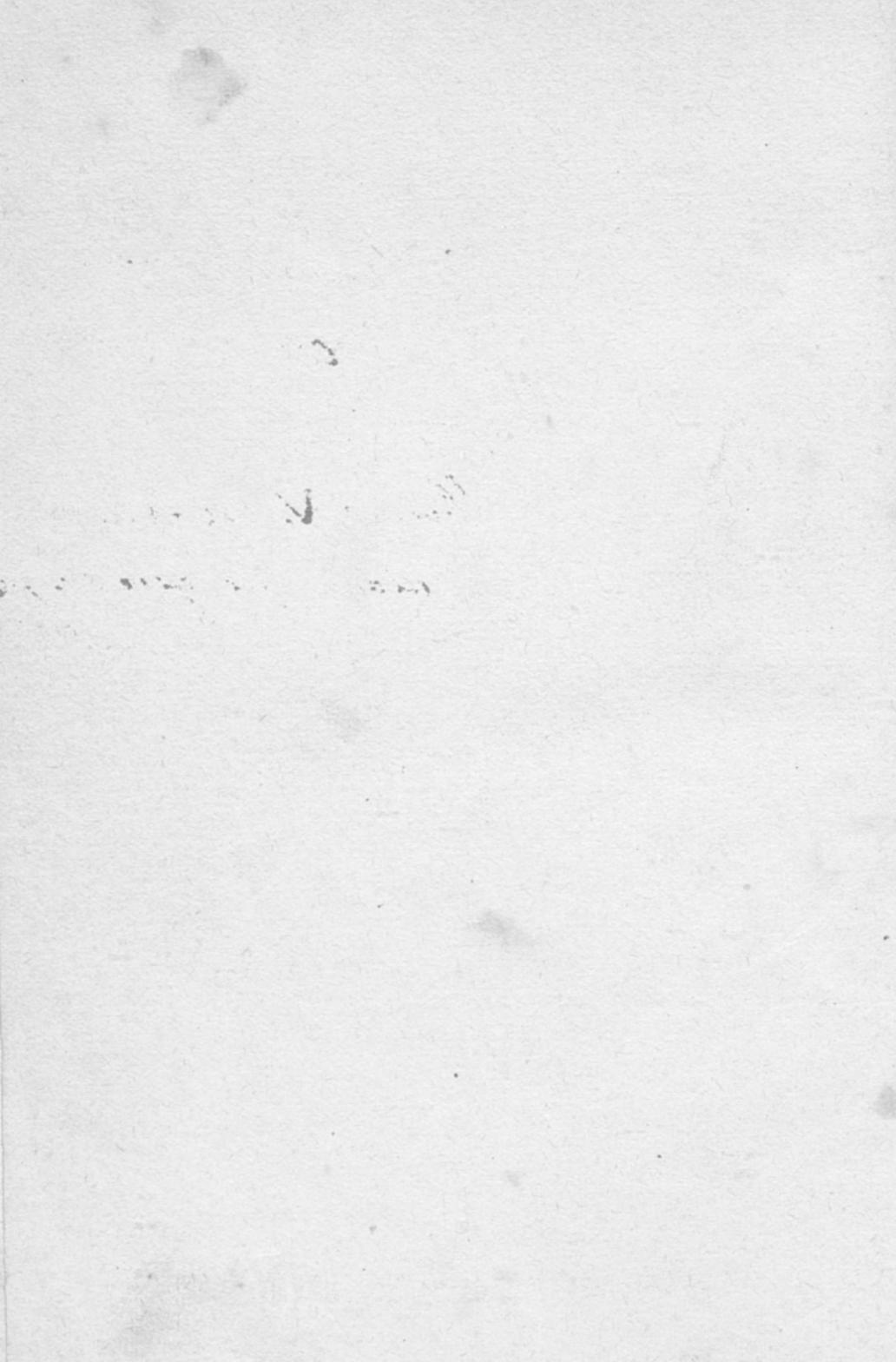
---

	<u>Páginas.</u>
A mis hijas. . . . .	3
Entrada de la jóven en el mundo. . . . .	7
La elección de amiga. . . . .	33
La lectura de novelas. . . . .	53
Dicha y desdicha. . . . .	85
Imprudencia y ceguedad. . . . .	103
La elección de esposo. . . . .	123
Modestia y presunción. . . . .	155
Un misterio conyugal. . . . .	183
La pasión del oro. . . . .	189
Una limosna por el amor de Dios . . . .	213
Patología moral de varias enfermedades. . . .	227
El primer día del año. . . . .	253
La última noche del año. . . . .	269
La verdadera educación. . . . .	285
Un cuento inverosímil. . . . .	309
Todo concluye. . . . .	325

Handwritten text, possibly a signature or name, written vertically on the left side of the page. The characters are stylized and difficult to decipher, but appear to include 'C', 'D', 'N', and 'D'.

Handwritten text, possibly a signature or name, written horizontally in the center of the page. The characters are stylized and difficult to decipher, but appear to include 'H', 'I', and 'I'.





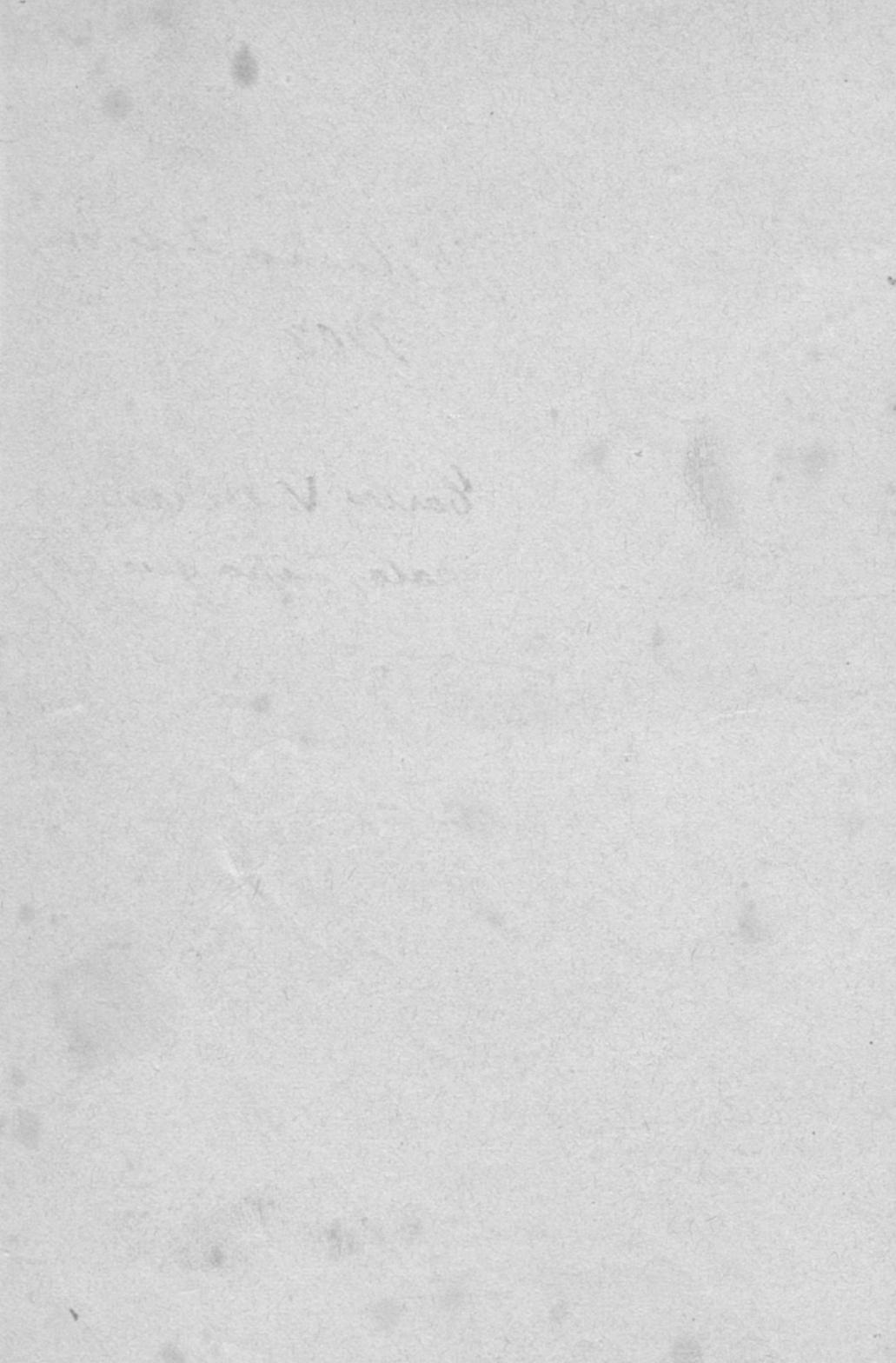
Isabelia S. de Mayo

1903

---

Carlos V. en una  
pala de pa que pa me

---











ALCALDE.

CUADROS  
DE  
FAMILIA

G 19270